Novelas de Gavetas Franz Kafka 2022

RAÚL FLORES IRIARTE

DESPUÉS DE LA NOCHE

inCUBAdora / Fra

RAÚL FLORES IRIARTE

DESPUÉS DE LA NOCHE

Raúl Flores Iriarte
Después de la noche

Design Nusle(.org)
Publicado por Éditions Fra,
Šafaříkova 15, 120 00 Praha 2,
República Checa, Fra.cz, en 2022,
como su publicación Nro. 224 en la imprenta
Protisk, České Budějovice
Primera edición
bf015

TRANSITION
Transition Promotion Program

— IN
CUBA
DORA

© Primera Edición Papel: Fra, 2022
© Primera Edición Ebook: inCUBAdora / Colección Samsa 2022
© Raúl Flores Iriarte, 2022
Author photo © Tomas Bican, 2022
Design © Nusle, 2022
Digital Design © Iara Pierro de Camargo, 2022
isbn 978-80-7521-211-5

Contenido

I. Grieta Ye **6**

II. Te ayudará **16**

III. Inflamable **28**

IV. Ni una sola alma sola para nadie más **42**

V. Hale / empuje **62**

VI. Domestica tu león **84**

VII. Caravaggio y los dálmatas **98**

VIII. Bad **113**

IX. La noche **134**

X. Los nombres y las personas **163**

Para Yeney de Armas
y Alison Flores

I. Grieta Ye

Soda Stereo sonaba por los audífonos del IPoD y a eso atribuyo nuestra buena suerte durante el temblor de San Miguel. Eran de música ligera las voces y las guitarras cuando los tambores se transformaron en barullo estremecedor que hizo derrumbarse un par de edificios, tambalearse los postes del alumbrado público, y derribar como fichas de dominó a las mujeres que iban a la bodega para buscar los mandados del mes.

Los cables del tendido eléctrico bailaron con los acordes entrecortados de una melodía audible solo para dioses y semidioses, antes de venirse abajo desnudos de su principal atributo: la electricidad.

Las nubes allá arriba continuaban siendo nubes, pedazos blancos y rasgados como conos de algodón de azúcar, siendo arrastradas por ligeras brisas que nada sabían de conflictos terrestres, movimientos de tierra, muerte y maravilla.

Todo duró un par de acordes, la distancia entre uno y otro verso, pero el tiempo entre nosotros no transcurría de la misma manera. En este mundo, en este tiempo, el movimiento de tierra duró lo que dura el vuelo de una paloma antes de ser devorada por el gavilán. Mucho y nada a la misma vez.

Ye me miró con ojos grandes y respiración entrecortada y yo la miré viceversa. Sentimos como la calle se abría a nuestros pies y cuando todo terminó (vuelo de paloma, acordes dos, uno y otro verso) en Calle Nueva de San Miguel del Padrón había un Hoyo Nuevo de Reciente Adquisición.

Cuando pasó el temblor estábamos a cinco metros de distancia y mirábamos el agujero que se había abierto: una abertura de forma irregular cruzada sobre el asfalto de una calle repleta de brechas irregulares, revelando tierra desprendida, tuberías desgarradas y disfuncionales, un hueco entre nosotros.

Horas después discutíamos el suceso. ¿Cuál era la probabilidad real de que hubiera sucedido lo que sucedió? Una entre un millón, una entre la distancia de aquí a la galaxia más cercana, ida y vuelta. Hablábamos sobre probabilidades y perdíamos nuestras mentes. El calor nos envolvía; las aspas

del ventilador pendían inmóviles. El temblor había creado estragos en las líneas eléctricas, el suministro de agua y el tendido telefónico. La maldición de vivir en los suburbios nos golpeaba fuerte. De seguro priorizarían las zonas céntricas, los lugares turísticos, los sitios militarizados. Suponíamos que tardarían semanas en reponer la electricidad. Tal vez meses. Y quien decía la electricidad también decía el agua, el teléfono, la vida.

¿Crees que vengan rápido a arreglar la calle?, me preguntó Ye. Me encogí de hombros. Tal como andaba la cosa, mejor nos íbamos acostumbrando a tener el hueco entre nosotros. Casi todas las calles de la Habana necesitarían reparación, y muchas edificaciones se habían venido abajo. Tardarían años en fijarse en el agujero de Calle Nueva. Mejor, dirían los del Gobierno Municipal, Para que jueguen y se entretengan los niños.

Con el paso de los días, los chismes empezaron a correr. Se aumentaba la extensión de las zonas afectadas, se exageraba la cuantía de los daños, aunque todos estaban de acuerdo en cuanto al bajo número de víctimas. Igualmente, se decía que unas cuantas potencias extranjeras vendrían a ayudarnos, que seríamos invadidos por los norteamericanos. La falta de noticias nos devoraba y ayudaba a tomar fuerza a los rumores. Sin electricidad no podíamos ver las noticias en el televisor, ni oír la radio.

La carga del IPoD duró unas cuantas horas más y después de oír un par de veces el mismo disco de Soda Stereo, me vi envuelto por los ruidos del barrio, magnificados por carencias y necesidades sin fin.

Ye y yo empezamos a andar juntos. En su casa tampoco había electricidad y el calor era insoportable. Con la excusa de observar el hueco venía casi todas las tardes. Nos sentábamos a la orilla del cisma, a los pies del abismo, a tomar té y tratábamos de adivinar la profundidad del hoyo.

Cincuenta metros, decía ella.

Cuatrocientos, decía yo.

Calculábamos profundidades como ingenieros agrónomos sin diploma, y tomábamos té con mucha azúcar.

(La Pelirroja, en cambio, nunca venía ya. Lo nuestro había terminado y ambos lo sabíamos. Yo no ganaba tanto dinero con la literatura como antes, habían cerrado muchos concursos en el país por problemas de economía y, sin dinero, la cosa con la Pelirroja no caminaba muy bien. Ya no teníamos nada en común; últimamente solo nos unía el sexo, y sexo sin ventilador no era nada recomendable).

Los niños se detenían a los pies de la grieta y no se atrevían a ir más allá. Temían aventurarse en ese espacio incognoscible dos o tres metros bajo el asfalto, del cual podían salir monstruos y criaturas oscuras suficientes para poblar unas cuantas pesadillas. Tenían miedo. Lo llamaban La Noche.

Después de unas cuantas veces al pie del abismo yo empecé a llamarlo Grieta Ye. Suponía que todas las cosas nuevas merecen ser nombradas de distintas maneras, hasta que el nombre definitivo sea el que permanezca. Para el resto de la gente, era simplemente el Hueco. Y para los de comunales, era una estadística más, una gráfica, un obstáculo a vencer para ganar la emulación. Había decenas de agujeros semejantes por toda la capital, y serían resueltos los problemas, pero poco a poco. No había que apresurarse. Lo de la reparación se demoraría. Corría el rumor de que el municipio de Marianao había sido desplazado por el temblor y ahora yacía en el fondo de una depresión igual a esta, solo que muchísimo mayor. La geografía cambiaba, la isla se modificaba. Pero no podíamos hacerle caso a los rumores, magnificados de boca en boca hasta que la noticia original se hacía irreconocible.

Y para nosotros, este hueco era especial: el único que había en la zona. Gente de barrios vecinos venían a admirarlo. Qué grande, decían. Qué enorme.

La magnificencia de la tierra fracturada, piedra y núcleo rotos, se perdían en la adjetivación. El sustantivo «grieta», al tornarse adjetivo «grande», adjetivo «enorme», perdía poco a poco su contenido. Se banalizaba. El eterno poder de las palabras haciendo de las suyas.

La Noche, con todo su misterio.

El Hueco.

Grieta Ye, damas y caballeros.

Por las noches no se podía dormir dentro de las casas llenas de calor.
Era físicamente imposible, terminabas envuelto en una sábana de sudor, superficie propicia para picadas de mosquitos. La gente empezó a subir colchones para los techos, para dormitar con la escasa brisa que pudiera traer la madrugada. Desde allá arriba uno se tendía sobre el concreto aún caliente del sol de la tarde y contabas estrellas u ovejas hasta que llegara el sueño.

Las noches eran silenciosas, con ese murmullo de ciudad medieval que predomina cuando no hay electricidad. Mirabas a los techos vecinos y veías siluetas de colchones y sombras de otras personas que, a su vez, también te miraban a ti.

El tercer o cuarto día, Ye me preguntó si podríamos pasar la noche juntos. El calor en su edificio era insoportable. Le dije que sí. Ya seríamos dos para intentar conciliar el sueño y contar estrellas hasta que doliera la vista.

Noches de luna llena y madrugadas de insomnio. Tiempos de adivinanza fácil y presagios del más allá. Alguien había visto una bandada de gorriones volando en contra del viento y creyó adivinar en eso el indicador de un inminente segundo temblor. Otro dijo que eso significaba que la corriente eléctrica sería reestablecida esa misma semana. Un mismo evento podía tener varias interpretaciones. Por la forma de la luna se adivinaba el sexo de los nonatos. Las nubes escribían el futuro sobre la forma abierta de tiempos pasados.

Una mañana, al despertar, encontré a Ye mirando fijamente el agujero. Yo también la miré fijamente a ella; a estas alturas casi nos podíamos leer las mentes. Adivinaba sus miradas, su pensamiento.

Escalera, dijo y le traje la escalera que uso para llegar a los libros más altos del estante. Escalera, había dicho ella como único sustantivo. A buen entendedor, con una sola palabra basta.

Apoyó los bordes de la escalera en los bordes de la sima y bajó. Imagino que llevaba en el fondo de la pupila la misma luz de determinación que acompañaba a los descubridores de los polos, a los navegadores del Amazonas. Y por si esa luz le fallara, llevaba también una caja de fósforos.

Pero no hizo falta, porque aún había resplandor solar. Un poco de asfalto resquebrajado, capas de tierra que narraban por su posición la historia de la creación de esta cuadra, este barrio, esta ficción.

Cuando volvió a subir llevaba en los ojos la misma luz. Se mantuvo ocupada durante el resto del día en la búsqueda de ciertos implementos. Cubo, paleta, pinceles, brochas, raquetas, niveladoras, tres juegos más de escaleras, linternas, cajas de fósforos, guantes, casco.

Supuse que deseaba llegar hasta el fondo del asunto.

A la mañana siguiente le regalé una de mis novelas. Se la dediqué. La determinación de llegar al fondo de las cosas aún estaba en el fondo de su mirada.

Voy a escribir sobre ti, le conté, Voy a escribir de lo que vayas encontrando allá abajo en el confín del mundo. Sobre las cosas que vayan pasando, o las cosas que dejen de pasar.

Estuvo de acuerdo. Me preguntó cómo le iba a poner al libro, o al cuento.

No sé todavía. *Una temporada en el infierno* es un buen título. Lástima que lo hayan usado antes. De todas formas, voy a escribir sobre ti.

Con tal de que no me dejes mal parada, suspiró.

Pero yo tenía la sensación de que ella siempre caería de pie, como los

gatos. No había posibilidad de que la pudiera dejar mal parada. Aunque las posibilidades, como las casualidades, no estaban escritas. Una entre un millón. De aquí hasta la galaxia más cercana. De aquí hasta sus ojos.

Ida y vuelta.

Volvió a bajar. Con todos sus artilugios y herramientas. Haciendo huecos en el Hueco para poner mejor manos y pies. Creándose un nicho dentro del nicho. Como una hormiguita dentro de un hormiguero gigantesco.

Las carreteras se habían deteriorado, el asfalto se había resquebrajado, y la tierra hecha barro, o hecha polvo, se había deslizado por todas partes. Tardarían años en las reparaciones. Los automóviles que antes deslizaban sus carrocerías a lo largo de las pequeñas avenidas ya no se hacían ver. Otro de los rumores que corría era que habían traspasado temporalmente la condición de capital a la ciudad de Matanzas. No se sabía qué había de verdadero o falso en esa información.

Por esos días comenzó un éxodo que se evidenciaba en las cosas pequeñas que tiene la vida: menos personas por las calles para desearte buenos días, multitudes ausentes en los tejados a la hora de la madrugada en que mejor se dormía. La población abandonaba la Habana en busca de otros mundos más electrificados. Suponía que los primeros en irse habrían sido los últimos en llegar, esos que habían venido desde Oriente a Occidente eran los primeros en desertar, de regreso a sus tierras baldías, pero seguras.

A todos los vimos desfilar por las calles de nuestro barrio. La Ocho Vías, carretera que enlazaba distantes provincias con la nuestra, comenzaba su recorrido donde terminaba el vecindario. Cada nuevo comienzo viene del fin de algún otro comienzo. La expansión del Barrio Obrero terminaba en la eterna longitud de la Ocho Vías. A pie, a caballo o en carretas, la gente abandonaba silenciosamente la ciudad moribunda y se internaba en una zona donde el verdor alternaba con postes derrumbados, cercas de alambre y carteles que detallaban términos tales como FIRMEZA y RESISTIR A TODA COSTA.

Por esa misma carretera habían desfilado hasta hacía pocos días los monstruos interprovinciales de marca Yutong. Ómnibus que habían desfilado por el asfalto con ambientes climatizados, ventanillas empañadas y letreros CAMAGUEY/HABANA, MOA/HABANA, HOLGUÍN/HABANA. Adquisiciones chinas que ahora cumplían sus cometidos en otras partes, un tanto más lejos de aquí. Criaturas improbables de color azul oscuro. Ya no más, ya no más. Y lo mismo se podía decir de otros automóviles o vehículos similares. Temporalmente, habían pasado a otras ficciones.

Se decía que el temblor no había sido tan grave; que parte de Playa, Altahabana, Arroyo Naranjo y Santiago de las Vegas habían permanecido invictos en su horizontalidad municipal. Pero también se decía que la sacudida había sido de tan gran magnitud que el mar se había retirado decenas de kilómetros para formar un megatsunami en su seno; una ola de dimensiones increíbles que devoraría vivo al archipiélago e islas adyacentes en su totalidad.

Tarde en la tarde, Ye emergió del Hueco con todos sus implementos a cuestas. Había estado la mayor parte del día allá adentro y, sin embargo, cuando emergió, lo hizo limpia. Limpia de sudor, limpia de tierra.

Hay un pequeño manantial allá abajo, dijo, Lo encontré en uno de los declives. Agua limpia. Agua fresca.

Me enseñó el contenido de los cubos: diversas muestras de tierra y rocas correspondientes a distintas capas de profundidad. Tal vez hubiera algo del pleistoceno dentro de uno de esos cubos y nosotros sin saberlo.

Hablamos en la noche, tendidos uno junto al otro, viendo pasar jirones de nubes.

Mañana vuelvo a bajar, me dijo.

Me quedé en silencio. Dime algo que no sepa, pensé. El rumor de una tormenta se acercaba. Cabezas que se elevaban sin poder conciliar el sueño, atentas al menor atisbo de una brisa que de vez en cuando llegaba.

Es muy hondo, susurró. He puesto escaleras y amarrado sogas en sitios estratégicos. Mañana haré un puente colgante en una de las divisiones. He llenado todo de ganchos y roldanas para poder trabajar sin caerme.

Le pregunté qué pensaba hacer con la tierra que iba extrayendo. Lo más importante (qué sacaba ella con sus excavaciones, su arqueología amateur) no se lo pregunté. Imaginaba la respuesta: tener algo que hacer mientras reestablecían la electricidad, mientras volvía la vida a su curso de muerte. Decenas de personas hacían cosas parecidas. Encaje de puntos, literatura y repentismo, jugar lotería, pastorear chivas, dejar pasar el tiempo esperando algo que nunca llegaba.

Con la tierra (aseguró ella) empezaría a modelar figuritas de barro. Distintos modelos para distintas capas de terreno. Después de hacer un número equis de figuritas podría hacer una exposición en la galería de la Virgen del Camino. O tal vez vendérselas a los turistas. Recuerdos del temblor. Imágenes condensadas de la debacle.

Imagina a un José Martí modelado en barro con la misma tierra que pisaron sus plantas. Un Hatuey hecho con barro que a lo mejor todavía contiene parte de sus cenizas. Imagínatelo.

Yo ya lo estaba viendo en mi cabeza. Un José Martí expuesto en galerías. Uno más de tantos. Solo que este estaría hecho de barro colonial. «El amor, madre, a la tierra» me parecía un buen título para la pieza.

No hablamos mucho más. Tuvimos sueños breves y agitados como alas de colibrí. Sirvieron de ruido acompañante los ecos de la tormenta que llegaba y, al amanecer, el sol se nos metió en los ojos, en las axilas, y nos levantamos cansados como si no hubiéramos dormido nada.

Parece que va a llover, dije. El cielo lucía despejado sobre nosotros, pero un poco más allá, se divisaba el rastro grisáceo de las nubes de tormenta: Llévate una capa.

Ye se encogió de hombros.

Más allá de la tercera división nada del mundo de arriba me afecta, dijo. Puede diluviar aquí que abajo ni me entero.

Volvió a bajar. No eran ni tan siquiera las ocho de la mañana y ya estaba bajando a La Noche. Los niños aún no se habían despertado. Acudirían en manadas al hueco a tirar objetos y oír el eco que hacían rebotando en las paredes. Piedras, latas vacías, discos rotos, basura. Yo suponía que si la lluvia real no afectaba a Ye, tampoco sentiría nada de esta otra lluvia artificial. La imaginé abajo, haciendo y rehaciendo su arquitectura milenaria, con un suelo de carsos sobre su cabeza y un techo de esquistos bajo sus pies.

II. Te ayudará

Yo fui a la panadería. En aquellos tiempos, la gente iba a adquirir su pan nuestro de cada día con la dejadez que acompaña todo acto estatalmente subsidiado. No importaba la falta de corriente eléctrica. No importaban temblores o cualquier otro tipo de desgracias naturales. Desde las ocho de la mañana empezaba el pequeño desfile de amas de casa, bolsas de nylon en las manos, abanicándose con los dedos, con las libretas de abastecimiento, o simplemente aguantando el calor que envolvía sus cuerpos desganados como una cortina de humo. La persona a cargo (ejemplo supremo de inútiles empleos estatales) distribuía las hogazas; tres, dos, cinco, seis. Solía pensar en el panadero como el policía de nuestros núcleos familiares. El ser que tomaba la libreta de abastecimiento y se ponía al día sobre cuánta gente habitaba un hogar. Los nombres, las personas. Pero este no. Solo se limitaba a tomar el dinero con una mano y a entregar el pan con la otra. Las amas de casa y seres afines tomaban lo suyo y se iban con el mismo desgano hacia otros lugares. El calor las iba devorando; mítico Saturno mordisqueando apesadumbrado los restos de un cadáver podrido en lógica y resplandor.

La vida se hacía aburrida, encerrada en torno a conceptos medievales. Habíamos pasado de municipio a ciudadela-burgo. Salir de aquí para otros burgos exigía CORAJE y FIRMEZA, pero se hacía.

Desde antes, yo había adquirido la costumbre de dar largos paseos. Perderme por pequeñas bocacalles, ver qué había tras el paisaje ya conocido del barrio. Descubrir el verdadero mundo que latía allá afuera. Me desprendía de esa larga hilera de humanidad y me aventuraba por callejones de los que hasta ese momento no había ni siquiera sospechado de su existencia.

Esa vez tomé mi pan y decidí perderme por donde mismo se perdían las Yutong cuando regresaban de otras provincias hacia esta la antigua capital. Un éxodo a la inversa, contrario a las multitudes que desandaban por el camino que yo andaba. En realidad, debía ir a una citación del Comité Militar. Me lo habían anunciado un par de días antes, y estaba seguro de que sería para algo de rutina. Tal vez, verificar mi estatus laboral, o hacerme saber el inminente aniversario de alguna fecha patria y yo imaginaba que, con la cosa como estaba, no encontraría nadie allí. Sin electricidad, no habría patria. Pero de todas formas fui y, por supuesto, no había nadie.

Me fui a caminar entonces por la Vía Blanca, la bolsa de pan en una mano y la citación del Comité Militar en el bolsillo. A dónde iba, no lo sabía. Caminante, no hay camino; se hace camino al andar. Mientras Ye se internaba en un viaje al centro de la Tierra, yo me encontré yendo rumbo al mar.

Antes había desandado esos mismos senderos, pequeñas calles que apenas figuran en los mapas; edificaciones endebles que sobreviven en su estática milagrosa tratando de adivinar las historias latentes tras las paredes de tablas y ladrillos.

Cuando niño había tenido un sueño y ese sueño había sido inútil. Escribir dos o tres libros por año. No había contado con las imposibilidades propias de la vida diaria. Ir a buscar el pan, relaciones personales, la rotación de la Tierra sobre un eje imaginario. Me iba haciendo viejo y los sueños iban quedando atrás. Los niños nunca cuentan con el bloqueo escritural. La Pelirroja siempre hacía burla de aquel lejano sueño infantil. Me hacía ver la vida cruda y descarnada. La VIDA de verdad, no un castillo en las nubes.

Ahora la VIDA de verdad eran depresiones del terreno, escombros en un barrio semidesierto, hierba creciendo en las grietas del asfalto. El retoño de un árbol sobresaliendo de un hueco en medio de la calle. Otro hueco. Otro árbol. Otro sueño perdido. Los de comunales iban a tener bastante quehacer cuando llegaran a San Miguel del Padrón.

La Vía Blanca conservaba su esplendor de avenida. Llevaba una semana sin salir del barrio y me asombró ver un río de bicicletas desfilando por los pedazos incólumes de la calle. Hombres con mujeres a cuestas en las parrillas. Mujeres con niños. Criaturas que al pasar se te quedaban mirando y te señalaban con el dedo como el ejemplar raro de un zoológico. Mira, mamá, ¡un elefante!

Mira, mamá, ¡un sobreviviente!

Mira, mamá,

Mira, mamá,

Un elefante, un tigre, un fantasma, un trío de ases, una catapulta, una bolsa de pan en la mano y un par de ojos vacíos. Las bicicletas pasaban como pobres sustitutos de los ómnibus interprovinciales y se perdían en la distancia, con rumor a goma gastada y timbre silente. Con su carga de humanidad en las parrillas, como sacrificios para dioses menores. Algunas tenían adaptadas carretillas llenas de artículos electrodomésticos. Supuse que serían mudanzas en camino.

Miré hacia el cielo. En un extremo se erguían las nubes, cada vez más grises pintándose de negro. Amenaza inminente de tormenta. En el otro se divisaba una columna de humo. Una pira funeraria. Algo. Un destino para mi vida. Un fin momentáneo para mi aburrimiento.

Hacia ese cielo –esa columna de humo– me dirigí. No me hubiera molestado atravesar un túnel de tiempo y presenciar el incendio de Roma. Que se jodiera la historia, al final solo nos quedaba un poco de diversión disfrazada de pintura vieja y trozos agrietados de asfalto.

El puente para cruzar el río Martín Pérez se había partido. Alguien había tendido un par de planchas de metal sobre los extremos rotos de la calle para solucionar temporalmente el problema. El río tampoco estaba. Se podían divisar pedazos rotos del puente en medio del cauce seco. También se podían divisar botellas, bolsas de basura, esqueletos de peces. Restos de contaminación, huellas del desastre. La vegetación comenzaba a adueñarse de lo que una vez fuera corriente de agua pútrida. Las hojas tenían un color enfermizo, como de pesadilla.

El mismo esquema de destrucción se hacía patente en todas partes. Escenas de naufragio. Los canteros de un organopónico se habían desarmado y ahora se veían matas de tomate, lechuga, acelga creciendo salvajes o marchitándose, dependiendo de cómo se quiera ver. Un poco más allá, el cartel de «Bienvenido a Guanabacoa» había perdido todas sus vocales. El letrero resultante parecía escrito en un lenguaje ajeno, un dialecto prestado. Detrás del cartel, estaba la gasolinera de La Shell, como un lugar fantasma. La bomba de gasolina que decía REGULAR yacía torcida sobre la plataforma de concreto, desencajada a medias de su base. La que ponía ESPECIAL aún estaba

en su sitio. A tres metros de distancia un tipo sentado en una silla fumaba un cigarrillo, con la expresión del que no tiene nada que hacer. Llevaba una gorra NIRVANA para cubrir su cabeza del sol que se filtraba pálido a través de un pedazo de cielo azul.

Parece que va a llover, le dije, por decir algo.

El tipo miró a la distancia. A la formación de nubes grises y azul cobalto que yacían alineadas en la distancia a la manera de un castillo medieval. Como si se pudieran hacer castillos de nubes en la VIDA REAL. Escupió y asintió.

Nunca se sabe lo que vendrá, dijo. Señaló calzada arriba, en dirección al reparto Mañana.

Una locura allá, murmuró.

¿Cómo lo sabe?,

¿De dónde crees que vengo?, me respondió.

A nuestros pies, tres metros más allá, se abría el boquete de la bomba rota. Un círculo irregular de concreto quebrado por donde se filtraban los efluvios de la gasolina.

Buena banda, le dije señalando a la gorra.

¿Qué?, preguntó él sin entender; el cigarro a medio apagar y actitud displicente en su silla. Balanceándose hacia delante y hacia atrás. Estuve a punto de decirle que eso era malo para la silla pero al fin y al cabo quién era yo para que me importara eso.

Quién era yo y quién era él.

(Elefante, tigre, trío vencido de ases, palacio en las nubes).

Nirvana, el grupo, le dije. El nombre que tiene en la gorra.

Se la quitó de la cabeza y la miró, como si lo hiciera por primera vez.

Pensé que era un equipo de baloncesto, dijo, No sé mucho de música.
No me gusta.

Pero son buenos, le dije.

No lo dudo, pero igual no me gusta la música.

Y casi sin transición alguna, como parte del tema que estábamos tratando:

¿Hacia adónde va?

Señalé la columna de humo en la distancia. Él enarcó las cejas.

¿A Regla?

Regla, asentí.

Sacó otro cigarro y lo encendió con la colilla del anterior. Nicotina para esta atmósfera enrarecida de azules. Otro nirvana más accesible al alcance de la mano.

Se va a matar fumando tanto, le dije.

Él se encogió de hombros.

De algo uno se tiene que morir, murmuró, De esto o de lo otro. Da igual.

Me tendió un cigarro.

No, gracias, le dije. No fumo.

Estoy vivo de milagro, me dijo. Me había llegado una citación del Comité Militar cuando sucedió lo que sucedió. Estaba en la calle cuando se acabó el mundo.

Señaló calzada arriba.

El infierno, dijo, El infierno.

Quedé callado. No sabía qué decir. No quería preguntar por su familia. Mujer, hijos. Temas prohibidos. Él pareció leerme la mente. Sacó del bolsillo una billetera deteriorada por el uso y me enseñó un par de fotos. De alguna manera ya sabía lo que vería. Mujer, hijos. Sonrientes, desconocedores del porvenir.

Lo siento, dije.

El fin del mundo, asintió. Vine aquí y me senté a esperar.

Inhaló del cigarro y la columna se perdió azul claro en el aire caldeado. Color humo.

¿Esperar qué?, pregunté.

Me enseñó el cigarro. Me señaló el boquete de donde salía el olor ensordecedor a gasolina.

El último de los cigarros irá allá adentro. Van a sentir la explosión hasta en Pinar del Río.

Hizo una pausa y agregó: Pero no te asustes. Todavía me quedan como cincuenta cajas de H. Upmann y veinte o treinta de Hollywood.

A lo mejor se muere antes de cáncer, le dije.

A lo mejor. De algo se tiene que morir uno. Tú eres de por aquí.

No era una pregunta. Más bien, era una afirmación. Algo que no admitía negativa. Tan seguro como un temblor o la expectativa de vida de un puente cercenado.

Del Barrio Obrero, le dije.

Normalmente no pregunto tanto, me dijo.

Normalmente no contesto, dije yo.

El cigarro se extinguía. Mismo procedimiento: encender uno nuevo con la colilla del anterior. Señaló la bolsa de panes que yo llevaba al brazo.

Vienes un poco lejos para buscar el pan.

Levanté la bolsa. Pesaba poco. Siempre había pesado poco ese pedazo de economía familiar reducido a ochenta gramos de harina y levadura. Pensé que no estaba para dar explicaciones. Le ofrecí pan y él negó con la cabeza.

Allá atrás tengo todo lo que necesito, dijo.

«Allá atrás» quería decir la tienda.

No sabía que el negocio funcionara en estas condiciones, comenté.

No funciona, comentó él. Puedes entrar y servirte tú mismo lo que quieras.

¿Así como así?

Políticas de naufragio, dijo él en una bocanada de humo. ¿De dónde piensas que saca la gente todo eso que llevan en las bicicletas?

Entonces entendí. No se estaban mudando. Era simple saqueo de tiendas estatales. La época de corsarios y piratas había regresado. El tiempo en marcha atrás. Tal vez tuviéramos que darle bienvenida una vez más a una nueva glaciación. Dinosaurios andando por las calles rotas. Políticas del naufragio.

¿La policía no hace nada?

Se encogió de hombros.

No sé ni me interesa lo que hace o deja de hacer la policía. Imagino que tendrán cosas más importantes ahora. A lo mejor el gobierno se vino abajo y nosotros sin darnos cuenta. Tal vez no haya ni siquiera policía. Abajo la represión. Sírvase usted mismo. Ese es el nuevo lema.

Entré a la tienda. La estructura se mantenía en pie, pero todas las ventanas se habían hecho añicos. El suelo estaba lleno de vidrios rotos, polvo blanco, fragmentos de galletas y diversas piezas de plástico multicolor. La luz del sol entraba por los huecos vacíos de los ventanales y se disgregaba en mosaicos de estrellas cuando relumbraba sobre los cristales rotos en el suelo del mercado. La mayor parte de los anaqueles con mercancías se habían desplomado y los estuches de diversos productos se veían dispersos por el piso. Algunos intactos, pero la mayoría a medio consumir. La parte destinada a los equipos electrónicos estaba totalmente vacía. En un rincón vi lo que al principio tomé por un cadáver, pero resultó que era una mujer durmiendo sobre un cartón, justo al lado de la sección de congelados.

Esto último, por supuesto, era cosa del pasado. Nada estaba congelado. El interior de la nevera se hallaba totalmente desnudo, desprovisto de sus principales atributos: los alimentos. Imaginé que sería lo primero que se habrían llevado. Yo andando por ahí con una miserable bolsita conteniendo seis hogazas de pan y alguien más transportando un carro de supermercado lleno hasta los bordes de pollo, croquetas, hamburguesas y picadillo de res.

Decidí hacer lo mismo. Tomé una cesta y empecé a llenarla mientras caminaba por los senderos abiertos entre los anaqueles caídos, pisando mugre. El polvo blanco que cubría el suelo resultó ser una mezcla de cereales, azúcar, harina y detergente.

Políticas del naufragio. Nada que hacer. Tomar lo que te dan y aprovecharlo. Fui llenando la cesta con los estuches que encontraba intactos. Galletas, latas, lácteos. Encontré un pomo de refresco de cola, junto a lo que parecía ser un juego irlandés de cubiertos.

Un mp3 sin carga.

Una botella de shampoo Sedal casi llena.

Una tira de píldoras transparentes sin identificación.

Desperté a la mujer intentando pasar sobre ella. Se levantó, se restregó los ojos y se fue. Yo también me fui. Vía Blanca arriba. Con mi cesta de compras colgando del brazo, como un orgulloso comprador.

Me incorporé a la hilera de bicicletas y el desfile me absorbió como uno más. La perfecta redondez de una rueda, un neumático. El resplandor de los manillares. Uno tras otro. Uno tras otro.

Al costado del camino una chica arreglaba la cadena que unía los pedales con las ruedas. Se le había roto uno de los eslabones. Se parecía extrañamente a Ye. Sería que todas las chicas se parecían a veces. Quizás hubiera un patrón de reconocimiento común entre ellas. Tal vez.

No recuerdo cómo inicié la conversación. Fue una de esas cosas que no tienen principio y no tienen final. Yo con mi cesta de compras en una mano, vestido con shorts y chancletas. Ella, con las manos llenas de grasa, hebras sudorosas de pelo metidas en los ojos.

¿Van lejos?, le pregunté.

Alamar, contestó ella.

¿Alamar?

Se quitó un pedazo de pelo frente a los ojos y dejó una mancha de grasa en su mejilla.

Dicen que Alamar se salvó. Hay electricidad y todo está intacto allá, murmuró.

Lo mismo dicen de Playa, le dije.

No hagas caso, respondió, yo vengo de Playa. 19 entre 66 y 64. Parece que se acabó el mundo en esa zona. Vamos para Alamar. Si la cosa está mala, entonces seguimos para Matanzas. ¿Para adónde vas tú?

Se lo dije. A un lado las nubes cada vez más negras. Al otro extremo, la columna de humo que se perdía en el cielo.

Ayúdame con esto, me pidió.

Dejó la cadena inservible entre la hierba y la tierra y el sol, y se levantó, sacudiéndose las manos en los pantalones. Quedaron seis manchas de grasa que supuse ninguna lavadora podría lavar. Se lo hice notar.

No importa, dijo. Señaló la caravana que traía adosada a la bicicleta. Llevo veinte pantalones completamente nuevos allí.

No deberías decírmelo, le dije. No se sabe lo que pueda pasar. A lo mejor me dé por robártelos.

Ella se encogió de hombros.

Si quisieras pantalones robados irías a la tienda o a los almacenes y te los llevarías. Eso es lo que todo el mundo está haciendo.

¿Todo el mundo?

Todo el mundo. Ultra, el mall de Carlos Tercero, Quinta y Tercera, La Copa, Trasvaal. Abiertos las veinticuatro horas. Sírvase usted mismo.

Un cartel retorcido ponía en letras blancas sobre fondo azul ROTONDA DE COJIMAR 3.0 KM. Unos quinientos metros más adelante otro letrero ponía ROTONDA DE COJIMAR 4 KM, como si la rotonda de Cojímar fuera alejándose mientras más se acercara uno. Las distancias, en vez de reducirse, se expandían.

La ayudé por un rato a transportar su carga de bienes robados. Rodamos en silencio como fugitivos, parte de una cadena aún mayor de otros fugitivos,

otros bienes robados al bienestar común, al malestar personal. El ciclo de la vida, los neumáticos rozando el polvo y los pedazos sanos de asfalto con el cansancio propio de piezas inanimadas de goma y metal. La multitud sudaba mientras subía la elevación que llevaba al municipio de Regla. Las nubes no servían de nada contra toda la luz y el calor que nos golpeaba como un horno de campo de concentración. Ruedas que envolvían a otras ruedas. Sacrificio humano. Pronto me encontré con el mayor dolor de cabeza del universo latiendo detrás de los ojos. Todo ese resplandor y el polvo y las preocupaciones de lo que vendrá habían hallado una vía para colarse en mi cráneo, venciendo todas mis defensas naturales.

Se lo dije.

Tengo algo que darte, me dijo entonces. Paramos nuestra marcha y ella buscó en su bolso, en los bolsillos de su jeans manchado de grasa, en las profundidades de su caravana. Emergió con una pastillita transparente, una que ya había visto antes. Recordé dónde: era exactamente igual a la que había recogido en el supermercado, al lado de la mujer que dormía.

Tómatela, dijo y me tendió un pomo de agua carbonatada. Las burbujitas ascendían en vertiginosa sucesión desde el fondo plástico del recipiente.

¿Qué es?, pregunté. Puse la píldora en mi lengua y la eché abajo con un sorbo. Las burbujas siguieron su camino por el esófago junto con la pastilla. Tampoco me interesaba tanto qué pudiera ser. No en estas condiciones. Cualquier cosa era bienvenida. Hasta una pastillita transparente que hiciera algún efecto.

Da igual, dijo ella. Te ayudará.

III. Inflamable

A la entrada de Regla un trozo de periódico exhibía un titular: «Fondo atómico puede despertar a un hombre». No tenía mucho sentido, pero todo había dejado de adquirir sentido en aquellos días. (Las noches eran, simplemente, ilógicas). Era un pedazo de prensa donde habían echado comida para algún perro o gato. El animal se había ido y sobre el papel quedaba ahora una densa columna de hormigas, cubriendo la mayor parte de las letras. Solo eso era visible. «Fondo atómico puede despertar a un hombre». Nos quedamos observando las hormigas. Su lenta columna por medio de la calle rota, transportando comida para el hormiguero. En el período cretácico habían aparecido por primera vez. Cien millones de años después, seguían enseñoreándose del paisaje circundante. Si no he hablado antes de ellas es por la escasa atención que se le presta a lo que nos rodea en la vida diaria, pero lo cierto es que habían proliferado. En las grietas de las calles, en los montones de basura que abarrotaban las esquinas. Habían creado hogares que desafiaban la imaginación: hormigueros altos como niños de seis años. Tierra apelotonada con plástico, numerosas entradas en donde coexistían por igual insectos de disímiles tamaños, desde criaturas casi microscópicas hasta una extraña mutación: una raza de hormigas que parecía haber despertado de un sueño milenario después del temblor. Criaturas detestables de cinco centímetros de largo y color parduzco, pertenecientes a estratos abisales. Deambulaban ciegas tanteando con sus largas antenas y en la noche despedían un leve fulgor azulado.

No solo las hormigas, también los perros y gatos se habían multiplicado. Se comentaba que el terremoto había desencajado los muros del Zoológico Nacional y ahora el territorio de Nuevo Vedado era una selva tropical donde pululaban osos, leones, cebras y cocodrilos. El Bosque Metropolitano se hallaba infestado de monos, rinocerontes y criaturas míticas y salvajes. Tenía mucho de Bosque y poco de Metropolitano, aseguraba la gente por ahí.

La hoja de periódico se hallaba justo al pie del letrero REGLA: LA SIERRA CHIQUITA, y en el margen superior se leía bien clara la fecha: el diario estaba fechado dos días después del temblor. Las hormigas y la humedad habían hecho ilegibles cualquier otra información que no fuera ese trozo de titular y la fecha; no obstante ella lo tomó en la mano y lo sacudió en el aire como una bandera.

Sabes lo que significa esto, dijo.

Yo no sabía lo que significaba nada. Solo podía suponer, y ese no era mi mejor día para suposiciones. El dolor de cabeza persistía y la pastilla no había hecho efecto. No sabía qué beneficios o malestares causaría esa droga anónima en mi organismo. Solo podía suponerlo y, ya se sabe, ese no era mi mejor día para suposiciones, ahí parado junto al letrero de la Sierra Chiquita con un cesto de compras lleno hasta los bordes de productos robados y una bolsa de pan legalmente adquirida. Dije lo primero que me vino a la mente.

El periódico, murmuré.

El periódico, repitió ella.

Aquí me quedo, le dije.

Ella dobló la hoja y la metió en su bolsillo.

Yo sigo, dijo.

¿Puedes con esto tú sola?

Tengo que poder a la fuerza. Si no, me jodo. Tú ve por tu camino y yo me voy por el mío.

Eso fue lo que hicimos. Yo por mi parte carretera adentro, hilera de casas pintadas como barrio modelo, y ella Vía Blanca arriba, integrada a la larga hilera de bicicletas, neumáticos cansados, expresiones, añoranza.

El sol seguía inmóvil en el cielo como si un Moisés moderno lo hubiera conjurado una vez más para alguna otra batalla bíblica. La columna de humo se percibía más grande y extrañé no escuchar sirenas de bomberos que llegaran para apagar el incendio; entonces recordé la situación y, al recordar, entendí la importancia de hallar un diario fechado dos días después del suceso: si estaba esa página significaba que en algún lugar estaría otro trozo de ese mismo ejemplar o de otro cualquiera. La necesidad de noticias frescas me hizo sentir algo parecido a la nostalgia. Significaba que en algún sitio de esta ciudad una imprenta continuaría imprimiendo papel, haciéndolo llegar

a lugares tan remotos como el municipio Regla. Significaba tantas cosas: electricidad, la promesa de un nuevo día, y una simple pastillita no podía ayudarme a entender todo lo que debería ser entendido.

Al otro costado del cielo las nubes habían adoptado la silueta amenazadora que presagia huracanes, pero este lado del cielo aún no se había enterado. Dejé la columna de bicicletas y me interné por esas calles, entre columnas ordenadas de hormigas y montones de basura dejados al azar sin ningún orden lógico o predeterminado.

En una esquina hallé lo que parecía ser una inmensa cantidad de cáscaras y semillas de mamoncillos, como si una brigada sobrecumplidora hubiera detenido un par de días su tarea para dedicarse a comer mamoncillos. Estaban dispuestos a medias sobre la acera rota y la calle fragmentada. Frente había una casa y junto a esta, otra, y junto a aquella, otra, y todas completaban una cuadra libre de daños, con todas las casas y construcciones incólumes como si nunca nada hubiera sucedido.

Toqué a la puerta y no hubo respuesta. Volví a tocar. Dos, tres veces. Cuatro. Cinco. Lo intenté en la casa de al lado. En la otra. Y en la otra. Nada. Nadie. Nunca. Parecía que la vida en Regla había decidido recesar transmisiones. Nadie alrededor. Ningún rumor en el aire que, por cierto, había adquirido una consistencia lechosa; algo parecido al polen flotaba en la atmósfera, impregnando los pulmones y dificultando los sentidos de visión.

Me aventuré por la cuadra siguiente y el panorama fue igual. Casas intactas y abandonadas. La versión anclada en tierra del Holandés Errante: entré en un par de moradas y hallé tazas de café aún calientes sobre las mesas, colillas de cigarros humeantes en el borde de ceniceros. La sensación de ser observado me empezó a hacer cosquillas en el cuerpo; una alergia para la cual un antihistamínico no hubiera venido mal. Las casas estaban dispuestas de la manera más azarosa posible. Nunca antes había estado en Regla, así que no tenía modo de saber si la ausencia de habitantes fuera algo natural en el municipio. Seguí caminando.

Acercándome al mar.

Las calles eran laberintos dispuestas en torno a elevaciones y declives de terreno donde lo mismo te encontrabas una construcción de tres pisos construida en el fondo de una sima, que una casa de un solo piso parecida a un rascacielos edificada en la punta de una loma. Me sorprendió encontrar el cementerio a la vuelta de la esquina. En una ciudad de muerte y ausencia, hallar un pedazo perteneciente a la verdadera muerte y la verdadera ausencia era sobrecogedor. Un remanso de paz y tranquilidad dentro de un remanso de paz y tranquilidad aún mayor.

El cementerio era pequeño comparado con otros cementerios, aunque supuse que sería igual morir en Regla que en cualquier otro lugar. La muerte siempre la misma, un paso breve entre una cosa y la otra. Las lápidas de mármol brillaban eternas a la luz del sol, pero su brillo era empañado por la semitransparencia lechosa que había adquirido el aire. Caminar se hacía tan difícil como bucear en un océano de aguas ligeras. El polvo se metía por los pulmones, impidiéndome respirar. Se adhería a la piel como una segunda capa de sudor; impregnaba las ropas. Dejé atrás el cementerio. Parecía el lugar más vivo de todo un municipio habitado por muertos. Lo que no está siempre deja su huella.

Al doblar la esquina los vi. O más bien, creí verlos en esa atmósfera empañada que algunos rayos de sol aún insistían en atravesar. Una mujer empujando un coche de bebé. Podía ser un espejismo. Habían doblado por una bocacalle y, para cuando me asomé (caminando, nadando), no había nadie allí.

Podían ser fantasmas del cementerio, espectros del mediodía, pero podría haber jurado que había visto lo que había visto. Una mujer empujando un cochecito de niño. Tan simple como eso.

Me encaminé al Anillo del Puerto, pasando un parque infantil con un par de columpios desvencijados y una canal extremadamente chica en la cual supuse no cabría niño alguno, fuera cual fuera su edad.

Pasé por una casa rosada con rejas engarzadas entre cariátides que ponía Cafetería Celestial y un cartel donde decía «Volveremos pronto», y todo

estaba desolado; el mismo aire de ausencia y sensación de pueblo fantasma. Casas totalmente intactas y calles agrietadas; postes caídos y cables cercenados. Hormigas por todas partes, en apretadas hileras de perfecta formación. Las vi en una esquina ocupándose del cadáver de un perro. La hierba crecía salvaje en los parterres abandonados, en los baches de las calles y, de vez en cuando, cada vez más seguido, un hormiguero como parte de la arquitectura de la ciudad.

Había automóviles, pero parecían dinosaurios al borde de la extinción. Pobres y desvalidas maquinarias exhibiendo su inutilidad. Los cristales de las ventanillas relucientes al sol. Gomas desencajadas. Frente a la Cafetería Celestial una camioneta IMSA llevaba el eslogan «La mejor harina para Cuba».

Desde donde yo estaba, se veían las estructuras del Puerto. Se divisaban por entre la claridad lechosa las torres de los molinos y los depósitos de harina pero, por algún raro efecto óptico, se veían cercenadas esas mismas estructuras. Más allá, la columna de humo se erguía como la promesa de una noche cierta. Entonces vi: el incendio no era en tierra. El humo salía del puerto. El humo venía del mar. Recordé la canción de Deep Purple: *Smoke on the water and fire in the sky*.

La música de 1972. El año en que Don McLean hizo famoso el *American pie*, y el trío America sacó *A horse with no name. Bye, bye, Miss American Pie* y un caballo sin nombre pastando en la llanura, y eso era lo que había. Un caballo negro y blanco masticando briznas de hierba.

Busqué algo en la cesta de compras para darle de comer. Una ofrenda para un caballo. Un símbolo de paz. No vi nada que un caballo pudiera comer. Me acerqué de todas formas. El animal me miró y siguió comiendo su ensalada. Cuando acaricié su lomo me di cuenta de que no era caballo, sino cebra. Volví a buscar en la cesta de compras, pero tampoco hallé nada que una cebra pudiera comer. Tampoco sabía qué comían las cebras. Abrí un paquete de galletitas y descubrí que le gustaban. Las devoraba, apoyando mansamente su hocico de animal importado en mi mano extendida, llena de galletitas marca IMSA. La mejor harina para Cuba, decía el eslogan.

A nuestro alrededor habían estructuras metálicas llenas de cables y una cerca con un letrero donde decía PELIGRO, DESCARGAS DE 11000 VOLTIOS rodeaba el perímetro. Once mil voltios me parecían demasiados para una sola persona. Me mantuve alejado. La cebra no sabía leer o no le interesaba la cantidad de voltios, y se fue a pastar por ahí.

Me encontré solo una vez más entre esa atmósfera lechosa de polen muerto, rodeado por esas estructuras metálicas llenas de cables rotos y caídos, por donde una vez había circulado la electricidad, pero por donde ahora solo circulaba el recuerdo de lo que una vez había sido y por mucho tiempo ya no volvería a ser. Metal pintado de blanco. Parecía una refinería, pero podía ser otra cosa. No lo sabía. Nunca había estado allí, en ese municipio, en ese bosque de estructuras metálicas, frías al tacto, blancas a la vista. Una de ellas despedía un ligero zumbido. Música para mis oídos. Por ella aún circulaba corriente eléctrica. Lo comprobé. Supervivientes del desastre: la estructura, la cebra y yo.

Un cable se perdía en la distancia, por postes que se habían mantenido milagrosamente intactos, llevando electricidad hacia alguna parte. Tal vez fuera la alimentación de la imprenta donde se imprimían los periódicos del día. «Fondo atómico puede despertar a un hombre». Tal vez no.

Seguí camino.

Antes, solía despertarme el rumor de trenes pasando en la distancia. En el silencio prístino de la madrugada sonaban lejos las sirenas de los vagones que desfilaban por el ferrocarril del Anillo del Puerto y, si prestaba atención, oía las ruedas deslizándose por los carriles. Me despertaba y me quedaba desvelado un rato, hasta que el latido rítmico se desvaneciera. Entonces me quedaba viendo las luces amarillas de los faroles en la calle golpeando contra la soledad de la madrugada y, poco a poco, volvía a quedar dormido hasta que pasara el próximo tren y volviera a despertarme.

Ahora esas líneas de ferrocarril se mantenían en silencio, como si todo lo que fueran a decir pudiera ser usado en su contra. Las vías se hallaban dislocadas, descentradas. Las podía ver como fragmentos retorcidos de metal detrás

de una cerca peerless con letreros de NO PASE escritos para los fantasmas de Regla. En la vía férrea se hallaban dispuestos una serie de vagones-contenedores que llevaban carteles de INFLAMABLE en el exterior. Los vagones estaban pintados de disímiles colores y algunos ni siquiera estaban pintados (ostentando el color ceniciento que una capa de óxido puede brindar) pero el letrero de INFLAMABLE se mantenía como una constante. Letras blancas sobre fondos cambiantes.

Confirmé lo que antes había tomado por un fenómeno óptico: las estructuras de los molinos y los depósitos estaban cercenadas en la base, con rajaduras enormes a lo largo de las paredes. Supe entonces de dónde salía esa capa lechosa que envolvía la atmósfera como un sudario: toda la harina que contenían los depósitos se hallaba en el aire. IMSA: La mejor harina para Cuba, para Regla.

Seguí la hilera de vagones INFLAMABLE hasta que llegué a esa escena que es constante en todas las novelas y películas: el mar.

En toda su anchura, todo su delirio. Eterna masa de agua movida por dioses invisibles. Flor de estrella, nostalgia y cloruro de sodio; mezcla de multitudes. En fin, el mar.

De este lado las estructuras propias del puerto: grúas, almacenes, contenedores. Al otro lado de la bahía, el reflejo de una Habana destruida por conflictos mayores: el Capitolio aún en pie y una serie de edificaciones hechas pedazos. La Habana Vieja sembrada de escombros semejaba la sonrisa cariada de una gitana. En el medio, la hoguera, las llamas, el incendio más grande que había visto en mi vida.

En el medio, el mar.

Volví a recordar la canción de Deep Purple. Humo en el agua y fuego en el cielo. Una docena de barcos grandes como planetas ardían uno junto al otro. Las llamas se extendían desde las cubiertas altas, enormes como erupciones de metal fundido. A su alrededor, una serie de lanchas, gabarras y barcos de menor calado ardían también.

Se desprendían chispas del incendio principal; fragmentos de fuego que volaban como cometas y caían con un chisporreteo a las aguas de la bahía. Todos los barcos de esa zona del puerto ardían. No eran solo una docena. Eran más. No podría haberlos contado con certeza; las unidades se hacían indistinguibles en medio de aquella colectividad envuelta en llamas, solo era visible un amasijo de hierros fundidos, cubiertas unidas en el paroxismo del holocausto naval. De vez en cuando uno de ellos se hundía, con la leve gracia de una chica que se desmaya. El humo se perdía en el cielo color azul acuarela, en el aire teñido de blanco como velo de novia. Escocía los ojos y llenaba la mente.

El fuego era en la bahía, pero los vagones INFLAMABLE se hallaban peligrosamente cerca del borde del mar. Ya imaginaba el primero prendiendo como un fósforo y lo demás era fácil de suponer. La explosión iban a oírla hasta en Pinar del Río.

Yo, por mi parte, ya tenía una historia que contar.

Podía irme a casa.

Cuando desandé la hilera de vagones, volví a encontrar la cebra. Ya no pastaba. Se había echado de costado y respiraba trabajosamente. Yo también respiraba trabajosamente, pero no era cebra. Demasiado humo. Demasiada harina. Demasiada soledad. El animal parecía morir.

Me tendí a su lado. No mueras, le susurré. Ella no dijo nada. Las cebras no hablan, pensé. Los caballos tampoco. Yo hablaba, pero no era cebra. Tampoco era caballo. Yo no pastaba. No comía hierba. Igual tenía hambre. Saqué un pan de la bolsa y comencé a comérmelo. Tenía hambre. Más que comer pan me parecía estar devorando un adjetivo. Hermoso, apetecible. Me podía haber comido un caballo, pero no había ninguno. Yo no era caballo. Yo no era cebra. Yo no era yo. La Pelirroja estaba ahora junto a mí. No sé cómo, pero así era. Semejante a un sueño. El primero de muchos, supuse. El último de ninguno.

Y tenía la sensación de que estábamos solos en el mundo. Era mi casa y, a la vez, era otro lugar. Ella me dijo Ven y mira a través de la ventana, y fui y miré y

pude divisar la niebla perdiéndose lentamente a través de las calles desiertas y la luna como un parche blanco en la oscuridad.

¿No te das cuenta?, gritó la Pelirroja, y su voz se extendió como un eco a lo largo del espacio (¿no te das cuenta? ¿no te das cuenta? ¿no te das cuenta?). Estamos solos, susurró. Solos en este mundo.

¿Cómo?, le pregunté, ¿por qué piensas eso?

¿Es que no lo ves?, volvió a gritar, y su grito fue un disparo en la soledad de la noche, una pedrada para la luna, un sol para las estrellas.

Entonces me propuso salir. Por ahí. A ver qué pasaba.

Yo acepté. Para que se tranquilizara. Cualquier cosa con tal que se tranquilizara. Para que pudiera sacar todas esas locas ideas de su cabeza. De su pobre y alienada cabecita cubierta de pelo rojo. Como una muñequita Barbie. Y así es como yo pensaba a veces en ella: mi pequeña Barbie-*doll*, perdida en su bonito Barbie-*world* de ilusiones perdidas. Así que me dije Okey, Barbie, vamos afuera, para ser tragados por la niebla, para ser cariñosamente asaltados por maleantes madrugadores.

Y fuimos afuera. Caminamos calles y calles y calles y kilómetros y millas y metros y centímetros cuadrados. ¿Ves?, decía ella. Y yo veía. O, más bien, no veía. No veía a nadie. Nadie en kilómetros a la redonda. Y la cosa es que caminamos, circunvalamos toda la ciudad, recorrimos su perímetro, su radio y su diámetro, y nunca llegamos a ver a nadie.

¿Ves?, decía ella. Nos hemos quedado solos.

Yo me asombraba. Solo en este mundo con mi muñequita Barbie de pelo rojo. Solos. Sin música. Sin amigos. Sin películas de sábado por la noche, ni matinée domingo en la mañana. Solos. Nada de nada. Como en una campana de cristal. Como un cubo en tercera dimensión. Sin luces, sin colores. La niebla envolviéndose en sí misma, duplicándose hasta el infinito. Y nosotros allí. Solos.

No puede ser, le dije. Entramos a un restaurante. Entramos a un cine. Entramos a las tiendas, al mercado, a las iglesias. Pero no había nadie. Yo repetía una y otra vez: No puede ser. Pero parece que estaba equivocado. Sí podía ser. Ella se mantenía en silencio. Tenía en la mirada la misma expresión destinada a los funerales públicos y sus ojos estaban vidriosos.

Bueno, pensé, podemos hacer lo que nos venga en gana. Estar hasta tarde en la catedral. Ir de bar en bar y pasarnos de trabajar al día siguiente. Toda la cerveza del mundo gratis. Toda la comida. Podemos gritar hasta quedarnos roncos y nunca vendría la policía para llevarnos lejos. Porque no había policía. Porque no había nadie, ni nada. No gente, no perros, no gatos. Nada de nada. Solo las nubes y el viento y la luna y la niebla. Nada más. Ella y yo. Nadie más.

Revisemos las casas, le dije entonces. A lo mejor hay alguien, susurré. Comenzamos a entrar en los hogares de la gente. Comenzamos a invadir espacios privados, a espiar momentos ajenos. Miramos preciosas salas decoradas con cortinas de baño y cuadros de Paul Klee en las paredes, comedores con relojes de arena detenidos en el penúltimo segundo, pasillos abarrotados de libros caros, juguetes de plástico barato en el piso, baldosas negras, baldosas blancas, baños impecables, manchas de sangre sobre los suelos de algunos sótanos, pero, de alguna forma, supimos que eso no tenía nada que ver con lo que andábamos buscando. LPs sobre los repaños de las cocinas, envases listos para reciclar; todo un pequeño universo dispuesto para una gran multitud.

Entramos casa por casa. Dos, tres, cuatro. Seis, siete, quince. Y solo en la vigésimo tercera morada hallamos a una pareja durmiendo sobre un colchón desnudo. Vaya, murmuró la Pelirroja, y los ojos se le aguaron.

No estamos solos, dijo, y la voz se le quebró.

Ellos dormían con la gracia de los justos, inspiración, aspiración, como al final de una fiesta con strippers y palomitas de maíz.

Los voy a despertar, susurró ella.

No, le dije. Déjalos dormir, deben de estar cansados.

No me importa, dijo ella, los voy a despertar, tienen que contemplar la situación.

Fue y los sacudió. Yo traté de detenerla, pero era demasiado tarde. La chica que dormía había abierto los ojos y parpadeaba confusa.

¿Qué pasa?, preguntó, y yo sentí un nudo en la garganta en ese momento.

Simplemente no sabía qué decirles.

¿Qué pasa?, preguntó una vez más la chica. Yo abrí y cerré los ojos. Parpadeé para tratar de combatir toda la luz del sol que me entraba por las pupilas. Ya no había cebra a mi lado, pero permanecía la atmósfera cargada de harina como una mortaja aérea. Permanecía la niebla, dentro y fuera de mi cabeza.

¿Estás bien?, me preguntó.

¿Dónde estamos?, susurré. Me pesaba la cabeza, no me dolía. Euforia contenida, alivio sin límites.

Regla, dijo la chica.

Estábamos frente al cementerio. La columna de humo se perdía en el horizonte. Alta, alta como un pino, pesaba menos que un comino.

Los barcos, dije, se queman los barcos. Se quema la isla.

Lo sabemos, dijo una voz nueva, proveniente del coche.

Los miré. Eran la chica que había visto antes y un bulto parlante en el cochecito de bebé. Creía haberlos visto antes, como figuras espectrales, fragmentos de mi imaginación. Habían adquirido realidad corpórea, imágenes tangibles. Habían adquirido nombres. Eran Melissa y Benny Benny.

Después de pensar que nunca más los iba a hallar, después de olvidarlos en algún rincón de mi memoria, de creerlos tan muertos como los habitantes de aquel cementerio, aquí estaban la artista y el homúnculo habitando mis sueños, poblando mi realidad.

¿Qué te sucede, belleza?, preguntó Melissa. Mi cesta de compras había pasado de mis brazos a los suyos.

¿Has tomado alguna de estas?, preguntó Benny
Benny. Sostenía en su manita deformada la tira de pastillas transparentes. Más de una te podría matar, agregó.

Lucía distinto. Más pequeño. Menos pelos. Menos dientes. Melissa también se veía distinta. Los años no pasan por gusto. Traté de verme con sus ojos. Yo no era quien solía ser, pero era quien quería ser. Resultaba difícil de explicar, pero así era.

¿Qué hay?, saludé, ¿qué buscan?

Él señaló con su mano hacia arriba. Hacia los cables. Percibí en el aire un ligero zumbido. Olor a electricidad. El único cable funcional disponible pasaba por sobre nosotros. En una intersección había un transformador y ahí moría el rastro. Un manojo de cables semejantes entre sí se expandía por el otro extremo. Salían en catorce o quince direcciones todas opuestas entre sí.

Aquí les perdemos la pista, dijo. Yacía acurrucado como un niño de meses en el coche, y parecía un bebé deforme, a pesar de que debía tener más de cuarenta años. A falta de sábanas, cubría su cuerpezuelo con hojas estrujadas de periódicos viejos. Reconocí un ejemplar de *La Letra del Escriba*, un *Caimán Barbudo* y un *Granma*.

Desde donde yo estaba podía ver muchas cosas.

La columna de humo perdiéndose en el horizonte.

El mundo que giraba y se había olvidado de nosotros.

Columnas de hormigas, insectos mutantes.

(«El sueño de la razón engendra monstruos»).

Las nubes, las nubes.

También podía leer los titulares del periódico.

«Fondo atómico puede despertar a un hombre».

IV. Ni una sola alma sola para nadie más

Conocí a Benny Alberto en uno de esos talleres literarios donde la gente se reúne en torno a un vaso de té para leerse la última genialidad que cambiará para siempre el mundo editorial, mientras se quejan del estado de las cosas y hablan mal de otros escritores. Una vez al mes se dedicaba el encuentro a algo en particular, y a mí me tocaba conducirlo. Lo habíamos hecho sobre la novela negra, el cine de ciencia-ficción, los libros de autoayuda y recetas de cocina. Se suponía que el público asistente contribuyera a la jornada con piezas narrativas o poéticas estructuradas alrededor del tema, aunque al final siempre traían lo que les daba la gana y, claro está, leían lo que les daba la gana. Pero lo mío era dar los talleres y cobrar. Nada más.

Aquella tarde en cuestión estaba dedicada al minicuento. Hablamos del dinosaurio, de la casa tomada. Una mujer con un par de bolsas de compras tomó la palabra para decir que una vez ella había hablado con Mario Benedetti. Un manojo de habichuelas asomaba desde el borde de una de las bolsas.

Señora, ¿y su cuento?

No tengo ahora, pero para el próximo encuentro le traigo cinco o seis minicuentos recién hechos, dijo y se sentó.

Esa tarde se nos había acabado el té. Estábamos bebiendo infusión de manzanilla. Leí algunos relatos al azar de Jonathan Lethem, Thomas Bernhard, y Ray Loriga. De este último solo tenía un relato medianamente extenso (nada que ver con lo que estábamos tratando), pero igual lo leí, porque me gustaba y, de todas formas, nadie se estaba ciñendo al tema en cuestión.

Eso no es un minicuento, dijo Benny Alberto después de la lectura. Ni siquiera se acerca a lo que debería ser un minicuento.

Me sorprendió la interrupción. No era normal que una de estas criaturas de talleres literarios se rebelara contra su preceptor. Generalmente aceptaban ciegamente lo que les era dicho, sorbían su té y se iban con el sentimiento eufórico de haber hecho algo distinto ese día con sus vidas.

Benny Alberto usaba una camisa de mezclilla y tenía panza. Si hubiera sido mujer hubiera pensado que estaba embarazada, pero la voz grave y la cabeza reluciente con unos cuantos pelos en la coronilla marcaban su masculinidad, y el hecho tal vez de que debería ir a menos talleres de literatura y frecuentar un tanto más el gimnasio. Era la primera vez que lo veía.

¿Trae algo que quiera compartir con nosotros?, le pregunté.

Él sacó un papelito del bolsillo de su camisa. Bien podía ser una exhortación para mejorar la emulación o una serie de consignas del Partido, pero resultó ser un cuento. Mini.

No era nada del otro mundo, pero así resultan ser las cosas. Estaba en ese taller no para descubrir al próximo Rimbaud, sino para ganar un salario. Si la reencarnación de Rimbaud quería venir, eso hubiera sido otra cosa. Pero Benny Alberto no lo era. Si estaba esperando una maravilla literaria tendría que esperar un tanto más.

Su minicuento a la larga terminó siendo el mejor de la velada. Alguien leyó algo que parafraseaba a Neruda y una mujer se paró y recitó de memoria un cuento que tenía que ver con un tigre y un par de riñones. O tal vez fueran un par de tigres y un riñón. Siempre salía convencido de que los talleres literarios eran un cementerio para todo tipo de creatividad.

Muy bueno el cuento que leyó, comentó Benny Alberto después que todo hubo terminado, después de que se hubiera marchado la mujer del manojo de habichuelas y que nos hubiéramos tomado toda la infusión de manzanilla que había disponible.

Siempre me había gustado la literatura, pero nunca había venido a nada de esto. Es maravilloso, me dijo, ¿Cómo se sobrevive a tanta belleza?

Me encogí de hombros.

Se hace lo que se puede, contesté.

Me invitó a un lugar nuevo que habían abierto. Mucho mejor que esa mierda de Café G, aseguró. Él tenía deseos de seguir hablando de estos temas y enseñarme algunas de las cosas en las que estaba trabajando. Yo estaba en esos días con La Pelirroja y las ganas de llegar a casa no eran muy urgentes, así que decidí seguirle la corriente.

Fuimos a un sitio llamado Trés Tés. Me extrañó el acento sobre la E de tres, hasta que Benny Alberto me explicó que no era «tres», de uno dos cuatro, sino la palabra francesa que significa «muy».

Es un juego de palabras, dijo muy ufano como si hubiera sido él quien hubiera tenido la idea.

Era un sitio agradable y uno se olvidaba por un momento de que estaba en una isla rodeado de subdesarrollo. Un sitio donde te podías arrellanar en una butaca y hablar de literatura hasta que se acabara el mundo. Estaba ambientado como si fuera la sala de estar de una casa de los años cincuenta, con máquinas de coser Singer, fotos amarillentas en las paredes donde sonreían gentes que probablemente ya estarían muertas, suelo alfombrado y luz tenue, el mostrador estaba enmascarado detrás de un aparador de formica y las camareras adoptaban expresiones tiernas y atentas cuando te tomaban el pedido. Te explicaban con dulzura en qué consistían las especialidades y todo era muy caro pero eso no importaba, porque Benny Alberto estaba invitando.

Pide lo que quieras, pero te recomiendo Trés Tés.

¿Trés Tés?

La especialidad de la casa, aseguró.

Trés Tés consistía en una bandeja con tres tazas de té de distintas tonalidades y un plato en el centro con variedades de quesos y frutas secas. A cada taza le habían puesto una pequeña moneda de chocolate al lado.

Hermoso, dije.

¿Cómo se sobrevive a tanta belleza?, sonrió Benny Alberto y tomó dos de las tazas, una con cada mano, y sorbió. Estaba caliente; se podía percibir el hilillo de humo ascendiendo de las tazas en la semipenumbra de la habitación. No estábamos solos; en un sofá al fondo del local tres personas sorbían sus líquidos en silencio. ¿Cómo se sobrevive a tanta belleza? Con mucho té, suponía.

Hablamos de lo que se podía hablar: libros y cosas por el estilo. Recomendé autores. Él me leyó algunas historias que traía consigo. Algunas buenas, otras no. Ninguna era genial. No era el próximo Rimbaud, pero eso no importaba siempre que se encargara de pagar la cuenta. Podía aceptar el papel de preceptor si él se ocupaba de aceptar el papel de mecenas.

El siguiente encuentro lo dedicamos a los universos paralelos. Benny Alberto volvió a hacer acto de presencia y leyó otro cuento que me hizo sentir mejor conmigo mismo. Por lo menos, me parecía que mis palabras llegaban a algún sitio en particular. La sensación de estar hablando de universos paralelos disminuyó un poco.

Después volvimos al Trés Tés. Era peligroso lo habitual que se puede hacer un lugar después de haberlo frecuentado nada más que un par de veces. Esta vez descubrimos que los clientes habían empezado a escriturar las paredes con sus nombres. Algunos habían apuntado sus números telefónicos también. Un diagrama de un corazón sangrante cubría un tercio de una de las paredes. Pero no un ❤, sino un órgano dibujado de acuerdo a los libros de texto de biología, con aurículas y válvulas coronarias todas en su lugar clínico. Un dibujo grotesco, con el nombre Melissa abajo.

Nuestro lugar preferido estaba comenzando a parecerse a nuestro lugar más odiado, si algo no lo salvaba pronto. Digamos, un par de capas de pintura tal vez. Cualquier tipo de pintura, aunque fuera pintura de labios.

Benny Alberto hablaba. Siempre hablaba él y yo no siempre le prestaba mi atención. Mi atención venía en pequeñas dosis, reservada para la camarera del turno nocturno y palabras aisladas al azar. Disparadores del inconsciente.

Imagina una nave groseramente grande, decía Benny Alberto en ese instante, tan grande que se confunda con el universo. De hecho, la nave es un universo en sí misma. Pertenecería a una civilización alienígena que viene a buscar vida inteligente en otros planetas. Ya sea para invadir y conquistar recursos, ya sea en son de paz.

Asentí, y él siguió hablando.

Pero esa civilización es tan distinta a nosotros los terrícolas, tan inimaginable su metabolismo, que nunca nos damos cuenta de su paso. No tienen nada que ver con nosotros, ni con nuestros dioses, ni con nuestros códigos de ética. Según nuestros cánones, esos alienígenas constituirían una abominación de las leyes naturales. Leyes naturales que, dicho sea de paso, solo se aplican para nuestro planeta. Ellos tendrían otra disposición y, para su canon, nosotros seríamos la abominación, lo inimaginable, lo que escapa a lógica y criterio. Serían más inteligentes que nosotros pero, a la vez, no tendrían nada que ver. Nuestro metabolismo está basado en carbono; el de ellos en otra cosa. Serían piedra, aire, pensamiento; pero no carne. El asunto es que al pasar sobre la Tierra nuestro planeta es declarado inhabitable. Una pequeña masa de oxígeno y nitrógeno y carbono. Un infierno. Los alienígenas escribirían en su diario de a bordo que la vida sobre el planeta Tierra es imposible, y así es cómo nos salvaríamos de ser colonizados. Bueno, eso en el caso de que verbos y sustantivos tales como «escribir», «diario de a bordo» y «planeta Tierra» tengan sentido para ellos. ¿Entiende el caso?

Volví a asentir. Una de las camareras estaba acodada en el mostrador, perdida la mirada más allá de nosotros. Todo ser humano tiene un sueño y el de esa mujer estaba en alguna parte. Benny Alberto continuó: Pero recuerda lo que dije anteriormente: vienen en una nave groseramente grande, del tamaño de un universo. Buscan vida inteligente para no se sabe qué fines y no se han dado cuenta de que estamos aquí.

¿Y qué?, dije.

Que esa nave todavía está cruzando sobre la Tierra, susurró él. Quedémonos en silencio.

Y se puso un dedo en los labios. Como respondiendo a una señal dada (más bien, una rara conjunción del azar y la disposición de las cosas), la canción que estaba sonando terminó y todas las conversaciones se detuvieron. Parecía un instante de esos en las películas, en los que la acción se detiene y los protagonistas se miran con cara de qué-vamos-a-hacer-ahora. Seguidamente pueden súbitamente ponerse a cantar, o puede suceder lo inesperado.

En ese breve momento entre canción y canción, esos cinco segundos entre Taylor Swift y Norah Jones, Benny Alberto y yo no nos pusimos a cantar, así que sucedió lo que debía suceder.

Alguien pagó una cuenta, una caja registradora sonó, y las conversaciones interrumpidas siguieron su curso. Se veía ahora ridículo con el dedo sobre los labios aún en un gesto inútil de silencio, cuando la puerta se abrió y entró Melissa, la dueña del corazón sangrante.

Una rubia con melena de pelo lacio que le llegaba hasta la mitad de la espalda y kohl alrededor de los ojos. Parecía la versión femenina de Jack Sparrow, si Jack hubiera vivido en pleno siglo XXI y se vistiera con chaqueta de cuero. Eso es lo que parecía ser: una chica de cuero. Daba la impresión de que hasta sus prendas de ropa interior estuvieran diseñadas en ese material.

Llegó y se sentó junto a nosotros. La miramos hacer. Habían bastantes mesas desocupadas en el local; no existía razón para que viniera intempestivamente a ocupar un asiento en nuestra mesa, como si aquello fuera un comedor obrero. Llevaba un bolso de piel tejida. No lo digo porque me fije mucho en los bolsos de las mujeres; lo digo porque lo puso entre nosotros y lo abrió, sacó un pequeño libro (casi un cuaderno) y me lo entregó.

A ver qué le parece, dijo. Se recostó hacia atrás en la silla y saboreó el momento: ese momento en que nos preguntábamos quién era aquel equivalente del zeitgeist en la atmósfera enrarecida del sábado por la tarde.

Pero cuando abrí el volumen reconocí a Melissa. Había sido alumna mía cuando adolescente en un taller de escuelas secundarias. Era difícil encontrar calidad literaria en una escuela secundaria de San Miguel del Padrón, pero

Melissa tenía lo suyo. Hacía poemas pasablemente buenos, francamente publicables. Recuerdo habérselo dicho en aquellos días pletóricos de chicuelas, sombras de muchachas en flor, y ahora ella venía de la nada, del interior de alguna máquina del tiempo, y ponía frente a mí el resultado impreso de nuestros encuentros-debates. Era un cuaderno de menos de sesenta páginas, con una foto de Jock Sturgess en blanco y negro como portada; una de esas Lolitas semidesnudas que miraba cándida a la cámara sin darse cuenta de que no es niña y tampoco es mujer.

Se titulaba *Bad*, como la canción de U2, y eran poemas. Les eché un vistazo. No eran tan buenos como recordaba pero tampoco eran tan malos. La primera hoja tenía una dedicatoria; el libro era para mí. Enarqué las cejas.

¿Cómo supiste que yo estaba aquí?, le pregunté.

Melissa señaló por la ventana empañada por el vapor y el tiempo hacia una casa que se veía en blanco y negro como la portada de su libro. Imagino que confluían varios elementos: la atmósfera del Trés Tés, tan espiritualizada como un templo budista, el aspecto glacial que brindaba el aire acondicionado, las expresiones tiernas y vacías de las camareras detrás del mostrador y de la caja registradora, el vago aspecto a videoclip de Marilyn Manson que se respiraba. John Phillips podría haber hecho un remake de California dreamin' y Mama Cass podría haber salido de la tumba como un esqueleto gordo para cantarla frente a un público estático. Melissa no constituía esa clase de audiencia. Melissa no constituía audiencia ninguna, solo una chica que señalaba a la casa de enfrente y nos miraba aburrida esperando entretenimiento barato. Como podrían haber mirado los emperadores romanos a los gladiadores a punto de morir de infartos y estocadas al corazón. Así:

Te veo entrar aquí de vez en cuando, dijo. Vienes casi todas las semanas con él. Yo vivo ahí enfrente. Pensé que te debía el libro. Siempre me decías que lo publicara.

Éramos un elemento más de la habitación, una foto en sepia colgada, decoración hogareña y estrafalaria, como un poster de Tim Burton incrustado

en la pared de una adolescente. Parte intrínseca del servicio. Podrían habernos agregado en la cuenta ese pedazo de conversación y Benny Alberto lo hubiera pagado con todo el gusto del mundo.

¿Has seguido escribiendo?, le pregunté.

Ella se encogió de hombros.

De vez en cuando, contestó. Ahora estoy más para el arte conceptual. Ese tipo de cosas.

Señaló el corazón dibujado en la pared, insertado entre nombres ajenos, números de teléfonos y recetas de cocina.

Sí, claro, dijo Benny Alberto, La literatura no es para todo el mundo.

Melissa lo miró. Entendí a esos escritores malos que usan a menudo imágenes como «Lo miró con fuego en la mirada», o «Una chispa se encendió en sus ojos». A veces no queda más remedio que usar malas metáforas para documentar la vida real.

¿Qué quieres decir? ¿Que soy menos que tú? ¿Que las mujeres no son tan buenas como los hombres?

Mira las estadísticas, dijo Benny Alberto, los números no mienten.

¿Qué quieres decir?, repitió Melissa. Tengo todo el tiempo ideas en mi cabeza. Se me ocurren historias constantemente, solo que elijo no escribirlas.

Sí, claro, asintió Benny. Ironía en su voz. Altas dosis.

Dame un pie, me dijo Melissa. Dame una primera oración cualquiera y te hago un cuento.

Melissa, le dije, esto no es repentismo. No estamos en una controversia.

Pero ella insistió. Fuego en su mirada, chispas en sus ojos, y yo le dije lo primero que me vino a la cabeza. Lo que pensaba cada vez que venía a este lugar: Las camareras de este local tienen magníficas piernas.

Melissa respiró y se quedó en silencio un minuto. Se recogió el pelo en una cola y se paró como si fuera a cantar el Himno Nacional.

Las camareras de este local tienen magníficas piernas, dijo entonces. Me he fijado en eso. Cuando llego al restaurante me preguntan qué deseo para comer. Me leen el menú. Arroz blanco, arroz moro, plátanos fritos, pollo asado, bistec de cerdo, etcétera, etcétera. Pero yo no deseo bistec de cerdo, mucho menos pollo asado. Yo solo tengo ojos para las piernas de la camarera. Son piernas magníficas, de primer nivel. ¿Qué desea para comer?, me pregunta el capitán, y yo le digo que las piernas de la camarera y un poquito de arroz blanco. Así que me traen las piernas en una bandeja de salsa humeante y yo las disfruto en plenitud, porque resulta que tenía razón: esas piernas saben a gloria. Ni siquiera toco el arroz blanco. Sobre el plato sólo dejo los huesos. Entonces viene el capitán a decirme que la camarera se siente muy triste sin sus piernas y ha decidido quitarse la vida. Por favor, dice él, si usted fuera tan amable de comerse el resto del cuerpo. Yo le respondo que ya estoy llena, no me cabe más comida, que mire cuántas mesas hay, que reparta el cuerpo a como se pueda por entre el resto de los comensales. El capitán pone el grito en el cielo y dice que dónde se ha visto eso. ¿Cuándo se ha visto que entierren a una persona en distintos ataúdes? Un brazo aquí, una pierna allá, el torso por alguna parte. Nunca se ha visto, así dice él. Por lo que me traen el resto de la camarera debidamente aderezado y yo le meto el diente. Descubro que aún me queda espacio y sobre la fuente sólo vuelven a quedar los huesos. No obstante, guardo uno de los brazos para comérmelo más tarde. Pido que me lo envuelvan en una servilleta para llevármelo a casa. El capitán parece feliz. Así se hace, me dice con un apretón de manos. En la noche tocan insistentemente el timbre y, cuando abro la puerta, me encuentro a la madre de la camarera, con un ataque de cólera. Era mi única hija, grita, dándome golpecitos en el hombro, y usted se la comió; va a tener que pagar por eso. Los gritos me molestan, los golpecitos en el hombro me duelen, y no se me ocurre cómo pararla. Termino dándole el brazo de su hija envuelto en la servilleta y le deseo buen apetito. Ella se va con el brazo en brazos y,

mientras se aleja, me amenaza con llevarlo todo hasta los tribunales. Pero en la esquina es atropellada por un camión repartidor de periódicos y yo entonces puedo respirar aliviada. A la tarde siguiente voy a almorzar al mismo restaurante y, esta vez, cuando me preguntan qué deseo, pido un bistec de cerdo, simple y llanamente. No obstante, frente a mí se sienta un hombre de mediana edad que pide para almorzar las piernas del capitán. Cuando le sugiero que las compartamos, me mira con una sonrisa de gratitud y me dice: Sí, gracias; porque la verdad es que él no iba a poder con todo.

Se volvió a quedar en silencio. Los que la habían escuchado volvieron a sus asuntos. Ella nos miró. No sé qué esperaba. Un aplauso. Un ramo de flores. No se lo dimos. Lástima. Ella nos miraba. A mí. A Benny Alberto.

¿Qué tienes tú?, preguntó.

¿Yo?, suspiró él.

Sí, tú, ¿qué tienes tú? ¿Qué gran historia nos vas a contar?

Melissa poseía el aire de fría determinación con que se liquida a una cucaracha. Benny Alberto había empezado a sudar. En este país tropical los locales que poseían equipos de aire acondicionado casi siempre los ponían al tope de sus capacidades, y Trés Tés no era la excepción de la regla. A pesar de esto, él sudaba como si estuviera en medio de una carrera de resistencia. Sabía que había perdido la competencia frente a la chica freak. Una mujer lo había desplazado, y todas las camareras con sus piernas intactas eran testigos. No tenía nada con que contrarrestar el golpe. La situación se hacía incómoda.

¿Te lo inventaste ahora?, le pregunté a Melissa.

Ella hizo un movimiento de labios que me retrotrajo a los años noventa del siglo XX. Un salto de casi quince años cuando ella era una simple adolescente escribiendo poesías en medio del Período Especial.

No es difícil hacerlo, aseguró.

Le habían puesto una taza de té. Sorbió lento.

Tengo en mente otro proyecto, comentó. Voy a llevar el arte hasta sus últimas consecuencias. Mutar las cosas. De eso se trata todo. Mutaciones. Ese es el futuro de esta humanidad, y el arte es el indicador de lo que vendrá. Mientras tanto, maduro mi proyecto. No sé qué será. Un performance, una instalación. Algo radical, espero.

¿Por qué?, le pregunté.

¿Por qué qué?

¿Por qué te apareces después de tanto tiempo sin saber de ti?

Te vi entrar, contestó. A ti y al gordito frustrado. Estaba aburrida en la casa, haciendo nada.

Le conté a grandes rasgos mi vida. Esperaba reciprocidad, pero no la hubo. No supe de ella. Melissa elegía declararse como una gigantesca incógnita ante los ojos de la humanidad. No le veía nada de malo a eso; cada uno hacía lo que quería hacer. Yo deseaba hablar y hablaba; ella tal vez no deseara escuchar, pero hacía como que escuchaba haciendo los comentarios habituales para ese tipo de confesiones. Sabía situar bien los asentimientos de cabeza, las interjecciones monosilábicas y las medias sonrisas.

Fue en algún momento de nuestra conversación que Benny Alberto decidió sacarse su as de la manga. En aquel ambiente, moderado por el té, los quesos, bombones y frutas secas, Benny Benny nos fue presentado.

Tengo esto, dijo Benny Alberto de repente y lo vimos con la camisa abierta y una sonrisa de triunfo en los labios.

Supongo que debe de haber alguien encerrado con cuatro o cinco computadoras en una habitación, y ese alguien es quien se ocupa de hacer los estudios de proporciones con que después nos bombardean los libros de texto, las revistas de difusión científica, y el *Discovery Channel*. Alguien que se

ocupa de asegurarse de que el sol es novecientas cincuenta y siete veces del tamaño de la Tierra, de que el pulmón es al hígado lo que el chocolate es a la mayonesa, de que el volumen de agua vertido por el Amazonas equivale a la producción anual de petróleo en Kuwait. Alguien volcado a los números, o tal vez no y todo eso se lo inventan para los crédulos que pueblan el mundo, y yo solo quiero decir que Benny Benny representaba tal vez un veinte por ciento de Benny Alberto.

Que Benny Benny cabía veinte y una veces en Benny Alberto.

Que Benny Benny era a Benny Alberto lo que la Torre Eiffel es al Hotel Presidencial.

Y tal vez todo esto me lo estoy inventando para los mismos crédulos que se leen el horóscopo en las revistas de moda para ver cómo les irá el día.

Tal vez no, y lo cierto era que debajo de la sonrisa de triunfo venía el cuello y el pecho y después venía lo que parecía ser un fenómeno de carnaval: de entre la barriga se destacaba una figurilla, algo vagamente humano que poseía boca, nariz, brazos, pero todo diminuto, insertado en los pliegues del abdomen.

Una pequeña bestezuela de carnaval que podría haber pasado por gemelo siamés de habernos mirado, pero no nos miraba. Sus párpados estaban cerrados. En la tenue penumbra del Trés Tés se asemejaba a lo que poblaba las pesadillas de los niños más pequeños.

Benny Benny, dijo Benny Alberto, mi otra mitad, mi otro yo. Mi mutación.

No éramos los únicos en observarlo. En la mesa de enfrente una pareja de ancianos miraba sorprendida el gemelo siamés. Desde alguna parte nos vino el destello luminoso de un flash. Melissa acarició la masa amorfa de carne, con el cariño de quien acaricia a un recién nacido. A continuación miró a su recipiente humano y le sonrió por primera vez en su vida.

Tienes el futuro del arte contigo, le dijo.

Benny Alberto lo había logrado por segunda vez. Silencio total. De nuevo una de esas extrañas coincidencias disfrazadas de azar en las que confluyen el final de una canción con el principio de otra y la paralización de las conversaciones. Solo se oía el gotear de una llave de agua. Él abotonó su camisa entonces. Fin del espectáculo, de vuelta a su antigua naturaleza, disfrazada de obesidad.

El té se enfría, dijo, y todo fue de vuelta a la normalidad. *In the flesh* de Blondie comenzó a sonar y la voz de Debbie Harry se mezcló con la voz de mis sueños, que tomaban dictado de algunas de mis pesadillas. El hecho de ver a Benny Benny como parte del elenco de *Freaks* no me había hecho mucha gracia. Mi estómago no era el que era antes, y el té y los bombones y las frutas secas comenzaron a mezclarse de forma peligrosa. Me parecía que sentía deseos de vomitar.

Disculpen, dije, tengo que ir al baño.

Pero el baño estaba CERRADO POR REPARACIONES. Atisbé por una rendija de la puerta y vi un pedazo de pared cubierto por lo que Melissa llamaba sus obras de arte, instalación o performance, daba igual. Lo que parecía ser un órgano sexual masculino en todo detalle seccionado a la mitad. No se veía mucho, pero sí lo suficiente. Cuando regresé no vi nada entre ellos que semejara una conversación.

El baño está cerrado, dije.

Puedes ir al de mi casa, ofreció Melissa.

También puedo hacerlo en la calle, en cualquier jardín.

Melissa negó con la cabeza.

Esto es Playa, papito. Inspectores por todas partes. Ya sabes, zona turística. ¿Te arriesgas a pagar una multa?

Terminamos yendo a su casa. Benny Alberto no estaba muy convencido, pero igual fue.

Su apartamento estaba a oscuras. Abran las ventanas si quieren, dijo ella. Para encontrar las ventanas tuve que prender una luz. La bombilla alumbró un espacio polvoriento con una cama (ponía CAMA / BED sobre el colchón en letras grandes y rojas como manchones de sangre), en otro rincón había un equipo de música donde supuse que giraban de vez en cuando viejas placas de 45 y 33 rpm (arriba ponía *STEREO* en letras negras y cursivas).

Había también un librero con las palabras LIBRERO / BOOKCASE escritas a lo largo de una columna de libros, una mesa pequeña, un refrigerador y un florero con flores secas. Estaban escritos también. A saber:

MESA / TABLE.

REFRIGERADOR / REFRIGERATOR (con letras plateadas tan frías como el abrazo de un oso polar).

FLORERO / FLOWERPOT (letras tan secas como las flores. Marchitas en tonos pardos y violáceos. Flores en el mismo tono).

Las ventanas decían VENTANAS / WINDOWS con letras grandes y rojas, como las del colchón. Las abrí y dejé entrar la luz de la luna.

Me pregunté si también llevaría alguna especie de letrero. Ya sabes: LUNA / MOONSHINE, o algo así, pero no. La luz pálida llegaba como siempre ha llegado, sin catalogar, sin hacerse anunciar, sin pedir permiso.

¿Por qué los letreros?, le pregunté.

Ella pareció no oír. O no entender.

¿Quieren que haga café, o té?, me preguntó.

No esperó respuesta. Fue hasta la cocina y empezó a mover cosas.

Yo la seguí.

Había una serie de letreros allá también.

HORNO / STOVE sobre el horno, OLLAS / POTS y SARTENES / PANS sobre las ollas y las sartenes, FREGADERO / SINK sobre el fregadero.

Se había inclinado sobre un estante que decía ESTANTE / SHELF con letras grandes escritas con trazos nerviosos, y buscaba afanosamente entre platos polvorientos, cucharas, tenedores y cuchillos de plata molida.

¿Que buscas?, pregunté.

La cafetera, dijo ella, o la tetera. Da igual cualquiera de las dos, pero el caso es que no aparece ninguna.

La ayudé a buscar y, debajo de un colador gigantesco, hallamos la tetera.

Ella la llenó de agua y la puso a hervir.

¿Donde está el baño?, pregunté.

Al final del pasillo, contestó ella.

El pasillo estaba a oscuras. Mi mano pasó junto al letrero de LUZ / LIGHT y prendió el interruptor. Habían cuadros en las paredes: una copia de *El grito* de Munch. Al lado decía CUADRO #1: *EL GRITO* (FALSIFICACIÓN), también estaba *Desayuno sobre la hierba* de Manet y lo ponía también: CUADRO #2: *DESAYUNO SOBRE LA HIERBA* (FALSIFICACIÓN), y un pequeño cuadro donde salía ella con unos cuantos años menos, la mirada perdida a través de la ventana, y ponía CUADRO #3: *YO SOY LA CARRETERA* (ORIGINAL). Ninguno de los títulos tenía traducción al inglés.

El baño estaba al final del pasillo, también a oscuras. Me hallé como un fantasma en el fondo de un ESPEJO / MIRROR. Ya no tenía ganas de vomitar. Ya no tenía ganas de nada.

Desde la sala comenzó a sonar el *Mind games* de John Lennon; lo había puesto en la velocidad equivocada y Lennon sonaba ahora como una versión Disney de sí mismo. Retorné a la sala y puse el disco en la velocidad adecuada.

Benny Alberto se había acostado sobre la CAMA / BED. Dormía. Ella estaba en la silla que decía SILLA. Su cuerpo tapaba parte del letrero y solo se divisaban la primera y la última letra: S y A. Movía la cabeza al compás de la música y la luz le daba de lleno en los ojos. Su vista se perdía en la ventana y yo sentí una urgente sensación de *dèjá-vu* dándome vueltas por el cerebro.

Ya había visto eso antes.

Después recordé. Era la misma posición del cuadro en el pasillo.

CUADRO #3: *YO SOY LA CARRETERA* (ORIGINAL).

¿Te gusta ese disco?, le dije, A mí me gusta mucho.

Si no me gustara no lo hubiera puesto, dijo.

Yo no supe qué agregar. Fui hasta el librero que decía LIBRERO / BOOKCASE y saqué un libro al azar. Era *Flow my tears, the policeman said*, de Philip K. Dick. En original, en inglés. La edición del 74. Tomé otro. *Mother Night*, de Kurt Vonnegut. También la edición original.

También en inglés.

Ya debe de estar el té, dijo Melissa al cabo de un rato. Se levantó y fue hasta la cocina. Trajo de regreso la tetera, dos vasos y una azucarera.

La azucarera decía MÚSICA, escrito con letras azules.

Lo puso todo sobre la mesa y me pidió que lo sirviera yo.

¿Cuantas cucharadas de azúcar?, pregunté.

Dos, respondió.

Le di su vaso de té con dos cucharadas de azúcar. Ella sorbió lentamente, soplando la superficie del líquido; el vapor se desprendía en lentas capas que permanecían algunos instantes en la habitación y después pasaban a formar parte del ciclo natural de avejéntate-y-desaparece.

¿Quieres ver en lo que estoy trabajando?, me preguntó. Le dije que sí. Ella miró a Benny Alberto.

No creo que se despierte en mucho rato, murmuró, y entonces dejó caer su vestido.

Abajo estaba desnuda. Completamente desnuda.
Y todo su cuerpo estaba escriturado. Los brazos decían BRAZOS / ARMS, las piernas decían PIERNAS / LEGS. Sobre su torso estaba escrito TORSO, sus muslos estaban rotulados como MUSLOS / THIGHS. Sus manos decían MANOS y sus ojos decían OJOS, y su boca ponía BOCA, y su pelo decía PELO.

No obstante, su sexo no existía.

Quiero decir, supongo que debía de estar allí, pero en el espacio que debería haber ocupado solo se distinguía una mancha borrosa, un hueco desdibujado como esas escenas de desnudo que censuran en la tv con la herramienta del *blur*.

Y justamente ponía CENSURADO allí.

Traducción no disponible.

¿Te gusta lo que ves?, preguntó ella.

Yo asentí, pero en realidad, no sabía qué pensar. Al pensar en ella no la veía como un objeto sexual, sino como la chiquilla de saya amarilla y pañoleta que leía sus poesías en medio del aula y los comunicados en el matutino. Al volverla a ver ahora, seguía sin verla como un objeto sexual. No la besaría. No tendríamos sexo. Creo que, de alguna manera, Melissa me asustaba.

Reminiscencias bradburianas me vinieron a la cabeza. El hombre ilustrado, La mujer ilustrada. *The ilustrated man, the ilustrated woman*, en versión original. Con subtítulos.

Es todo lo que hay, acotó ella, *what you see is what you get*. Mutaciones. El futuro está allá afuera, y solo los visionarios pueden llegar.

Fue hasta donde Benny Alberto dormía el sueño de los justos y los talleristas y le abrió la camisa. La protuberancia titulada Benny Benny apareció. Hallé que el sentimiento bastante parecido a la náusea volvía a estar conmigo, pero no podía dejar de mirar...

cómo el homúnculo levantó los brazos de entre su cuna de carne y vientre,

cómo alzó los ojos a la luz y un puñado de luna se reflejó en el fondo de sus pupilas,

cómo Melissa lo miró hipnotizada, y lo tocó, y puso sus manos en el torso escuálido y tiró tiró tiró.

Hasta que Benny Benny quedó libre de su cárcel de piel ajena.

Hasta que Benny Benny miró hacia Benny Alberto, súbitamente despojado de toda su voluminosidad, luciendo ahora esbelto, casi atlético.

Hasta que Benny Benny miró a Melissa y le dijo «Gracias». Su voz sonaba como debía de sonar el silbido de una serpiente pero, a la vez, tenía cierta melodía.

No pude ver más por el momento. Tuve que ir hacia el baño por el pasillo a oscuras, agarrándome de los cuadros, *EL DESAYUNO, EL GRITO*. Ella era la puerta y ahora ella sería la carretera. Yo solo era un vulgar aprendiz de escritor con una carga ácida latiéndome en las entrañas.

Estuve un rato bastante largo en el baño. Metí la cabeza bajo la pila y dejé que el agua refrescara lo que pudiera ser refrescado. No quería más de aquello. Debía irme a cualquier parte. Debía irme.

Cuando regresé a la sala, Melissa aún estaba desnuda luciendo orgullosamente su cuerpo escriturado. Benny Alberto, o lo que quedaba de él, seguía sobre la CAMA / BED y el homúnculo se hallaba sobre la mesa. Escribía.

A pesar de la repugnancia a hacerlo, y de que era una completa descortesía, me incliné y miré. Resultaba raro ver al homúnculo sosteniendo una pluma estilográfica en su mano, dejando letras que se encadenaban en palabras que se encadenaban en oraciones sobre el papel, con una expresión de energía concentrada. Benny Benny escribía en inglés algo titulado *Not a single soul alone for anybody else*.

¿Qué significa eso?, preguntó Melissa.

Ni una sola alma sola para nadie más, dije, intentando una mala traducción.

Escribe como Benny Alberto, le comenté a ella.

Gran masa babeante de carne no podía hacer nada por sí mismo, dijo Benny Benny, sin dejar de escribir.

Entonces supe que Benny Alberto nunca había escrito una sola línea de prosa en toda su vida. No fue un pensamiento consciente. No lo articulé en palabras. Fue la realización de algo que no nació y, sin embargo, se había plantado en mi cerebro. Tal vez no tenía basamento, pero lo cierto es que la letra apretada con la que Benny Benny llenaba renglones era idéntica a la letra en la que estaban escritas las obras que Benny Alberto leía en las tardes del taller.

Me voy, le dije a la chica desnuda. Ella no me hizo el menor caso; solo tenía ojos para Benny Benny, su mutación favorita.

El arte del futuro, el hombre del mañana.

Míralo, susurró arrobada, ¿cómo se sobrevive a tanta belleza?

V. Hale / empuje

Nunca había sentido tan de cerca la insularidad como en aquel día de barcos incendiados y olor a harina fresca en el aire. Una vez había estado alto, en lo que vendría siendo el ático arriba del desván en una casa encima de una colina desde la cual se veía el puerto, y desde donde también se divisaban los vagones pasando como sueños lentos en la distancia férrea. En esa ocasión, el sentimiento de soledad y aislamiento me había asaltado sin remedio (tal vez algo que ver con las alturas, el vértigo relacionado con ellas, y la sensación de un horizonte inabarcable perdiéndose en las pupilas), pero nada comparado con esa vez de Benny Benny, Melissa y yo en las afueras del municipio de Regla, años después de todo aquel asunto con Benny Alberto y los talleres literarios. Ahora éramos criaturas de la noche, seres cubiertos por una capa de harina que casi parecía maquillaje. Tres Tés había quedado en la distancia, ahogado en su tenue singularidad por varias capas de tiempo; ahora estaba esto y solo teníamos un poco de nada para aguantar.

Melissa aún llevaba su viejo bolso de piel tejida. Me sorprendió recordarlo después de tantos años. Metió la mano en su interior y no sacó un libro de poesía (colección Extramuros), sino un simple mamoncillo. Se lo dio a Benny Benny.

Le encantan los mamoncillos, dijo sonriendo, ¿quieres uno tú?

Yo pestañeé. Algo de harina se me había colado mirada adentro. Ese polvo se te metía por la garganta y te llegaba a esa pequeña cosa llamada alma. IMSA: la mejor harina para tus pulmones. El sol comenzaba a declinar. Entre toda esa atmósfera parecida a la niebla, el humo del incendio se extendía como un parche de suciedad para la noche que se avizoraba en camino. Las nubes de tormenta continuaban detenidas en un punto incierto del horizonte. Algún lugar de la ciudad estaría recibiendo el equivalente a un océano en miniatura. Extendí la mano y me pusieron en ella una esfera de color verde y pulpa color (redundante) mamoncillo. Una pequeña bola de masa dulce que me acarició los sentidos. Ella volvió a señalar arriba. A los cables de electricidad enmarañados en torno a los postes inservibles: uno solo de ellos dejaba escapar el latido acompasado de la corriente eléctrica.

¿Has oído hablar de Disco Very?, me preguntó Melissa.

Chupé el mamoncillo. Dulce. Alimenticio. No, yo no sabía nada de ningún Discovery, como no fuera el Discovery Chanel o el disco de Electric Light Orchestra. *Last train to London* me vino a la mente.

Se ha convertido en el sitio de élite, siguió hablando ella, Lo más *chic*, lo más *cool*. Es adónde va todo el mundo que importa ahora.

Elegí no decírselo, pero Melissa lucía un poco ridícula mencionando términos como *chic* y *cool*, llevando una bolsa de mamoncillos colgada al hombro y una capa de harina como maquillaje. Elegí no decírselo, porque tal vez ella lo supiera y ese era el personaje que había querido montarse. No dejaba de pensar que su actuación podía ser un performance, asistido por el humo, el calor y la niebla artificial.

El problema es que su existencia parece un secreto de estado, dijo ella, Peor que un secreto de estado. A veces pienso que me enteraré más rápido sobre quién mató a Kennedy que la dirección de Disco Very. Los que van nunca revelan nada. Sí, te dicen que estuvieron y que fue fabuloso, pero de ahí no pasan.

¿Y que tengo yo que ver con eso? No me gustan los lugares de moda, dije.

Benny Benny habló esta vez. Desde el interior del coche moviendo sus manitas como el director de una orquesta que se hubiera quedado repentinamente sin músicos.

Un solo cable, un solo lugar. Suponemos que esa es la alimentación para Disco Very, y estamos rastreándola para ver hasta dónde llega. No es noticia que toda la Habana se ha quedado sin electricidad.

¿Qué es noticia entonces?, le pregunté. Él parpadeó.

¿Qué quieres decir?, inquirió confuso.

Pude haberle señalado la hoja de periódico, «Fondo atómico puede despertar a un hombre», que sobresalía de su nido improvisado en el cochecito de niños. Pude haber hablado. O haberlo ignorado. Tres opciones para diferentes

continuaciones de una misma historia. Tres incisos, y yo opté por el primero. Señalé la hoja rasgada del Granma.

Ah, dijo él, esto.

La comunicación siempre nos deja incompletos, de cierta manera. Nos decepciona. Las palabras no bastan para expresar toda la gama de emociones que una sola sensación nos puede deparar. Un solo gesto. Como el de Benny Benny alargándome la hoja de periódico con su manita deforme. Se la arrebaté de la mano, pero debía haber sabido lo que iba a hallar. Un harapo donde solo eran visibles el titular y algunas palabras aisladas al azar. El resto del papel estaba manchado de pulpa de mamoncillo y mugre. La eterna desilusión de la palabra escrita. La comunicación, dejándonos incomunicados.

No te pongas triste, niño grande, graznó Benny Benny, hay más de donde este...

La voz de Melissa fue un recordatorio de que aún quedaba humanidad en ese municipio fantasmal. Una explosión de palabras en el silencio.

Te puede conducir al resto del periódico. Pero lo tienes que llevar tú la otra parte del camino. Yo me voy. Queremos ir a Disco Very y, aunque no sea partidaria de ese sustantivo, él es un estorbo. La parte positiva es que lo sabe, y está de acuerdo. Así que, después que te enseñe tus noticias, tú lo llevas adonde quiera que vayas y Melissa encuentra lo suyo. Todos contentos y felices.

Los miré. Hallé que la repugnancia que había sentido años atrás con la caricatura de hombre que se hallaba frente a mí se había desvanecido. Las cosas podían ser distintas teniendo en cuenta el paso del tiempo y un temblor de tierra por medio. Ahora todos éramos iguales. Criaturas indefensas a los ojos de Dios, con el humo de un incendio para limpiarnos la mirada y mucha harina en el aire para hacernos hombres mejores. En la distancia, lo que aún permanecía del sol se reflejaba sobre las tumbas en el cementerio. Un mundo mejor para los que ya no estaban.

Será sólo hasta mañana, dijo ella, Benny Benny se porta bien.

Vamos, dije entonces. Melissa me preguntó mi dirección y las últimas palabras que le dirigí esa tarde fueron Calle Nueva en el Barrio Obrero. Ella se fue a buscar su Eldorado, su Disco Very. Se perdió calle arriba y yo me quedé con Benny Benny.

A dónde vamos ahora, le pregunté.

Te va a encantar, dijo él.

Me dejé conducir por Benny Benny a lo largo y ancho de la Sierra Chiquita, sintiendo cierto nivel de desconcierto mientras desfilábamos por calles parecidas a laberintos, superficies combadas y parterres solitarios. Hasta que llegamos a un callejón y en la última casa Benny Benny detuvo mi marcha.

Ahí, dijo. Toda tuya.

La casa estaba evidentemente abandonada. La luz del sol se reflejaba en el techo de tejas rojas y las hacía resaltar con raras tonalidades amarillentas, como si hubieran pertenecido al sendero que conducía más allá del arcoíris, hacia «tierras que eran ya no más». Calculé que habría tal vez una hora más de sol.

La puerta estaba abierta. Era una construcción sólida de madera, pintada de azul. Habían recubierto las ventanas con tela verde contra mosquitos y otros insectos indeseables. Por costumbre dije «Hola» cuando entré, pero solo me respondió el eco gigantesco de una sala en la que cabría mi vivienda completa. Una sala en la cual podría haber cabido fácilmente un campo de fútbol, con todos sus jugadores y sus árbitros. Podía haberle dado cabida al auditorio de un cine, proyectando películas en sesiones que se extendieran hasta medianoche; pero toda esta superficie aprovechable para maratones se hallaba cubierta por montones de periódicos y revistas distintas. Montones de papel que llegaban al nivel de la cintura, divididos en parcelas, como un campo sembrado de maíz. Habían dejado senderos abiertos para caminar. Alguien más hubiera visto eso como un desperdicio de espacio, o un paraíso

para polillas e insectos afines, o un infierno a la hora de limpiar, pero ese alguien no era yo. A mí, en cambio, esa hemeroteca me dejaba sin aliento. Las paredes estaban decoradas con recortes de prensa y titulares enmarcados como si fueran fotos de familia.

LA HABANA HABLA ALEMÁN.
CREAN UN PROGRAMA AUDIOVISUAL
DE LENGUAJE DE SEÑAS.
LOS CUENTEROS MENTIROSOS SON
GENTE DE BIEN.
¿Y LOS CUBANOS DÓNDE ESTÁN?
CONSTRUCCIÓN Y VOLUNTAD AHORA
SE PARECEN.
LLUEVE MENOS EN CUBA QUE
46 AÑOS ATRÁS.

Fui leyendo algunas de las inscripciones enmarcadas a la luz del sol que aún permanecía en el filo del horizonte. Inspeccioné los bultos; estaba lo que parecía ser la colección integra del *Caimán Barbudo, La Letra del Escriba, Revolución y Cultura, Metropolitan, SIC, La Gaceta de Cuba, Unión, Trabajadores, Sputnik, Juventud Rebelde, Cauce, Rolling Stone* y muchas otras. Apoyados en el fondo estaba un bulto que contenía las obras casi completas de Alberto Garrandés, Michel Encinosa y Paul Auster.

Revisé en el montón del *Granma* y el *Juventud Rebelde* y allí encontré lo que buscaba. Ejemplares frescos del día después del temblor, dos días después, tres y cuatro días después. Resultaba increíble toparme con eso en medio de aquel laberinto en la sierra chiquita, en la sierra de papel. Tomé un puñado de otras revistas y periódicos, números que me atraían por su contenido, o por su continente. Dos ejemplares de *La Letra del Escriba*, tres del *Caimán Barbudo*, cinco *Rolling Stone*, ocho *Playboy*, una *Vogue*, tres *New Musical Express*, dos *33 y un Tercio*, y una *Revolution Evening Post*. También me llevé una novela de Paul Auster.

La casa me intrigaba. Nada afuera delataba la inmensa cantidad de espacio que había en la habitación en la cual me hallaba. Era como si las leyes de la física adoptaran patrones distintos en este lugar. Einstein hubiera podido formular una distinta teoría de la relatividad si hubiera entrado conmigo a esta biblioteca. El exterior estrecho y endeble recordaba la casa de la bruja en aquella película de Tim Burton donde Ewan McGregor se la pasaba diciendo grandes mentiras y pequeñas verdades. Sin embargo, al cruzar el umbral, se encontraba el infierno de los asmáticos, incluyendo nueve círculos extra.

Tomé por un pasillo y me interné hacia otras habitaciones. Si la sala sobrecogía por su amplitud, el pasillo sorprendía por su estrechez. Parecía el túnel excavado por un recluso de la prisión de If, cadena perpetua, con toda una vida por delante dedicada a escarbar paredes, y desembocaba a otra habitación: esta vez un cuarto.

Vi tres camas, dispuestas geométricamente por orden de tamaño. Primero un enorme lecho matrimonial, a su lado una cama más pequeña y después un colchón personal. Estaban tendidos inmaculadamente con sábanas y cubrecamas a juego de triángulos y cuadrados multicolores. Encima de cada cama un osito de peluche, también decrecientes en tamaño. Las paredes carecían de adornos. A pesar de que se hallaban puestos los clavos para colgar cuadros o sus equivalentes, el espacio permanecía vacío. Una sola ventana cubierta por la consabida tela verde contra los mosquitos bañaba con una penumbra enfermiza a esta habitación. Viejos cuentos infantiles me vinieron a la mente. Toqué los colchones mullidos, pero no me atreví a acostarme en ninguno.

Una puerta conducía al baño. Nada extraño aquí, salvo un espejo que cubría la totalidad de una de las paredes. En su superficie creí percibir el reflejo de algo que no estaba allí. Algo que no era totalmente físico, sino perteneciente al mundo de lo sobrenatural. Pero también podía haber sido una ilusión óptica provocada por el cansancio y los efectos de aquella pastilla que había tomado horas antes. Después de la ducha una pequeña puerta oculta por una cortina y en ella un letrero de los que hay en las tiendas. Uno de esos que dice HALE / EMPUJE.

Yo empujé y me encontré en otro cuartito; en su reducido perímetro una figura humana sentada en el piso. Pelo largo y jeans deshilachados.

Hola, le dije. No sabía que hubiera alguien aquí.

No me respondió.

Pensaba que la casa estaba vacía, murmuré.

La casa nunca ha estado vacía, dijo entonces. Siempre he vivido aquí.

Extendió una mano y me enseñó lo que parecía ser una foto de familia.

Mamá y papá junto a hijito 1 e hijito 2.

Yo soy ese, añadió mientras señalaba a hijito 2.

Volvió a quedarse en silencio. Yo llevaba el bulto de revistas y periódicos bajo el brazo. Quise decírselo y se lo dije.

Llévate lo que quieras, contestó, pero no te olvides de cerrar la puerta al salir.

Por su parte, la conversación había sido dada por terminada. Por mi parte, también. Después, el mismo letrero: HALE / EMPUJE. Yo halé y me fui. Volví a atravesar la habitación de las tres camas, el estrecho pasillo y el jardín de senderos bifurcantes, compuesto por libros, revistas y periódicos. Cuando salí, Benny Benny aún estaba allí.

Esperando.

¿Quién vive aquí?, le pregunté.

Alguien, respondió él.

A nuestro alrededor la harina había ido asentándose. Formaba una capa de milímetros de grosor sobre todas las superficies disponibles, incluyéndonos

a nosotros. Acomodé el bulto de papeles en el cochecito. Él protestó, pero al final tuvo que ceder. Tomó una revista y se puso a resolver los crucigramas. Así lo pasamos el viaje de vuelta. Benny Benny, lápiz en mano, preguntándome por las palabras que no conocía.

Catorce horizontal: salsa roja muy picante que sirve de condimento. Siete letras.

Dieciséis horizontal: brujería, mal de ojo. Seis letras.

Cuatro vertical: en la religión católica, sagrario donde se guarda el Santísimo Sacramento. Once letras.

Y yo dándole todas las respuestas equivocadas, mientras el sol se ponía sobre el horizonte y la oscuridad se adueñaba por igual de todos nosotros. La columna de humo quedaba lentamente atrás. En la oscuridad se percibía como una estrella cercana el resplandor de todos los barcos quemándose al unísono en el puerto. La hilera de bicicletas continuaba su desfile hacia las tierras lejanas de Alamar y nosotros íbamos en dirección inversa hacia el Hueco, Grieta Ye.

Hacia La Noche.

Había conseguido un delicado equilibrio con el cochecito de niños, la cesta de compras y el montón de papeles. En muchos sitios debía cargarlo todo, porque las ruedas no rodaban bien sobre fragmentos de pavimento roto y, para cuando llegamos a San Miguel del Padrón, ya estaba agotado. Benny Benny, de alguna extraña manera, había logrado que todas las palabras de su crucigrama encajaran, a pesar de que la mayoría de sus respuestas eran evidentemente erróneas. Me lo enseñó con un orgullo no exento de cierta vanidad. El mismo sentimiento que tiempo atrás hubiera experimentado ante «Ni una sola alma sola para nadie más».

Ya era de noche cuando llegamos a La Noche. Ye aún seguía dentro del hoyo; yo suponía que debía de estar a punto de salir. Después de todo, ya había anochecido. Entonces recordé que allá abajo era siempre de noche. Para ella

no significaba nada el paso del sol por el firmamento. Saldría cuando tuviera necesidad.

Divisé una silueta esperando en el portal, meciéndose en el sillón. Cuando me acerqué más, reconocí a Ahmel.

¿Qué hay?, le dije. Estaba demasiado cansado como para decir algo más. Demasiado cansado como para preguntarme qué gran suceso lo habría hecho abandonar su apartamento en Centro Habana para venir a refugiarse a estos suburbios dejados de la mano de Dios.

Te traigo buenas noticias, dijo Ahmel, levantándose del sillón.

Primero ayúdame con todo esto, le pedí.

Entramos a Benny Benny al portal. La cesta de compras la puse en el piso y mi cuerpo lo puse sobre el sillón. Ya consideraba que estaba dispuesto a recibir cualquier tipo de noticias, siempre que no se esperara ninguna reacción muy exagerada de parte mía como respuesta.

Ganaste el concurso de Fundación de la Ciudad de Matanzas, me dijo entonces. En la oscuridad creciente adiviné una sonrisa en su cara. Traté de forzar una en la mía. Por supuesto que me alegraba; el dinero y la posibilidad de publicación de un nuevo libro no venía mal, pero estaba tan cansado que lo único en que podía pensar en ese momento era en cerrar los ojos y dormir.

Ahmel siguió hablando. Resultaba que no venía de Centro Habana, sino de Matanzas. Le brindé galletitas y él continuó con su historia. Había estado por allá de vacaciones cuando lo del temblor. Allá no sabían nada de lo que sucedía aquí, igual estaban incomunicados.

Dieron la premiación del concurso y resulta que ganaste en novela, cabrón, dijo Ahmel, masticando parsimoniosamente su galletita, hablando con la boca llena, Zaldívar te manda el dinero en efectivo porque pensó que te iba a resultar difícil cobrar un cheque con las cosas como están.

Me tendió el dinero. Casi cinco mil pesos. Después vendrían cinco mil pesos más, en conceptos de derecho de autor, pero eso sería cuando el libro estuviera a punto de salir. Tal vez el próximo año. Eso, si el país se normalizaba. Si la Habana volvía a ser la Habana.

Sentí la necesidad de retribuir y le puse el bulto de periódicos en la mano. No siempre le traen a uno cinco mil pesos a la puerta de la casa y, en caso de que esto suceda, siempre se brinda en retribución café o té, o refresco o un almuerzo, aparte de las gracias. Yo no tenía nada de esto; yo solo tenía para ofrecer galletitas y los periódicos más recientes que había disponibles.

Teníamos la misma sed de noticias, pero los periódicos no sirvieron de mucho. La noticia que llevaba como titular «MENOS RUIDO EN EL SEGUNDO ENSAYO» hablaba sobre los últimos adelantos en campeonato boliviano de karate. «UNA JORNADA POR LA VIDA» era un pequeño artículo a dos columnas sobre la seguridad vial en la provincia de Ciego de Ávila. «EXPONDRÁN EXPERIENCIAS SOBRE COMUNICACIÓN POPULAR» no decía nada que no se hubiera dicho ya en noticieros anteriores. Los artículos titulados «PRODUCEN MÁS DE DOSCIENTAS MIL LIBRETAS EN CIENFUEGOS PARA LA EDUCACIÓN SUPERIOR», «LA PAZ NO PUEDE IMPONERSE NI POR LA GUERRA NI POR LA FUERZA», «INDIGNADOS DE WALL STREET PRESENTARÁN DEMANDAS», e «ISRAEL SE NIEGA A FRENAR LA COLONIZACIÓN» no tenían texto alguno, solo fotografías con pequeños pies de imagen. «LA MÚSICA CUBANA ROMPE FRONTERAS», «SVIDLER DIO EL JAQUE MATE», «ENTRADA DE PALESTINA A ONU SERÍA OTRO PASO CONTRA LA OCUPACIÓN», «MÁS MUJERES EN EL SECTOR COOPERATIVO-CAMPESINO», «SOBRE LOS HÁBITOS CULTURALES DEL CUBANO DE HOY» eran, en cambio, todo texto. Letricas apretadas casi ilegibles detallando información incoherente con los *leads* noticiosos que anunciaban; parecía el discurso inconexo de un enfermo mental. Otros artículos titulados «SEMBRAR CON CALIDAD ES ASEGURAR LA ZAFRA», «RETOMAN PRODUCCIÓN DE COMPOTAS EN SANTIAGO DE CUBA», «PRESENTARÁN EXPERIENCIA CUBANA EN IMPLANTE DE HOMBRO Y CODO» eran reescrituras de noticias de semanas anteriores. En casa recibíamos los periódicos regularmente y recordaba haber leído esas mismas palabras en los días antes del temblor. «NUEVA MORDEDURA DE LA SERPIENTE BLANCA» era una singular reseña de un supuesto disco nuevo de White Snake. Otras noticias estaban simplemente en blanco. Solo los *leads* y ya, como si el reportero hubiera olvidado lo que tenía en mente después de poner títulos

y los de la imprenta no se hubieran dado cuenta del error. Teníamos en este caso a «LO QUE SE LE VIENE ENCIMA AL MUNDO», «PRODUCCIÓN DE ALIMENTOS EN CIENFUEGOS», «ESTUDIAN MEDICINA UNOS CUARENTA MIL CUBANOS», «¿POR QUÉ OCURREN LAS INTERRUPCIONES DEL FLUIDO ELÉCTRICO?» y «¿CUÁNDO RESOLVEREMOS EL PROBLEMA DEL PAN?».

Las cosas eran así. Con suerte, dos o tres meses más tarde nos enteraríamos sobre causas y consecuencias de este temblor que nos había condenado a interminables «INTERRUPCIONES DEL FLUIDO ELÉCTRICO». Nada podíamos hacer, y nada fue hecho.

Benny Benny parecía estar recobrando el tiempo perdido, inmerso en las profundidades de un sueño periodístico. En la penumbra creciente, el cochecito de niños se desplazaba milímetros sobre las losas de la casa. La penumbra no era tan penumbra; el cielo se hallaba teñido de ese tono naranja que presagiaba las grandes tormentas. Color extremo del espectro por donde las nubes se movían a velocidades supersónicas sin cambiar en nada el paisaje circundante. Ya no podíamos ver el horizonte teñido de negro diluvio, pero lo podíamos fácilmente adivinar. Sentíamos la electricidad en el aire, insertándose en los poros como onda de emisora radial. Un zumbido incesante sonando en los oídos. Y el mecerse hacia adelante, hacia atrás, del cochecito, con su efecto *poltergeist* sobre el homúnculo dormido.

En alguna parte debe de estarse cayendo el mundo con toda esa agua, dije. La silueta de Ahmel asintió. Alguien pasó corriendo por la calle agrietada y gritaba al pasar «¡El diablo! ¡El diablo!». Parecía una mujer, silueteado su pelo largo como una fotografía en el anochecer naranja que nos había tocado vivir. Su voz me recordaba a una de las vendedoras que solían pasar temprano en la mañana o tarde en la tarde pregonando todo tipo de productos. Juraría que esa voz me había despertado de vez en vez gritando «¡Aguacates maduros! ¡Casquitos de guayaba! ¡Leche en polvo!».

La voz se desvaneció cuando la mujer dobló la esquina.

Daría lo que fuera por un baño, dijo Ahmel. Todo el episodio había durado menos de lo que dura el vacío incómodo en cualquier conversación.

Creo que hay un poco de agua en el fondo del tanque, le dije.

Qué bien, suspiró él.

En la oscuridad naranja, la entrada al Hueco era un agujero más. Un hueco dentro del Hueco. Era imposible no verlo, a pesar de que la noche había caído, y Ahmel lo vio. Era imposible no preguntar, y Ahmel preguntó.

¿Qué es eso en medio de la calle?, dijo él.

Se lo dije. Hablé sobre los efectos a corto y mediano plazo del temblor. Mencioné a Grieta Ye, a La Noche. El infinito y la irrealidad, conjugados en un solo abismo subterráneo, conectado por vías subliminales a antiguas culturas prehistóricas y precolombinas. Lo increíble, hecho a la medida de estos tiempos modernos. La oscuridad.

Interesante, dijo él. Casualmente de algo parecido a eso deseaba hablarte. Dicen que hay uno igual en el reparto Mañana. Tengo pensado ir a echarle un vistazo.

Me encogí de hombros.

Nada del otro mundo, dije.

Me han hablado muy bien de aquello, aseguró Ahmel. Mañana quiero ir a verlo.

Vas mañana a Mañana, dije.

Así mismo, repitió él, mañana a Mañana. Ahora no. Ahora voy a darme un baño, con tu permiso, y no hay dios que pueda detenerme.

Le enseñé donde estaba el cubo y el jabón. Lo ayudé a coger agua del fondo de la cisterna. Le presté una toalla y lo dejé silbando una melodía de Habana Abierta en camino a mojar sus sentimientos y humedecer lo que debiera ser humedecido. Regresé al portal y observé la noche rasgada de relámpagos

lejanos. Un cielo lleno de electricidad como digno espectáculo para una tierra deselectrificada. Pero no llovía; no había caído una sola gota de agua en el Barrio Obrero en lo que iba de jornada.

Ese fue el momento que escogió Ye para emerger como una Venus de las entrañas de la tierra. Con suciedad subterránea enredada en sus cabellos pero, por lo demás, limpia y cansada. Sostenía un balde metálico en una mano y una linterna en la otra. Enfocó el cono de luz en mi dirección. Réplica minúscula de las luces en el cielo. Relámpago de baterías de litio reflejado en mis pupilas durante menos de un segundo; el tiempo necesario para darse cuenta de que yo era yo y de que el mundo exterior seguía siendo lo que se encontraba fuera de la ventana después de haber cerrado la puerta del refrigerador un par de veces.

¿Pasó alguien gritando?, preguntó.

Nada de «Hola» ni «¿Cómo te ha ido?». Solo la constatación a una fría inquietud. Las chicas ya no son como solían ser; como desearíamos que fueran. Le dije que sí. Alguien había pasado gritando.

El diablo, el diablo, dijo ella. Yo asentí. No sé si me haya visto asentir en medio de la tierna oscuridad que nos envolvía naranjamente. Daba igual, tampoco era un «Hola» o un «Cómo estás». El durmiente Benny Benny se adivinaba como un bulto inerme en medio del portal. Ella me miró con una pregunta en los ojos, pero estaba demasiado oscuro como para discernir miradas. La luz de un relámpago lejano dibujó la escena como el cuadro de un cómic. Parecíamos todos víctimas de un naufragio.

¿Qué hay en el cubo?, le pregunté.

Tierra y piedras. ¿Qué hay aquí afuera?, preguntó ella, y yo le conté sobre la llegada de Ahmel y el fallo del concurso matancero, el hallazgo de los periódicos, la excursión a Regla, la debacle de los molinos y el incendio en el puerto, el encuentro con Benny Benny, Melissa y la desconocida que me había dado la pastilla para el dolor de cabeza, el hombre de la Shell, la hilera sin fin a Alamar y, el saqueo a las tiendas. Empecé por el final y terminé

por el principio, como un parco reporte policial. Predominio de nubes en la atmósfera y descripciones innecesarias dejadas de lado. No obstante, ella pareció entenderlo todo.

Eso me da una idea, dijo ella, No sé cómo no se me había ocurrido antes.

Le ofrecí galletitas. Le pregunté cuál era su idea nueva, esa que no se le había ocurrido antes. Qué parte de mi historia había traído esa idea. Tal vez fueran los cinco mil pesos del concurso. No sería mucho dinero, pero las reglas en esta Habana post-apocalíptica estaban por ser escritas.

Las pilas de las linternas se están quedando sin carga, me dijo. Vamos a la tienda de la Vía Blanca para reemplazarlas. A la ferretería.

Yo no tenía muchos deseos de seguir caminando, pero deseaba saber cómo terminaba el asunto. Y para saber cómo algo termina, tienes primero que empezarlo. En este caso, Madre Naturaleza había tomado las riendas y estaba conduciendo la carreta. A nosotros solo nos restaba seguirla y ver hasta dónde llevaba el camino. ¿Pilas para la linterna? Pues pilas para la linterna. Faltaría más y sobraría menos. No sabía si llorar o reír, así que elegí caminar. Ella me siguió.

En los primeros días después del corte de electricidad se habían oído las voces extremadamente altas de los sobrevivientes, actores que trataban una vez más de dar un sentido al entramado de sus vidas; las noches eran tranquilas, pero con cierto sentido de electrostática zumbando en el aire. Con el paso del tiempo, la gente se había ido adaptando a la nueva situación y ahora, mientras ella y yo caminábamos, solo se oía el sonido distintivo de los grillos en la oscuridad naranja de la noche. Imaginaba el esquema como el boceto de un cómic que nadie se encargaría de publicar: dos siluetas caminando entre montones de tierra, difícilmente divisables entre la oscuridad, pero a la vez, bastante fáciles de adivinar entre la luz fantasmal de los relámpagos lejanos. Y eso pareceríamos nosotros. Fantasmas de la oscuridad. Aún no había tenido tiempo de bañarme, y toda la harina adherida me daba algo de picazón y añadía palidez a mi figura. Yo, un espectro blanco para futuras reencarnaciones de Hamlet. Ser o no ser, esa tal vez no fuera la

cuestión, aunque ya no sabíamos ni siquiera eso. Ahora todo escapaba a nuestro raciocinio. Solo sabíamos que no sabíamos nada. A partir de ahí, todo era posible.

El constante latir de las estrellas, que brillaban altas y frías, se percibía como la estática que produciría una radioemisora en tiempo muerto. Hubiera jurado que había un millar de especies ajenas a nosotros observándonos desde galaxias lejanas, como si fuéramos el plato fuerte de su programación televisiva.

No estábamos solos. Había otros como nosotros que se resistían a dejar sus hogares. Otros que confiaban en que las cosas irían mejor, que todo se arreglaría, y la presente situación constituiría material para anécdotas futuras; como mismo la gente hablaba sobre el Período Especial, hablarían sobre estos tiempos de zozobra y oscuridad.

Parece un fantasma, dijo Ye, y señaló el cadáver de un gato que yacía en la esquina. Un gato negro, pero después pensé que tal vez fuera de algún otro color porque de noche, ya se sabe, todos los gatos son negros. Mi pensamiento fue una vez más para los de comunales, otro deber para una larga lista de tareas, pero después me di cuenta de que, para cuando los de comunales llegaran acá, eso ya habría dejado de constituir un problema *per se*. Habría pasado al cementerio de Cosas Disipadas, al Panteón de Cosas-Que-Perdimos-En-La-Catástrofe. Las hormigas se encargarían del asunto.

Una larga hilera de insectos iba desde uno de los agujeros terrosos hasta el cadáver del gato. Esta nueva especie de hormigas que había aparecido, para seguro beneplácito de los biólogos y entomólogos del planeta, emitía un leve resplandor en la oscuridad. Era como ver deslizarse las cifras parpadeantes de un reloj digital por superficies fracturadas en una pesadilla de Salvador Dalí. Una apretada hilera moviéndose lento, como si una cadeneta *poltergeist* en el suelo hubiera acampado en los alrededores del cadáver tieso, internándose en sus entrañas. Podría jurar que el animal muerto se movía con desplazamiento de placa tectónica, todo su interior levemente iluminado, cual si de una radiografía se tratara.

La soledad de la avenida vacía era sobrecogedora. Siempre nos habíamos acostumbrado a ver desfilar automóviles en las superficies asfaltadas. Las calles habían perdido su dimensión de peligro, de tráfico en movimiento, y adquirían repentinamente la tranquilidad que podría poseer un parque a esa hora de la noche, propensa a vampiros y asesinos en serie, pero ella y yo no éramos ni una cosa ni la otra. Solo tratábamos de hacer lo mejor que podíamos, y lo mejor era movernos y tratar de espantar el silencio con retazos de conversación.

Ayer tuve un sueño, dijo; qué poco duró. Soñé, lo más raro del mundo, con que salíamos a pasear y de repente nos encontrábamos en una boda. La gente nos confundía con los novios. Nos tiraban arroz y yo te miraba y te decía Vamos a seguirles la corriente. Nos daban champagne y un par de anillos. Cuando te pregunté, ¿Te quieres casar conmigo?, me desperté.

Yo había soñado con una mesa llena de comensales. Todos comían en silencio y se atracaban de manjares con nombres extraños, y se miraban unos a los otros sin saber qué hacer o decir. La sala estaba llena de espejos y a nadie pareció extrañarle cuando desde atrás de una puerta salió Whitney Houston a cantar una versión a capella de *I will always love you*.

Compartimos nuestros sueños como un par de niños comparten su merienda a la hora del receso. Algunos árboles se erguían súbitamente desplazados de sus geografías habituales y otros estaban en el piso, gigantes vencidos exhibiendo sus raíces. Bandadas de murciélagos volaban, echando al aire sus gritos ultrasónicos y se escondían en las ramas.

Vimos aproximarse a tres figuras envueltas en capas de lluvia que pasaron sin un Hola ni un Adiós, y las vimos desvanecerse en la distancia, devoradas por la oscuridad seminaranja. Una de ellas llevaba colgada del hombro un azadón y otra llevaba una de esas bolsas de compras que se habían puesto de moda. Políticas de naufragio: puestas en vigor para todos, y yo pude percatarme de dos cosas según nos íbamos acercando a la tienda de la Vía Blanca:

1) no constituía una excepción en medio del destrozo circundante. Las vidrieras estaban rotas y del interior se percibía el olor de productos

pisoteados, revueltos más allá de todo reconocimiento. Un olor enfermizo, en el cual se mezclaban los efluvios de animales muertos y excrementos humanos. (Alguien debería escribir sobre esto, dijo Ye, ante el paisaje después de la batalla. Su voz se perdió dentro del local donde podrían acechar las peores pesadillas del mundo, y el eco retornó a nosotros como un cliente insatisfecho: esto esto esto esto...),

2) el rumor de una voz acompañada por instrumentos. Al principio era una débil pulsación etérea en el subconsciente, el latido de un corazón subterráneo, pero según nos íbamos acercando, reconocí a Mama Cass cantando *Dream a little dream of me*. Frente a la nave del almacén habían destinado un terreno para parquear automóviles. El sonido salía del interior de un Volkswagen volcado.

¿Desean algo?, dijo una voz desde el portal de la tienda. En la oscuridad pude adivinar la silueta de un hombre sentado al lado de la taquilla del guardabolsos.

Ir a la ferretería, dijo Ye. El eco se llevó sus palabras, pero el sonido que devolvió era algo parecido al ruido que hace una trituradora de papel en medio de una oficina desierta.

¿Quién es usted?, le pregunté al hombre.

No importa quién soy, dijo él, ya nada de eso es importante. Puedo ser un vecino de la zona o el antiguo guardia de seguridad. Da igual quién sea, porque seremos quienes querramos ser. Ustedes vienen a la ferretería y yo estoy aquí oyendo la WQAM. Antes teníamos que subirnos a los techos de la escuela al campo para oírla a escondidas, y ahora estoy en el parqueo de una tienda estatal con mi música a todo tren y no creo que venga nadie a acusarme de diversionismo ideológico.

Mama Cass terminó de cantar y vino la parte de los comerciales. Cuando el audio comenzó a fallar el tipo se levantó, metió el brazo dentro del Volkswagen y sacó un radiotransistor.

Estos aparatos son lo mejor que se ha inventado, dijo, y al principio pensé que tal vez se refería al automóvil, pero después me di cuenta de que hablaba del radio. Era uno de esos importados de China y venían equipados con un dínamo generador de electricidad. El tipo comenzó a mover la palanca que producía la corriente eléctrica. Una vez más, el débil sonido de los años setenta volvió a llenar la atmósfera cargada de relámpagos.

¿No coge las noticias?, le pregunté, ¿Radio Reloj? ¿Radio Progreso?

El tipo hizo un gesto con las manos que no supe discernir.

Solo está transmitiendo Radio Enciclopedia, con veinticuatro horas ininterrumpidas de musiquita instrumental, y Radio Rebelde, con una amplia selección de la Mesa Redonda. Nada más. El resto de las emisoras se hallan en receso, hasta nuevo aviso. Y de afuera, unas cuantas emisoras de música continua, comerciales incluidos.

Vaya, murmuró Ye, lo dejamos con su música, nosotros vamos hasta la ferretería.

Fuimos hasta allá. En la puerta otro de los letreros HALE / EMPUJE.

Empujamos.

Entramos.

Aquí nadie había entrado en pánico. En esta parte de la tienda, los artículos estaban presentes en su gran mayoría y los destrozos eran propios de los que dejaría a su paso un ordinario temblor de tierra. Nadie parecía estar muy interesado por el momento en saquear artículos de ferretería. En el fondo de la nave, una luz endeble le concedía una luminosidad fantasmagórica al entorno: una lámpara recargable dando lo último de su batería, supuse.

Originalmente existían dos pisos en esta parte de la edificación. Una escalera de metal conducía a una segunda planta diseñada a partir de tablas de pino y suelo de plástico barato, y en ella vendían destornilladores, llaves

de repuesto, brocas y cosas así. Quincalla dentro de la quincalla mayor. Ese entrepiso se había venido abajo y solo quedaba la escalera de metal en pie, como un mirador desde el cual observar la extensión de los destrozos. Los destornilladores, las brocas y las llaves de repuesto yacían regados entre tanques abollados de metal, lavabos hecho pedazos, sacos desgarrados de cemento y cajas registradoras deshechas.

Ella tomó una de las consabidas cestas de compra y, con una de sus linternas, procedió a buscar entre todo el destrozo algo que pudiera salvarse y aplicarse a las profundidades abismales, abisales, de La Noche. Yo, mientras tanto, necesitaba algo de aire fresco. Abandonar un rato aquel escenario y oír la WQAM. Elton John no estaría mal. Dire Straits, Little River Band, tal vez Bruce Springsteen. Salí afuera por un rato y el hombre estaba allí, dándole a la palanca del dínamo en su radio, para oír a John Paul Young con *Love is in the air*.

Canción linda, dije. Hacía rato no oía música.

Oímos un rato la melodía. Nada me detenía. No encontraba lo que una vez había perdido, y una mosca muerta no hacía multitud. No sabía la razón para esos pensamientos fuera de lugar en mi cabeza. Supe que debía hablar antes de que John Paul Young terminara de cantar. Una cantidad equis de palabras subiría por mi garganta y yo podría o no ser capaz de vocalizarlas.

Esto no puede durar mucho tiempo, dije entonces. Cháchara inmaterial para llenar espacios vacíos. Un poco de ruido en el sistema para llenar el singular vacío de la noche.

¿De verdad?, inquirió el hombre, con ironía o esperanza en su voz. A estas alturas ya no hubiera sabido discernir las diferencias entre una y la otra.

Dicen que están haciendo reparaciones, asentí, vamos a ver cuánto se demoran en llegar aquí. A ver si no llegan cuando se acabe el mundo.

Por mi parte, dijo él, ya se acabó el mundo. Una cosa es lo que dicen y otra cosa es lo que hacen de verdad. Lo que soy yo, hasta ahora no he visto un solo equipo de reparaciones. Solo el mismo caos por todas partes.

Las cosas no pueden ser así, murmuré.

Las cosas no siempre son como queremos que sean. Las cosas son como son y ya. Todo este asunto da mucho que pensar.

¿A qué se refiere?

El hombre hizo un gesto vago con las manos.

A todo esto, dijo. ¿No te sorprende un terremoto en el cual las calles y terrenos hayan sufrido tanto y muchas edificaciones ni siquiera se hayan enterado?

No quise decirle que eso ya lo había pensado, porque esas ideas estaban catalogadas como pensamientos relegados al fondo de la mente. No había querido detenerme a pensar en la razón de existencia de todos esos huecos. No deseaba pensar en un nuevo orden de las cosas.

El hombre siguió hablando.

Y también está la cuestión del tiempo. ¿Cuántos días hace del temblor? No más de una semana. Y sin embargo, parece que hubieran pasado un par de meses. Un año. El tiempo ha perdido su linealidad. Los eventos se despojan de su sentido temporal. Y si no viniera nadie para arreglar las cosas, ¿cómo vamos a seguir con nuestras vidas? Tendremos que arreglárnoslas nosotros mismos.

No supe qué decir. Me quedé en silencio, mientras el radio repetía con tono metálico los acordes de los éxitos del pasado. El verano en los meses de verano siempre se manifestaba cruel con los cuerpos. Inmensas fuentes de sudor y noches plagadas de mosquitos. El verano en los meses de invierno solo era algo perteneciente a esta pequeña isla y constituía algo más llevadero, pero igual de sofocante. Aquella noche era algo raro para mí. Ni una cosa ni la otra. Tal vez la misma situación que podría haber experimentado Alicia mientras caía a través de un agujero tan grande como dos o tres galaxias diminutas. La sensación *sui generis* de que estaba en el momento adecuado, pero en el lugar incorrecto.

Para cuando Ye salió con su bolsa de compras llena de artículos recuperados, la tormenta parecía estar más lejos y más cerca. Nada se había movido, pero todo estaba en otro lugar. Llevaba la linterna en su mano y el cono de luz me golpeó en los ojos, dejándome momentáneamente ciego. Al recuperar la vista, el cielo continuaba siendo color naranja y las nubes seguían siendo cruzadas por relámpagos grandes y gordos como cicatrices. Ella dijo Vámonos, y nos fuimos.

Esa noche, cuando finalmente pudimos quedarnos dormidos, el silencio era ensordecedor. *Love is in the air* solo era un recuerdo más en un tiempo olvidado de nostalgias. Tuvimos sueños breves y espasmódicos. No sabía qué podría haber soñado ella. Yo, por mi parte, mientras iba quedándome adormecido entre el ruido silente de las estrellas lejanas y los latigazos de claridad de los relámpagos, soñé con una puerta roja y en ella un letrero que ponía HALE / EMPUJE.

Yo empujé.

Y entré.

VI. Domestica tu león

La lluvia llegó tan suavemente que casi parecía el susurro de una mujer dormida. El cielo con leves tonos de azul se fue vistiendo de nubes delgadas y blancas como papel de cebolla. Las nubes tamizaban el espectro brillante y traían consigo una promesa de sombra para las edificaciones rotas y las calles vestidas de resplandor y altas temperaturas. Un punto del horizonte había adquirido el color de las pesadillas, pero para nosotros aún tenía la misma propiedad transparente que poseen las arenas del Kalahari.

La lluvia comenzó a caer y nadie se dio cuenta al principio: era casi como si la humedad de nuestros cuerpos se condensara en el aire, de tan tenue que eran aquellas primeras gotas de agua. Después vino el agua como alfileres sobre la piel. Y cuando digo después, no quiero que se piense en dos o tres minutos, tal vez ni tan siquiera en dos o tres horas. La percepción del tiempo se veía alterada. Los días parecían no avanzar y las noches, en cambio, eran cortas y tan calurosas como lo había sido el día que la había precedido.

Las primeras gotas de agua dejaron pequeñas huellas sobre el polvo, sobre el pavimento quebrado, como monedas de un centavo. El polvo estaba henchido de humedad, como una masa de pastel dispuesta a hornear, dispuesto a transformarse en barro para volver a transformarse en polvo después.
El eterno ciclo de la vida.

Los alfileres de plata se clavaron después sobre la piel trayendo consigo un sabor a primavera, a canción alegre en la radio. Te hacían mirar hacia arriba y preguntarte cómo era posible que de una capa tan tenue de nubes pudiera derramarse ese manto freático que parecía envolvernos. Bañados a la par de agua y resplandor insistente de sol.

Pero se sumaron otras nubes, potentes, inmersas en paletas de negro y gris. Nubes henchidas de océano y animales marinos. Cúmulos-nimbos y cirros allá arriba en la estratosfera plenos de sueños húmedos.

Entonces empezó a llover de verdad.

Esa misma mañana Ye había experimentado un brote de ceguera. Cuando abrió los ojos, no vio nada. Después me contaría que el pánico sufrido le

había recordado el *Ensayo sobre la ceguera*, de Saramago. Exactamente la misma situación, me diría: «Abrí los ojos y lo vi todo blanco, un resplandor insistente impreso en las pupilas. Era como estar entre nubes».

Se había asustado bastante, y determinó cerrar los ojos y seguir durmiendo. Si el problema persistía al despertar, ya vería qué hacer.

Cuando yo desperté, era día de sol y me dolía otra vez la cabeza. No era el mismo taladro del día anterior; era una sensación fantasmal: un dolor que aún no es dolor. El movimiento precursor a una sensación sin nombre. Al ir a buscar el pan, las señoras de la cola me miraron con ojos inquisitivos: la mirada destinada a otros sobrevivientes del desastre. Al salir de la panadería, estaban las primeras nubes presagiando nuevos fines del mundo.

Al llegar a casa, Ye estaba por despertar de la secuela de su sueño, y Benny Benny seguía su ejemplo. Lloviznaba y Ahmel me preguntó si no sería una buena idea bañarse en el aguacero.

No sé, le respondí, haz lo que quieras. A mí me duele la cabeza. Voy a tomar una pastilla y leer un poco a Paul Auster.

El dolor de cabeza se encontraba elevado a la enésima potencia, y solo había sido capaz de hallar para contrarrestarlo la tira de pastillas transparentes. Las innominadas. Tomé una con un sorbo de agua. Líquido garganta abajo, líquido ventanas afuera. Te ayudará, había dicho la mujer que se dirigía hacia Alamar. Esperaba que ella hubiera podido encontrar lo que buscaba. En mí solo permanecía un auténtico vacío artificial y la posibilidad de librarme de algo que nunca me había pertenecido. Un sueño inconcluso en blanco y negro.

La lluvia había cubierto nuestro cuadrante de cielo. Las nubes formaban valles y montañas, dándole luz a enfermizas geografías. Todo adquiría tonalidades aceradas, como la paleta de un pintor aficionado a temas apocalípticos. Estaba tan oscuro que casi parecía noche. De hecho, recordaba noches blancas un tanto más claras que este mediodía de lluvia eterna.

Trata de darle orden a tu cabeza, me dijo Ahmel. Intenta domesticar tu león, pero no me pidas después que lo acaricie. Y busca velas, a ver si nos vemos las caras.

Buscamos velas, pero no había con qué encenderlas. Ye tenía los fósforos bajo su custodia. Fui hasta el cuarto e intenté despertarla. Dormía con los ojos entornados y la boca entreabierta. Por las ventanas cerradas se percibía el chasquido de los truenos, acompañado del quieto rumor de agua que cae, permeando techos, aceras, calles, sentimientos. La lluvia sonaba como aplausos de una multitud.

Cuando despertó, se incorporó en el colchón con los ojos cerrados. Al cabo de un par de minutos, los abrió, con las pupilas muy abiertas como el que teme ver algo que le asustará, o como el que ya ha visto algo que le ha asustado. Por suerte, el momento de ceguera había pasado. Un mal sueño, se diría ella. Un fragmento de pesadilla.

Encontramos los fósforos en la bolsa de compras de la noche anterior. Ella no tenía idea de cómo habían ido a parar allí y a mí tampoco me interesaba saberlo. Encendimos un par de velas y entonces me dijo «Mira esto».

Me enseñó varios libros que había descubierto en mi librero. Una copia de *David Copperfield* sin portada. Páginas amarillentas, hinchadas de humedad. Un cómic de los *Cuatro Fantásticos* (brillantes colores, y poco texto. En la contraportada, imágenes de modelos femeninas en ropa interior), *La gallinita negra o el reino subterráneo*, publicado por la editorial Raduga en 1983 (ilustraciones en tonos sobrios de blanco, negro y gris. En una de las portadillas había impreso un grabado del puerto de San Petersburgo: coches conducidos por caballos lujosamente enjaezados, caballeros con tricornios, carretas llenas de mercancías, y unas cuantas gabarras ancladas. Ella señaló una esquina del grabado donde, casi invisible, una embarcación estaba envuelta en llamas), un grueso volumen titulado *Semblanzas de grandes hombres de ciencia* (biografías resumidas de Mendeleiev, Arquímedes, Copérnico, Descartes, Lovachevski), una revista *Sputnik* (número de octubre 1988, con los titulares «STALIN Y LA GUERRA», «¿VOLAREMOS A MARTE?», y «LA MUJER

EN EL TRABAJO Y EN LA CASA»), doce tomos de la Enciclopedia Espasa y una copia de *El sueño eterno* de Ray Bradbury.

Me mostró las primeras páginas de cada ejemplar: la mano pequeña de mi versión infantil había rubricado con letra temblorosa y grandes trazos la versión temprana de mi firma actual. No sabía para qué me enseñaba eso, pero no se me escapaba que existía algún propósito mayor detrás de sus acciones. Por lo pronto, lo único que me infundía la vista de aquellos recuerdos infantiles era cierto sentimiento de nostalgia mezclada con un poco de vergüenza. La mayoría de las firmas cambia con el tiempo, los trazos maduran, los arabescos se hacen más enrevesados. Sin embargo, yo aún seguía firmando con los mismos rasgos temblorosos y espasmódicos de un niño de siete años.

Habían dejado lo que parecía ser una serie de recipientes metálicos al descampado en la casa vecina y la lluvia caía en ellos con sonido monótono y entontecedor, repiqueteando contra el metal. Previsiones para almacenar el agua que también habíamos adoptado nosotros, sembrando el patio de cubos para recolectar el líquido que se escapaba de las nubes gruesas y negras como manchas de tinta. Imaginaba que a estas alturas ya todos los recipientes deberían estar llenos hasta los bordes. No obstante, era posible que en la casa de al lado los fueran turnando, porque el agua emitía un sonido constante y chato contra metal vacío. Ese sonido se internaba por los poros y llegaba lentamente a la cabeza, al igual que una maquinaria de tortura. Me asomé por una de las ventanas: era imposible divisar el panorama dos o tres metros más allá. El mundo no existía. Se había convertido en una bola rellena de agua y líquido amniótico.

Como la visión que pudiera ofrecerse desde el fondo de una piscina, divisé el patio de la casa vecina llena de cazuelas. Más cazuelas de las que pudiera ser capaz de enumerar. De ahí el ruido. La voz de Ye me llegó desde el otro extremo de la habitación. Cuando me viré, la encontré sosteniendo un sobre de nylon, como los sobres que usan para envolver pruebas concluyentes en las películas policíacas. Dentro estaba lo que supuse un hallazgo de naufragio, un resto de resto del temblor. El memento adecuado para un día de lluvia. Un extraño olor a tierra desprendida, a movimiento telúrico,

a fantasma deslucido llenó el ambiente cuando sacó el libro, porque libro era lo que había dentro del sobre.

Mira, me dijo, y yo miré a aquel montón de páginas humedecidas y sucias de tierra. No tenía portada y la luz de la vela le prestaba cierto aire medieval al volumen. Casi esperé encontrar en su interior el mapa de algún tesoro porque, dicho sea de paso, era un libro de geografía. Ella me enseñó la primera página, después de la portadilla. Allí, desvaída por el paso del tiempo, comida a medias por hongos y bichos innominables, estaba mi firma infantil. Entonces recordé aquel libro en particular: un volumen de geografía, edición prerrevolucionaria. El precursor en papel de Google Maps. Nunca, desde que yo tuviera uso de razón, había tenido portada.

Lo encontré allá abajo, en la Cámara de los Deseos, me dijo ella. Señaló mi firma. Supe que era tuyo en cuanto lo vi, pero aquí, de todas formas, está la confirmación ¿No te extraña saber cómo llegó eso allá abajo?

Afuera la lluvia hacía cortinas, flotaba una niebla oleaginosa que entraba a oleadas por las rendijas, el estrépito de miles de cascadas al unísono que se vertían desde el techo, aleros, y ríos de agua circulando por medio de las calles fracturadas devenidas cauces. Ríos que iban a desembocar todos al mismo lugar: el Hueco como fenómeno de contención, lago que recepcionaba las cuencas de todos sus afluentes momentáneos. Yo no quería saber qué era la Cámara de los Deseos. Una simple pregunta podría desencadenar toda una serie de consecuencias, algunas de ellas seguramente funestas. O tal vez no, pero sería mejor no aventurarse en terreno desconocido. Mejor quedarse feliz e ignorante. La estulticia no mata y lo que no mata, engorda.

Abrió el libro en una página al azar; aparecieron una serie de fotografías que ilustraban la erupción de un viejo volcán en una provincia mexicana. Leyó el pie de página: «El 20 de febrero de 1943 entró en erupción en Michoacán, México, el volcán Paricutín, cuyo cráter se abrió en un campo de maíz, a la vista de un campesino que se hallaba arando».

Debe de haberse dado un susto de mil demonios el campesino ese, dijo. A lo mejor hasta le dio un ataque al corazón.

Si le hubiera dado un ataque al corazón, le dije, no hubiera vivido para contarlo.

Tal vez sí, murmuró ella, Tal vez sí. Míranos a nosotros.

A ninguno de nosotros le ha dado ningún ataque al corazón.

Bueno, ¿y quién ha dicho lo contrario? Mejor dale gracias a cualquiera que haya arriba para agradecer que estemos sanos y salvos.

Sano y salvo no hay nadie en este mundo, le respondí.

Y así y así. A la hora de entablar conversaciones en días de lluvia no había quien le pusiera fin al asunto. Ningún dios, ningún mortal. El cuento de la Buena Pipa elevado hasta el infinito. Así, así. Así.

Yo recordé una de las fotografías del libro de geografía, una de mis preferidas: un grupo de hombres en la cima de un glaciar. Todos envueltos de pies a cabeza en pieles; hasta las caras las llevan envueltas para protegerse del frío que a esas alturas corta como navaja de afeitar. Sin embargo, uno de ellos mira desafiante a la cámara, llevando en su expresión la turbia determinación que acompaña a esos que tratan de dejar atrás su destino. El campesino arando su campo de maíz en medio de la explosión volcánica no llevaba esa expresión; eso lo podría haber jurado.

Tu madre debe de estar preocupada por ti, le dije a Ye. Todo el tiempo aquí. Todo el tiempo allá abajo.

No estaba muy seguro de por qué había elegido decir esas palabras. La niebla se agolpaba en las ventanas, se metía en los pensamientos y, aunque el dolor de cabeza había remitido un poco, aún lo sentía latiéndome en las sienes, como el galope de un elefante por llanuras cubiertas de hielo y desolación.

Mi madre está en España, dijo Ye (su voz: un leve paso de hormiga frente a la grandeza de la tormenta), y supongo que no volverá hasta que las cosas se normalicen. Casi toda mi familia está en el exilio. Hasta ahora, soy la excepción. A esta hora, estaría sola en mi apartamento, viendo caer la lluvia,

pensando en alguna manera original de resolver un sudoku. Mi edificio se está vaciando. Más que edificio de viviendas, parece un proyecto en construcción abandonado. Mírame ahora, de niña modosita a niña cavernícola en un solo paso. He cambiado los sudokus por un abismo y unos cuantos montoncitos de tierra. Las casualidades no están escritas.

El mundo entero es una casualidad, dije.

Esa frase era lo único que había sacado en limpio leyéndome la novela de Paul Auster. (Un hecho curioso: cuando iba bastante avanzado en la lectura, descubrí que le faltaban páginas al libro. No sabía si se las habían arrancado deliberadamente o si era un absurdo error de la casa impresora, pero lo cierto era que la historia no llegaba a una conclusión. El libro adquiría de esta manera una connotación de literatura menor que hubiera bastado para satisfacer a Deleuze. Lo que era a mí, me sorprendió encontrar esas páginas en blanco tan cerca del final. El libro de geografía no era el único manual que se hallaba inconcluso en aquellos tiempos de maravilla truncada y delirio en flor).

La niebla se había ido adueñando de la habitación, insertándose en los rincones, creando un muro de invisibilidad entre nosotros. La luz de la vela era el brillo de una estrella lejana. Me asomé una vez más a la ventana. Ya no podía divisar nada de lo que sucedía afuera. El mundo se podía estar cayendo y nosotros sin darnos cuenta. Ni siquiera nos dábamos cuenta de nuestra propia existencia. En los cristales, mi reflejo opaco mirando la nada. En los portales inanimados las sombras, sombras, sombras. Y desde el otro lado de la habitación llena de niebla que despertaba los recuerdos, las antinostalgias (lo que yacía dormido y nunca debería despertar), retornó la voz de mi fantasma favorito. Con la lejanía de una emisión radial interestelar, sentí la voz de la Pelirroja y nuestra conversación fue *dèjá-vu*, pero también fue conversación y todo el tiempo mi reflejo en la ventana, mis ojos abiertos y esa expresión vacía que acompaña al que se despeña ladera abajo junto a un automóvil envuelto en llamas.

Mi fantasma favorito me enseñaba su más reciente adquisición.

Indagaba precios.

¿Sabes lo que me costó esto?, preguntaba la Pelirroja.

No quiero saberlo, contestaba yo.

No te lo pensaba decir de todas maneras, seguía ella. Es un regalo y nunca se debe decir cuánto cuestan los regalos.

Según tú.

Según mi mamá.

¿Y tu mamá quién es? ¿La reina de Roma?

Mi mamá es mi mamá. Es quien tú quieras que sea. Dios, la reina de Roma, o *Superwoman*. ¿Quién quieres que sea?

Nadie. Tu mamá. Con eso basta.

Claro. Con eso basta. Ahora cortemos el tema. Vamos a hablar de otra cosa.

Está bien, vamos a hablar de otra cosa.

Antes quisiera decirte que en Roma no existían reinas.

¿Ah, no?

No. Emperadores sí tenían los romanos. Y muchos. Pero reinas no tenían.

¿Quién tenía reinas entonces? ¿Los griegos?

Los griegos tenían democracia.

Los griegos, según tengo entendido, tenían dioses y semidioses. Tenían a Zeus, Hércules y Prometeo.

Tenían todo eso, pero también tenían democracia. Esos eran los griegos.

Ah.

También tenían laberintos y minotauros. Te hubieran caído bien.

¿Los minotauros?

Los griegos, quiero decir. Eran tipos muy modernistas.

Ya me voy dando cuenta. Pero yo no soy modernista.

Nunca he dicho que lo seas.

Ah.

Para tu información, reinas había en Inglaterra.

Los Beatles eran de Inglaterra.

¿Y qué? Los Rolling Stones también.

Sí, pero los Beatles conocieron a la reina y hablaron con ella. Los Rolling Stones no.

Eso lo que demuestra es que hasta la reina puede llegar cualquiera.

Cualquiera no. Tú no podrías llegar a ella.

Si me lo propusiera, sí.

No creo que pudieras ni aunque te lo propusieras con todas tus fuerzas.

Puedo sorprenderte.

Pues sorpréndeme.

Hoy no. Vamos a dejarlo para otro día.

Como tú quieras.

Pero otro día te voy a sorprender.

Estaré esperando.

Cortemos el tema. Vamos a hablar de otra cosa.

Como tú quieras.

Si me repites una vez más eso de «como tú quieras», me voy a poner muy molesta.

Como tú quieras.

No fuerces mi paciencia.

No la fuerzo.

No intentes hacerlo. Pierdo la paciencia muy rápido.

Entonces vamos a hablar de otra cosa.

De lo que estábamos hablando antes. A propósito, ¿de qué estábamos hablando antes?

Me ibas a decir cuánto te había costado...

No creo que fuera sobre eso, porque no se debe decir el precio de los regalos.

También pasamos por esa parte. Tu mamá te dijo eso y tu mamá es Dios, *Superwoman* y la reina de Roma, las tres en una. Tu mamá es la Santísima Trinidad.

No te metas con mi mamá.

Nunca osaría meterme con la Santísima Trinidad.

No te metas con la religión tampoco.

¿También eres católica?

No.

Entonces puedo hablar de lo que me dé la gana.

No. No me gusta oírte hablar de esas cosas.

Bueno, entonces supongo que hablaremos de lo que tú quieras.

No me digas más eso de lo que yo quiera. Ya te dije, puedo perder la paciencia y estoy a punto de mandarte al quinto infierno.

¿Que queda dónde?

No sigas.

A lo mejor es bueno que pierdas la paciencia. Así te desahogarías. Podrías sacar todo lo que llevas adentro. Todos tus demonios, todos tus fantasmas.

No tengo demonios, ni tengo fantasmas. Lo único que tengo eres tú trepándome por los nervios, haciéndome perder la paciencia.

Sigue, eso es bueno, hasta la reina pierde la paciencia de vez en cuando.

No soy la reina, pero debes saber que soy una peleadora, dijo ella con los puños en alto, No pasé por ninguna academia, pero tengo toda la disposición del mundo para comerte a patadas, solo quería que lo supieras.

Dijo esas palabras con los puños en alto y yo suponía: quiere golpearme.

Entonces lo hizo: me golpeó. Recogió todo el aire de la habitación en sus pulmones y gritó muy alto. Después me golpeó con todas sus fuerzas. En la cara.

No, nena, le dije, no lo vas a lograr.

Traté de tocarle una teta, pero ella chasqueó los dedos y desapareció. Estaba y de repente no estaba. Visible invisibilidad. Yo me pasé la mano por el rostro y me senté sobre el sofá. Traté de dormir a pesar del dolor, pero no pude hacerlo. Entonces me senté y traté de concentrarme. Sabía que ella volvería y podríamos comenzar todo de nuevo. Una vez más.

Estaba aún sentado cuando sentí la voz de Ahmel.

No deberías tomarte esas pastillas.

¿Qué?

Que no deberías tomarte esas pastillas, cabrón.

Cuando pestañeé, hallé que la niebla se había desvanecido. Ahmel y Ye estaban en la habitación donde la vela se desvestía en múltiples capas de cera. No había rastro de la Pelirroja, y supuse que nunca lo había habido. Sin embargo, la mejilla me dolía. Busqué un espejo y me miré. Tenía el tipo de hematoma que usualmente deja un puño cuando te da fuerte en la cara.

Esas pastillas se han puesto de moda, pero no hacen nada en verdad, habló Ahmel. Son un placebo. Todo está en tu cabeza. La enfermedad y la cura. La simiente y el insecticida.

El ruido de la lluvia cayendo le prestaba un instrumento más a la partitura de nuestra banda sonora personal. O tal vez no, porque lo cierto era que ya había dejado de llover.

Nos asomamos a la ventana. En la casa de al lado la vecina recogía parsimoniosamente sus cazuelas. La calle era un río de proporciones bíblicas; una corriente tumultuosa que arrastraba todo lo que hallaba a su paso.

Fragmentos de rejas oxidadas, tejas rotas, envases plásticos, hojas muertas, y miles de cosas más. La corriente desfilaba rápida, turbia, cayendo con rugir de inmensa cascada en las profundidades del Hueco, La Noche, para después ser absorbida por otras corrientes subterráneas, más calladas, más tranquilas.

Entonces lo vimos.

Circulando por la acera, como un peatón educado apoyando las patas con delicadeza, a la manera de un bailarín cinco estrellas.

Libre, brillante.

Exultante de poder.

El león.

VII. Caravaggio y los dálmatas

No sabía qué estábamos haciendo allí. O mejor dicho, sí sabía, pero la transición había pasado inadvertida para mis sentidos. Solo recordaba el fin de la lluvia, las calles mojadas, los ríos convirtiéndose en riachuelos, la sensación de que algo andaba mal en este mundo y aún no nos habíamos dado cuenta, y después un paseo a caballo. Llaneros solitarios atravesando el descampado de una ciudad semidesierta, arropada en los primeros rayos de un sol que se avenía sobre nosotros sin piedad para mostrarnos cuán poderosos eran la luz y el calor detrás de una tempestad, y todo eso para terminar frente a otro Hueco, otra Noche en el reparto Mañana.

Ahmel era el de la idea, y Ahmel llevaba la delantera. Se había ocupado de alquilar los caballos, y había hecho su trabajo: dos caballos para nosotros, y un tercero para el dueño de los animales.

Deberías escribir sobre esto, dijo Ye antes de irme.

Ya había pensado en eso, adoptando las medidas necesarias. Tenía un bulto de post-its a mi disposición, un bolígrafo (el mejor procesador de palabras del mundo, según Stephen King), y pensaba usarlos. Uno a uno, iría llenando esos papelitos naranjas y amarillos con letras que formarían oraciones; en parte porque deseaba narrar lo inenarrable (convertirme en el cronista de esta nueva Edad Media), en parte porque Benny Benny también me lo había pedido: «Quiero ver que tal narras, escritorcito de tercera y quinta categoría». Había resuelto todos sus crucigramas, y lo habíamos dejado con un bulto de novelas (colecciones Huracán y Dragón) mientras el sol brillaba como la supernova que un día llegaría a ser.

Casi habíamos olvidado que existía un mundo allá afuera.

Un mundo de aviones.

Un mundo de Wal-Marts.

De salas desiertas de videojuegos.

De daiquirís, amnesia, insomnios sin nombre.

Películas con nombres de mujer y canciones con nombres de chicas traviesas.

Amaneceres y atardeceres.

Políticas internacionales.

Un mundo de automóviles.

Cuando nos pasó por el lado aquel auto, fue como si despertáramos de un sueño largo, solo para darnos cuenta de que seguíamos durmiendo.

Una niña iba al timón, y cuando digo una niña, no quiero que se entienda una adolescente, sino lo que debería ser entendido: una NIÑA. Tendría siete u ocho años, y sus manitos casi no llegaban al volante. En el asiento de al lado, estaba la que supuse sería su madre. La niña tenía la fría determinación de un piloto de Grand Prix. La madre llevaba impresa en su rostro una expresión que lo mismo pudiera haber sido puro terror u orgullo sin límites. Íbamos por el medio de la carretera cuando sentimos los bocinazos y el automóvil nos pasó por el lado como una exhalación postmodernista.

Vimos un montón de cabras pastando en un terreno situado justo al lado de las vías férreas. Me llamó la atención que no hubiera hierba. Se lo hice notar al resto del grupo.

Habrán mutado las cabras, concluí diciendo. Comen tierra, en vez de hierba.

Pero el dueño de los caballos dijo que las cabras se alimentaban de esa extraña raza de hormigas que había aparecido últimamente.

Se las comen como caramelos, dijo. Les encanta.

A cada kilómetro el paisaje cambiaba. No sabía si para mejor o peor, pero cambiaba. Tampoco sabría decir en qué exactamente; describir los pequeños detalles que daban idea del cambio, las personas, los animales, pero lo cierto era que la imagen mental nunca permanecía fija. La basura se alineaba a lo largo del camino; a veces guardada pulcramente en bolsas, y otras (la mayor

parte), apilada en montones que semejaban construcciones barrocas. El mal olor nos golpeaba continuamente, en mayor o menor medida.

Al pasar por el cementerio de Guanabacoa vimos tumbas removidas. Lápidas fuera de sitio. No pude evitar recordar el mismo paisaje en Regla. El espectáculo de la derrota. El paradigma de una calma ilimitada, una ciudad de muerte dentro de otra ciudad de muerte.

Ahmel señaló una de las tumbas removidas. Vimos una mujer que salía de su interior con una cesta de ropa sucia.

Vive gente allí, dijo, y se estremeció,

Han perdido sus casas, dijo el de los caballos. ¿Dónde más van a vivir? ¿En el parque?

Debe de ser duro vivir en una tumba, murmuró Ahmel. Es como morir en vida.

No tiene nada de extraño, volvió a hablar el dueño de las bestias, ni de duro. Yo, por ejemplo, viví un tiempo dentro de un caballo muerto.

Igual debe de ser duro vivir en una tumba, murmuró Ahmel, convivir con tus ancestros. No sé, no sé.

Yo tampoco sabía. No quería saber. No me interesaba mucho el elemento de sorpresa que se había colado en nuestras vidas. Deseaba hacer esta excursión y regresar a mi sitio, sentarme frente al televisor y ver las noticias comiendo palomitas de maíz. Entonces recordé. No habría palomitas de maíz por un tiempo. Ni televisor. Ni noticias. Más bien, nosotros éramos las noticias y ya habíamos dejado de existir. Éramos ficciones en la mente de alguien. No sé si haya sido lo más acertado, pero así era como me sentía. Así pensaba.

Poco después del cementerio de Guanabacoa llegamos al sitio. Lo supimos en cuanto lo vimos. Nos dimos cuenta de que no era difícil darse cuenta: el Hueco [II], en toda su grandeza.

Se notaba que por esta zona no había pasado el diluvio universal. La tierra estaba agrietada y reseca. El sol mordía fuerte y no soltaba su presa. No obstante, habían tomado precauciones: una lona gigantesca que en algún momento había sido blanca y ahora adoptaba el color desvaído que le presta la intemperie a las cosas, cubría el perímetro. Parecía una de esas zonas de cuarentena que antes veíamos en películas. Parecía una vega dedicada al cultivo del tabaco. Parecía todo lo que no era.

Estaba a un costado de la carretera, como un circo antiguo, una *extravaganza* de tiempos idos, una de esas maravillas que no dejan marcas, están y no están, feria, parque de diversiones, un vestido y una flor.

Un puñado de niños jugaba afuera; un juego que no supimos reconocer y que los niños probablemente tampoco conocían, porque a cada momento se reunían para debatir si hacían esto o hacían lo otro. Las reglas no estaban definidas para ellos, y tampoco para nosotros, mientras descabalgábamos y nos dirigíamos a la carpa con los gritos infantiles como telón de fondo.

Dos o tres automóviles estaban parqueados. La luz del sol se reflejaba en los cristales de los parabrisas y rebotaba como pelota de ping pong llena de malignidad hacia las pupilas (¿insomnes?) de los que allí estábamos.

Una decena de personas rodeaba el lugar delimitado por la carpa. Entre ellos, una señora en silla de ruedas, lo que parecía ser una pareja de recién casados (la chica aún llevaba *bouquet* y vestido de novia), y varios más. En medio de ellos, una muchacha, tal vez un par de años mayor que los niños que jugaban afuera, paseaba entre los presentes, distribuyendo lo que supuse serían tarjetas de presentación o papelitos de rifa.

Desde la ladera donde estábamos podíamos ver un trozo de panorama. Pasando la vista por sobre aquel mirador improvisado, nunca hubiéramos adivinado que vivíamos en una ciudad; lo único que divisábamos era campo abierto por donde quiera que extendiéramos la mirada. Al parecer, coincidían en ese punto los territorios agrarios de dos municipios citadinos. Paisaje idílico cortado de vez en vez por árboles y postes caídos, pero nada más. La

tierra sana rápido, supuse. Podía adivinar los cables caídos, pero no los podía ver. Ya se sabe, ojos que no sienten, corazón que no ve.

La chica que repartía papelitos se acercó a nosotros.

Veinte pesos por persona, nos dijo.

Sus labios casi no se movieron al pronunciar las palabras. Era casi como ver actuar a un ventrílocuo sin su marioneta favorita.

¿Veinte pesos por qué?, preguntó Ahmel.

La entrada, contestó ella.

Nos señaló la apertura en la lona. Un pequeño letrero era visible en la parte de arriba. Alguien había escrito algo con una brocha en tinta negra. GALERÍAS FORTES, pude leer.

Pensamos que era uno de esos huecos que han salido después del temblor, le dijo Ahmel. Un hoyo subterráneo.

Ella se encogió de hombros y sonrió un tanto. Entonces vi los aparatos de corrección dental: sus dientes parecían un carrusel, una montaña rusa de hierro y aluminio. La sonrisa solo fue un reflejo incondicionado. Duró lo que dura un verano en medio del Polo Sur. Tal vez le daban vergüenza los hierros, tal vez se avergonzaba de sus dientes torcidos. Yo no hallaba nada de lo que pudiera avergonzarse; todos hemos usado aparatos de corrección en uno u otro momento. Todos hemos sido feos en algún instante de nuestras vidas.

Todo es lo que deseas que sea, dijo ella, cerrando su amago de sonrisa. Esto es un hoyo especial: Galerías Fortes. Especializado en arte y pintura contemporánea. Veinte pesos la entrada. Si quieren servicio de guía, serán cincuenta pesos más.

¿Servicio de guía?, preguntó alguien.

Yo soy la guía, aclaró ella.

Eso fue lo que me decidió. Lo que me hizo despojarme de una parte (ínfima, según mis cuentas financieras) de lo recibido por mi manuscrito. Billetes matanceros, firmados por el Banco Nacional de Cuba, elementos de una transacción en medio del territorio guanabacoense. Cuando le puse el dinero en su mano diminuta (sonido de papel rozando carne joven) volvió a sonreír. El sol se reflejó en la ingeniería de su boca y yo no supe qué pensar, qué decir, para alargar un poco el momento.

Nos dijo su nombre (Ella, como Ella Fitzgerald) y distribuyó auriculares entre los presentes. Me los puse y pude oír claramente su voz susurrándome dulces palabras al oído. Ella aparecía en mi vida como un regalo navideño, aunque no fuera tiempo de navidad, mientras nos disponíamos a bajar cientos de metros bajo tierra, hablando de cosas que no deberían ser habladas, pero lo cierto es que estaba lo bastante lejos de San Miguel del Padrón para hablar lo que me viniera en gana. Ye estaba en su propio hoyo, igualmente a cien metros bajo tierra, y yo sentía que no le debía nada pero, al mismo tiempo y en un pequeño sector de mi mente, estaba escrito que le debería todo, pero no ahora. El fantasma de la Pelirroja aún conservaba un lugar dentro de mí y yo deseaba estar un tiempo sin compromisos. Una amiga sería bienvenida, pero una amante tal vez no. Por el momento, pensaba que Ella podría cumplir cualquier función que le fuera asignada. Sus aparatos de corrección dental me atraían como acero magnetizado.

Entramos al interior de la carpa. Hacía calor. El efecto invernadero haciendo de las suyas en el reducido espacio cubierto por capas de nylon. En el medio, rodeado por una baranda de madera sin pulir, estaba el hueco.

La entrada a un mundo subterráneo.

El pasillo para los reinos de Hades y compañía.

Una abertura en la tierra parecida al bostezo de un semidios.

Un desgarrón de unos tres metros de diámetro.

Una escalera de metal se internaba en el agujero hacia terrenos ignotos. El calor hacía que la ropa se pegara al cuerpo. Se sentía como debe sentirse una escafandra en la Fosa de las Marianas. Incómoda, pero necesaria.

Es bajando las escaleras, dijo Ella.

Ahmel echó una mirada dubitativo.

¿Es seguro?, preguntó.

Alrededor de trescientas visitas al día, aseguró ella, ¿qué más seguridad quieres tener?

¿Quién lleva las estadísticas?, pregunté.

Yo las llevo, aseguró la chica, para algo me gradué de contabilidad.

Puse un pie en el primer escalón de la escalera. Parecía sólido. Puse un pie en el segundo. Igualmente sólido. Entonces bajamos.

Las escaleras descendían durante mucho tiempo, mucha distancia. Las paredes del hoyo no eran paredes como tal, sino tierra; la podía sentir mientras bajábamos. Se desgranaba en pequeños terrones cuando sin querer (o ex profeso) una mano o un pie se apoyaba en su superficie arenosa. El olor era como el que deben poseer las pirámides más viejas del mundo. Había pasajes donde la chimenea se estrechaba tanto que hasta respirar costaba trabajo. Y había otros pasajes donde la vista se perdía en lejanas oscuridades, y podíamos adivinar un gran vacío lleno de polvo y fantasmas a nuestro alrededor. La bajada (o la subida, dado el caso de que uno fuera subiendo) era iluminada cada cinco o seis metros por un sistema de focos. Supuse que la gente de Galerías Fortes habría visitado unas cuantas ferreterías para lograr esa clase de iluminación. Un pie tras otro, las manos, las manos, y todo el tiempo la voz de Ella hablándome al oído, desde los auriculares. A la vez, su voz llegaba desde su persona dos o tres metros más arriba de mí, decibeles aumentados por la acústica del hoyo estrecho por el que bajábamos. Era parecido a ir a un concierto y estar tan cerca de la banda que te llega al

unísono el sonido de las bocinas y el de sus voces, con microsegundos de diferencia entre uno y otro.

Tengan cuidado dónde apoyan el pie, oía la voz de Ella. Agárrense bien en este sitio.

Nos iba contando anécdotas para ambientar la bajada. Cosas graciosas que le hubieran pasado a ella o a personas que ella conocía, sucesos relacionados con el pasaje que estábamos recorriendo en ese momento, sinopsis de películas que le hubieran agradado, recetas de cocina, de todo un poco. Lo más interesante que pudo haber narrado fue la historia de aquel lugar.

Desde 1988, sus padres, aficionados al arte y a las letras, empezaron con la idea de montar una galería. El temblor fue el detonante, el impulso necesario, y el Hueco, la galería subterránea que estábamos a punto de ver, resultó ser la consecuencia. Guanabacoa tal vez no se preciara por sus grandes obras de arte pero con Galerías Fortes, Ella pensaba que todo cambiaría. Venían a verlos de todas partes de la zona y pronto, cuando la cosa se normalizara, pensaban sacar licencia y que vinieran todos los cubanos y después, los españoles, los iraníes, los naturales de Antofagasta, los chilenos, los franceses, los norteamericanos mascando sus chicles de marcas enrevesadas y fantasiosas, los japoneses con sus cámaras de mano llenando de flashes la oscuridad abismal, bienvenidos todos los que quisieran venir, y nosotros podíamos darnos con un canto en el pecho de estar entre los primeros visitantes, veríamos la génesis del proyecto, porque proyecto era, y proyecto seguiría siendo hasta que los del Ministerio lo aprobaran.

Durante el mes de noviembre del 2011, un cuadro había estado colgado en una exposición temporal en el Museo de Bellas Artes y una exposición completa se había estructurado en torno a este único cuadro. Se trataba de *Narciso mirándose en el espejo* y su autor era nada más y nada menos que Michelangelo Merisi da Caravaggio, nacido, por obra y gracia de nuestro Señor, el 29 de septiembre de 1571 en Milán, y muerto el 18 de julio de 1610. A partir de las cantidades masivas de público asistente a la exposición, nació la idea de lo que estábamos a punto de presenciar. Algo para resarcirnos de las cosas malas que nos habían sucedido. Que sería un recordatorio de las cosas

bellas de la vida. Todos los perros muertos que hallábamos en reemplazo de los perros vivos que ya no estaban, los montones de basura apilados en las esquinas, los automóviles fuera de servicio, el saqueo, la debacle, el apocalipsis. En pocas palabras: el principio del fin.

El túnel vertical llegaba a su término. Se respiraba un aire diferente. Enrarecido, como de tumbas selladas y vueltas a abrir al paso de un par de milenios y, a la vez, energizante. El mismo efecto que resultaría de nadar en una piscina llena de oxígeno. De volar en un sueño de tortugas azules. Cuando la escalera llegó al último escalón, una explosión de luz nos cegó.

Nadie me había advertido sobre esto. Me costó trabajo pasar de la tenue iluminación que brindaban los focos de la chimenea a la súbita catarata de colores que se internaban en mis pupilas sin pedir permisos de ningún tipo.

Todo está abastecido por una planta electrógena que mi papá guarda en un sitio sobre el cual no estoy dispuesta a hablar, dijo Ella, se les agradecerá que no se alejen de los pasillos iluminados de la Galería, y que mantengan todo el tiempo sus audífonos puestos. Así sabrán dónde estoy yo y dónde están ustedes.

Cuando mis ojos se acostumbraron a la mucha luz, pude ver.

Y vi.

El suelo era irregular, como el que corresponde a las cavernas. De alguna parte llegaba el sordo murmurar de una corriente de agua, y el techo era alto. Tan alto que no pude divisarlo. Las paredes no eran paredes como tal, sino sombríos amontonamientos de rocas, derrumbe en movimiento, moderno desafío a las leyes de arquitectura. Estáticas milagrosas desde la cual colgaban los cuadros. Y esta fue la quinta maravilla del día, suponiendo que hubiera habido cuatro maravillas antes de esa.

En el interior de la gigantesca caverna se hallaban agrupados lo que supuse serían cientos de cuadros. Cada uno tenía una pequeña ficha de identificación con los datos de las obras. Busqué a Ahmel y a primera vista no lo encontré.

El sitio era inmenso; imaginé que tal vez estaría por alguno de los pasillos secundarios. No era lo primordial para mí. No podría estar seguro de qué sería lo primordial, pero sabía que no era eso. Algo más reclamaba mi atención, pero tampoco estaba seguro exactamente qué cosa era. El aire mefítico y vigorizante de la cueva entorpecía mis sentidos.

El sonido de la voz de Ella llenó la acústica de la caverna. Éramos unos cuantos, pero se diría que el sitio estaba vacío. Nos hallábamos sobrecogidos por la magnificencia expresada, por el derroche de virtuosismo. Solo era audible la voz de Ella y la respiración asmática de una señora de edad que se apoyaba en el hombro de lo que parecía ser su hija, o su hermana menor, o su sobrina, o cualquier otra cosa que fuera.

Ella iba describiendo los cuadros. Elaborando notas y fragmentos de la vida de sus autores. Los focos le daban en la cara y la hacían sudar. Al rumor de agua que corría, se sumaron las notas de un piano lejano que atacaba la misma melodía una y otra vez, como si estuvieran ensayando una partitura y se equivocaran y volvieran a empezar para volver a equivocarse y volver a empezar.

Fui viendo los cuadros. A veces guiado por la voz de Ella, otras veces (la mayor parte) guiado por mi propio interés. Vi un tríptico de Bonnard que creía haber visto en una reproducción de cuadros del Hermitage.

La ficha ponía Pierre Bonnard (1867–1947) *EL MEDITERRÁNEO* (tríptico), 1911.

Muchos de los cuadros que vi eran del mismo catálogo del Hermitage. Henri Matisse con la *VISTA DE COLLIOURE*, Paul Gauguin y su *PASTORAL TAHITIANA*, Paul Cezanne y *RIVERAS DEL MARNE*, Pierre August Renoir con su estudio de *CABEZA DE MUJER*, Jean Francois Millet y *CAMPESINAS CARGANDO LEÑA*. Otra de las paredes estaba cubierta por obras que reconocí por haberlas visto en el Museo Nacional de Bellas Artes: Jorge Arche, Wifredo Lam, Fidelio Ponce, Tomás Sánchez, Víctor Manuel, Portocarrero.

¿Cómo han hecho para componer todo esto?, le pregunté a Ella, en un aparte. Lucía cansada. Las gotas de sudor le corrían por la cara y se había despojado

momentáneamente de su micrófono. La gente, maravillada, vagaba al azar por los pasillos, y Ella los dejaba a su gusto. Después de todo, habían pagado su entrada. Más de trescientas visitas al día, recordé.

Donaciones, respondió.

No puede ser, dije, y le señalé uno de los cuadros: *EL RAPTO DE LAS MULATAS*, de Carlos Enríquez. Este es original, lo he visto en el museo. No sé mucho de pintura, pero reconozco un original cuando lo veo.

Lo devolveremos, dijo, cuando se normalice la situación. Considéralo, por el momento, como si lo hubiéramos salvado del derrumbe.

¿Derrumbe?

Todo el museo se vino abajo, aseguró. Tendrán que reconstruirlo desde los cimientos.

Aquí no hay condiciones para mantenerlos como es requerido, le dije.

Ella se encogió de hombros.

Algo es mejor que nada, suspiró, y tomó el micrófono para decirle a alguien que no cogiera por dondequiera que estuviera cogiendo; eso estaba prohibido, y no deseaba expresar lo mismo dos veces seguidas.

Ahmel aún no había aparecido. Me resultaba extraño; casi inquietante. Intentaba no pensar lo peor, porque en estos casos nunca sé qué múltiples significados puede tener la palabra «peor». Le pregunté a Ella si me podía ayudar a localizarlo por su sistema electrónico. Me pidió una descripción de él, y yo se la di. Cuando se alejó («Voy hasta Pizarra Central», dijo), yo me adentré por uno de los pasillos; si bien los cuadros de arte cubano me resultaban desgarradoramente intensos (emoción acrecentada por su condición de originales), las obras extranjeras no despertaban el mismo sentimiento. Algunas incluso parecían copias de segundas copias de terceras

copias. Otros eran simples remedos burdamente calcados de algún libro de Historia del Arte.

El pasillo se hallaba cortado abruptamente por una reja de barrotes oxidados con un letrero que ponía CLAUSURADO. La luz de los focos llegaba hasta la reja; más allá la oscuridad era tan densa que parecía un muro sólido de pesadillas en conserva, una mansión para las criaturas dormidas de la noche.

Volví sobre mis pasos y me interné por otra de las galerías. Esta se hallaba dedicada a un pintor contemporáneo nacional. Una exposición unipersonal. Al fondo, una puerta entreabierta y, tras la puerta, lo que parecía ser un estudio en miniatura; caballetes montados y tres lienzos cubiertos por capas blancas de pintura. Alrededor, pinceles, tubos de óleo y acrílico, y una multitud de revistas *Sputnik* de los años ochenta.

En uno de los caballetes montados reconocí una copia a medio hacer del mismo *Narciso mirándose en el espejo*, de Caravaggio.

El sitio era inmenso. Una serie de espejos estratégicamente colocados para sugerir ilusiones ópticas contribuía a aumentar ficticiamente el espacio disponible. Cuando quería percatarme de la existencia de los demás, me enganchaba los audífonos para oír la voz de Ella, suspirando, diciendo alguna que otra mala palabra, contestando dudas, inquietudes, asesorando. Del suelo de la galería partían otras escaleras hacia niveles inferiores. La presencia de esas mismas escaleras indicaba que esto era más grande de lo que se pudiera creer a primera (o segunda) vista, y el espacio parecía hallarse dispuesto en varias capas, como un pastel infinito de hojaldre. Recordé a Ye haciendo labores de curadora en el hoyo de Calle Nueva y pensé que esos huecos podían funcionar a la manera de un Aleph subterráneo. Hasta qué medida, no lo sabía y era totalmente incapaz de suponerlo.

En uno de los pasillos me encontré cara a cara con una mujer que miraba fijamente uno de los cuadros. Al acercarme para ver esa obra en particular, me asombré al distinguir un poster de la película *Los 101 dálmatas*, la versión moderna con Glenn Close. La mujer no se dio por enterada de mi presencia,

pero hizo un gesto que podía ser interpretado como una bienvenida, disfrazada de despedida.

Joven, me dijo, no tengo los espejuelos. ¿Me puede describir el cuadro?

Se lo describí con lujo de detalles, mientras pensaba para mis adentros en las incongruencias de la vida. No encontraba relación alguna entre Michelangelo Merisi da Caravaggio y los 101 dálmatas. Se lo dije a la mujer, y ella me comentó que no había visto la película.

Mis ojos no ven casi nada, agregó. Cuando miro estos cuadros, solo distingo manchas de colores, pero me basta con saber que existen, que hay algo bello en la vida después de todo.

Me contó que en su juventud había sido modelo (bastante cotizada, agregó), pero ya esos tiempos habían quedado atrás, y no había sacado nada en limpio de aquella vida. El dinero ganado lo había despilfarrado y solo le quedaba esto, y no mucho más.

A mí no me interesaba su vida pasada, pero la dejé hablar y la escuché con mi mejor cara de aburrimiento. Suponía que la mujer no sería capaz de ver mi expresión. Tal vez fuera para ella una simple mancha humana en movimiento. Un objeto decorativo en un pasillo lleno de objetos decorativos.

¿Cómo pensarán sacarnos de aquí?, me preguntó. Las palabras, al ser pronunciadas, adquirían cierto tono de silencio de catedral, y el eco volvía a nosotros incluso antes de ser pronunciadas las mismas palabras que le darían origen a ese eco que rebotaba por galerías interminables, paredes invisibles, repitiéndose en bucles de infinita duración.

Le dije que no tenía la menor idea. Ya encontrarían maneras de congregarnos y conducirnos hacia la salida. O tal vez (opción que no le mencioné), nos dejarían vagar libremente por aquellos pasillos, hasta que muriéramos de hambre, de sed, o de sobredosis artística.

El piano se oía más alto en aquellos instantes, y me pareció reconocer *Blackbird*, de Paul McCartney, interpretada a ritmo de vals. Cuando me interné pasillo adentro, vi que esta era una exposición dedicada al cine. Habría cerca de mil posters de películas alineados sin separaciones entre ellos. Cine cubano, argentino, norteamericano, danés, español, mexicano, de todo un poco.

Al fondo, un mural de cartón tabla y, en ese mural, algo que me remitió hacia otro tiempo, otro lugar. Algo que me hizo estremecer, a pesar de que la temperatura en Galerías Fortes no era ni muy fría, ni muy caliente. Al mismo tiempo, me transmitió una sensación parecida a la indiferencia, si es que la indiferencia puede ser considerada una sensación.

Pintado sobre la superficie basta de la madera, un diagrama de un corazón sangrante. Pero no un ❤, sino un órgano dibujado de acuerdo a los libros de texto de biología, con aurículas y válvulas coronarias incluidas. Un dibujo grotesco, con el nombre de Melissa abajo.

VIII. Bad

Encontré Disco Very, dijo. Estoy aquí por eso.

Ya lo había adivinado. No era difícil suponer que si ella estaba aquí, era por la única y sencilla razón de que había logrado su objetivo. Menos no se podía esperar. Aquella chica funcionaba con la misma precisión de una cuchilla suiza.

Vengo desde el otro extremo de la ciudad, atravesando la bahía, para recoger a Benny Benny y llevármelo de regreso. Vengo hasta el otro extremo del mundo y, ¿qué encuentro? Dime tú que encuentro.

Yo ya sabía qué encontraba. O, más bien, qué no encontraba. Benny Benny había desaparecido. Se lo había tragado la tierra. Solo podía suponer que Ye se lo había llevado a dar una vuelta por el barrio, o de acompañante al interior de La Noche. Ninguna de estas era respuesta convincente. Benny Benny era mi responsabilidad, y ahora Melissa hallaba que darme responsabilidades a mí era como pedirle peras al olmo.

No era mi culpa. Yo no era cuchilla suiza. Yo era yo y qué se le iba a hacer. Recordé de paso que Ahmel también se me había perdido, pero también recordé que esa no era mi responsabilidad y, de todas formas, Melissa no sabía quién diablos era Ahmel, así que mejor me guardaba ese trozo de información para mí.

Debe estar de paseo con Ye, le dije, sin/con ánimo de tranquilizarla.

¿Quién es Ye?

Una amiga, le dije.

¿Cuándo volverán?

Esa, querida mía (estuve a punto de decirle), entra en la categoría de preguntas que no deberían tener, no tienen, no tendrán respuesta. Pero me contuve, y lo que hice fue encogerme de hombros. Gesto universal para indicar desconocimiento sobre sucesos que van más allá de uno.

Ahora tengo un par de entradas para ese maldito lugar, dijo. Pasé sangre, sudor y lágrimas para conseguirlas. ¿Qué se supone que haga?

Esperar, dije.

Y esperamos.

Era increíble ver como la percepción de un día podía alargarse tanto. Hay chicles que se estiran hasta cierto punto, o se inflan haciendo un globo de ciertas y determinadas proporciones, y este día parecía ser el más chicle del año; una esfera de terciopelo en la cual el sol había decidido no avanzar, como si Moisés hubiera ordenado desde algún lugar una segunda parte de aquel episodio bíblico. Veinticuatro horas multiplicadas por doce y elevadas a la undécima potencia. El sol era un globo en el horizonte, un balón lleno de luz y calor que derramaba sus rayos por la hierba que verdecía por entre las grietas de las aceras, por sobre la tierra convertida en barro gracias a los diluvios recientes, y evaporaba (ayudaba a evaporar) los hilillos de agua que aún permanecían corriendo por las calles fragmentadas. El día era tan largo que no podía recordar cuándo había comenzado, y no era capaz de predecir cuándo terminaría.

No obstante, todo lo que empieza debe terminar, y cuando las sombras de la tarde comenzaron a alargarse, Melissa rompió el silencio incómodo que se había instalado entre los dos preguntándome si deseaba ir con ella a Disco Very. Yo levanté la vista de la novela de Paul Auster que leía y le pregunté si estaba segura de eso.

Segura, lo que se dice segura, no lo estoy, me contestó. Pero me duele que la entrada se pierda así como así, y Benny Benny, a todas estas, no aparece.

Me repitió la invitación. Más que invitación, una orden. Le dije que sí. Deseaba ir con ella a Disco Very.

Pero no esperes mucho de mí, le dije. No sé bailar.

Ella hizo una especie de chasquido con los labios y me dijo que no esperaba absolutamente nada de mí. Tal vez un poco de compañía, aseguró, pero nada más aparte de eso. No te ilusiones.

Nos pusimos en marcha. Las suelas de los zapatos se pegaban al suelo, recogiendo ligeras dosis de humedad presentes en la hierba, en la tierra convertida en polvo convertida en barro y vuelta a convertir en polvo, en las piedras de lo que había sido calle y acera. Al andar hacíamos camino y al volver la vista atrás veíamos la senda que siempre se ha de volver a pisar.

Había que atravesar la bahía y hacia allá nos dirigimos. Cortando camino por el Parque de la Herradura vimos el lugar donde se reunían las putas nocturnas (inclinado a un lado, como si un niño gigante lo hubiera tomado en sus manos y después lo hubiera tirado, de la misma manera en que se tira un dado o un juguete inservible), por la vía férrea con vagones de trenes acostados sobre las vías, y atravesamos un bosque de contenedores. Algunos se elevaban sobre nosotros con arquitecturas imposibles de rascacielos y otros estaban en el suelo de cemento, con el interior expuesto a la intemperie.

Y después el mar.

Adonde todo va a morir, para después renacer en formas totalmente distintas.

Mar de ensueño, ola y estrella.

Espuma en la mirada y una columna de humo fácilmente divisable en el horizonte.

¿Y ahora?, pregunté.

Ahora esperamos.

¿Mucho?

No contestó. Hoy era un día de esos; cabía suponer que también sería una noche de esas. La tarde le cedería espacio a la luna, que se adivinaba en un

pedazo de cielo, como el dibujo de un niño que recién ha aprendido a dibujar lunas. La oscuridad se acercaba desde el este.

Ella me habló entonces sobre California. (El reparto California, ubicado en el habanero municipio de San Miguel de Padrón, no el estado norteamericano donde cantaban The Mamas *&* the Papas). Lo había visto con sus propios ojos. A consecuencia del temblor y de no se sabía qué número de fallas subterráneas, parte del reparto se había hundido en una sima, que se inundó cuando empezó a llover; y en esa zona estuvo lloviendo tres días con cuatro noches, según algunos; dos días y tres noches, según otros. A Dios le había bastado con cuarenta días para llenar el mundo de agua pero ahora la cosa era más rápida –corrían otros tiempos– y Dios se había modernizado. California se había inundado a tal extremo que un lago diminuto se hallaba ahora donde antes estaba esa parte del reparto.

Te lo juro, habló Melissa, un lago de unos cien metros de diámetro; la gente hace cola para montar en las balsas que sobrenavegan el lugar. Fue como ver el pasado. Divisar Pompeya después de la inundación de lava, solo que, en este caso, lava transparente y ocho veces más densa que el aire. Las casas bajo una sábana de agua, las columnas, los jardines, las rejas y los arabescos. Casi esperaba que apareciera una sirena en uno de los portales inundados. La muerte desde otra dimensión. La vida acuática. Divisar las ruinas de una civilización tan antigua que se pierde en el tiempo y, a la vez, vislumbrar el futuro si alguna vez nos hundimos en el mar.

Cuando las sombras de los contenedores se empezaban a mezclar con las sombras de la noche, llegó la balsa que nos conduciría a la otra orilla. Melissa le hizo una seña al barquero, otra seña a mí, y pensé que todo estaba acordado, mi papel en esa obra era seguirla, y con eso bastaba. Nos montamos en la construcción endeble de sogas y tablas; remedo inconstante de tierra firme.

Unos metros más allá de la orilla Melissa me dijo «Mira», y yo miré.

Bajo las olas, a tres o cuatro metros de profundidad, estaba una vivienda. Cómo había llegado allí, no tenía forma de saberlo. El hecho es que allí

estaba, sumergida; cuatro paredes, ventanas y puertas. La luz de la tarde que le daba paso a la noche le prestaba a la situación cierto aire fantasmagórico, y yo pensé que a lo mejor era una ilusión óptica pero, de ser ilusión óptica, sería una compartida por todos, porque los tres (Melissa, el barquero y yo) mirábamos hacia ese pedazo de futuro, esa muestra de una Habana sumergida en algún lejano porvenir confeccionado a partir de predicciones de tsunamis y otros fenómenos naturales.

El incendio, de alguna manera, se había propagado por la mayor parte de los barcos anclados en los distintos puertos que poblaban el espacio de la bahía de la Habana, y los veíamos arder, como antorchas gigantes sobre el agua. El humo ya no era columna, sino nube negra de hollín. Quien fuera a poner orden después a todo esto pasaría mucho trabajo, suponía yo. Le pregunté entonces a Melissa si había visto a alguno de los camiones reparadores por ahí, si sabía cuándo volverían los servicios básicos de electricidad, de agua, de líneas telefónicas. Si ya corría algún chisme sobre las calles y edificaciones que habrían comenzado (o terminado) de arreglar.

Ella no contestó. El barquero tampoco dijo nada; solo se limitó a seguir marcando el rumbo y dejar que las olas hicieran el resto. Me sentía como deben de haberse sentido los condenados al ser conducidos por Caronte. El malecón habanero se transformaba, ante mis ojos, en una versión moderna del Estigia, con fuegos infernales y todo incluido; patrones cambiantes de rojo, naranja y amarillo iluminándonos las facciones.

Cuando la balsa atracó en el otro extremo de la bahía, pude ver el destrozo sufrido por la Habana Vieja. El muro del malecón se notaba quebrado, y el mar empapaba trozos de la avenida cubierta de escombros. La luz crepuscular que lograban arrojar miles de embarcaciones ardiendo al unísono era bastante para ilustrar todo un panorama de génesis y apocalipsis; el escenario mental perteneciente a un demente, o a un moribundo que deja escapar sus últimos gemidos de contrición en la soledad de una habitación habitada por espectros, enredándose entre sábanas y almohadas húmedas.

En mi pedazo de mundo no me preocupaba por olores ni carencias innecesarias, pero aquí el olor ácido del humo mezclado con el mal olor de

toneladas de basura acumulada a lo largo del muro roto del malecón, hacía insoportable uno de los cinco sentidos. En San Miguel del Padrón (o en Guanabacoa o Regla) no me inquietaba la ausencia de autos en las calles, pero aquí en pleno corazón de la Habana, tan cerca del Kilómetro Cero, la ausencia de vehículos era aún más inquietante que la peor pesadilla que alguien pudiera idear.

Es cerca de aquí, contestó Melissa a la pregunta que nunca le hice, y se lanzó a caminar por calles en zigzag y callejones en los cuales yo nunca había estado. Me hizo preguntarme si aquella era la misma Habana del país Cuba, o si constituiría un municipio alternativo en una ficción aledaña a esta.

Le comenté lo de los automóviles. Demasiado extraño no verlos por ninguna parte, como si nuestra ciudad derruida fuera un terreno vedado para armatostes rodantes. Y, hablando de todo un poco, tampoco había cuerpo policíaco patrullando calles, ni cualquier otro elemento de orden.

Tareas de salvamento, dijo Melissa.

¿A qué te refieres?, le pregunté. La frase «Tareas de salvamento» me sonaba a título de disco psicodélico. El álbum que los Doors nunca sacaron el día de la muerte de John Lennon. Evocaba asuntos que tal vez fuera mejor olvidar.

Resultó que teníamos concepciones diferentes para la misma noción. Los automóviles eran un bien estatal (o personal, pero en este caso, nadie los reclamaría) dispuestos a ser compartidos como políticas del naufragio.
La gente se los iba robando por pedazos, primero las ruedas, después los asientos, y así los iban desarmando (el proceso de ensamblaje de una factoría visto en reversa) hasta que solo quedaban las armazones retorcidas de lo que una vez fueron autos, camiones, ómnibus, motocicletas o lo que fuera, y llegaba un momento en que hasta esas mismas armazones retorcidas se las llevaban. En este presente inmediato no servirían de mucho, pero en lo que se estimaba un futuro próximo, el mercado negro estaría a tope con piezas robadas de carros. Piezas robadas que, a la postre, nadie intentaría reclamar.

Llegado a este punto de su discurso se detuvo y miró a los costados. Yo también me detuve, y la miré. Parecía perdida.

Estoy perdida, dijo. Ningún reconocimiento del plural; nada de «Estamos perdidos», sino «Estoy perdida», como si todo el tiempo hubiera estado dialogando y caminando con un fantasma, un espectro de su pasado.
La calle se había transformado en un callejón sin salida, y a uno de los costados vi dos edificios caídos a medias, un derrumbe sostenido en la caída de otro derrumbe; un triángulo isósceles cuya hipotenusa era el suelo, la tierra que pisábamos ella y yo. En los pisos superiores de ambos edificios vi luces encendidas y pensé con horror que en aquella ilusión de arquitectura demente aún vivía gente. Suicidas en potencia, pensé, y Melissa dobló por una de las esquinas de aquellos edificios a punto de derrumbe y se internó por uno de esos callejones que representaban la pesadilla de turistas primermundistas, tal vez dispuesta a perderse de verdad, y yo la seguí, preparado a perderme junto a ella, hasta el extremo de que, después de un par de horas de caminata, llegáramos a preguntarnos (en plural) si estábamos en el sitio correcto, el momento correcto, el planeta correcto, dispuestos a encogernos de hombros y responder que no sabíamos y seguir caminando para (esta vez sí) perdernos definitivamente en otro sitio, otro momento, otro planeta.

Pero un poco antes de eso, ella se acercó a una de esas siluetas que nos veían pasar desde casas alumbradas por velas, o lámparas recargables, y preguntó por la dirección. Resultó que estábamos muy cerca. Todo el tiempo habíamos estado caminando en círculos, o variantes de círculos. El hombre que nos miraba pasar desde su ventana (silueta él, siluetas nosotros) extendió una mano casi invisible en la noche sin luna que nos tocaba vivir y dijo: Sigan al elefante.

Entonces lo vimos; primero ella, luego yo. El animal era de mediana estatura, uno de esos paquidermos subalimentados que aguardaban tiempos mejores tras los muros del Zoológico de 26. Desgajando árboles a su paso y derribando torres en la imaginación de escritores afiebrados, pero en realidad lo que hacía era pasear triste, buscando con las proboscidades de su trompa alguna brizna de hierba para llevarse a la boca. Una bestia del mediodía

africano, trasplantada a la noche de una ciudad que había dejado de ser ciudad.

Seguimos al elefante, como un séquito seguiría un funeral. Contrario a lo que podría pensarse, el animal no hacía casi ningún ruido al caminar. Siempre había oído el dicho del elefante y la cristalería, pero nada más lejano de la realidad. Tal vez todos los cristales se habían roto hacía tiempo, y el animal no tenía otro cuidado que fijarse con atención por donde posaba las patas, para no lastimárselas con astillas de vidrio o deshechos humanos.

Lo seguimos hasta que llegamos a una casa de madera con el número 333 escrito con tiza roja junto a la puerta desvencijada. Melissa dijo «Es aquí». El paquidermo continuó su marcha, adentrándose cada vez más adentro de los barrios semidesiertos donde una vez vivieron capitanes y generales de la realeza española y donde ahora solo quedaban recuerdos de lo que fue y ya no volverá a ser, y nosotros nos detuvimos frente a aquella casa que parecía el sitio más adecuado para una película de terror urbano.

Esta casa se está cayendo, le dije, cuando tocó la puerta. Mis palabras fueron el eco inútil de una canción perdida. Demoraron mucho en abrirnos. Incluso pensé que nunca abrirían, que todos se habían marchado y ella y yo habíamos llegado inoportunamente a este sitio donde ya no quedaba nadie para limpiar el destrozo producido por multitudes inconstantes e inseguras. El número 333 entrevisto sobre la madera despintada de la casa (había que pegar casi los ojos sobre la pared para distinguirlo) me hizo recordar los antiguos discos de placa, antes de que los CDs se adueñaran del mercado; discos que poníamos a girar en el tocadiscos a treinta y tres revoluciones y un tercio por segundo. 333 sería la dirección perfecta para una discoteca VIP.

Finalmente alguien entreabrió la puerta. Hubo movimiento en la oscuridad de adentro hasta que prendieron linternas. Un foco de luz nos deslumbró y nos hizo pestañear un tanto confundidos.

¿Qué desean, si es que desean algo?, nos preguntó la voz detrás de la linterna. Una voz parecida a la que saldría de esos mismos discos de 33,3 puestos a la velocidad equivocada de 45 revoluciones.

Melissa entregó los tickets de entrada. Pasen, nos dijeron entonces, y nos condujeron por un pasillo largo, casi un pasadizo, subiendo y bajando escaleras, senderos que se bifurcaban, (en algún momento incluso me pareció sentir el rumor cercano del mar), todo el tiempo iluminados por el foco blanco de esa sola linterna; rayo de luz que permitía ver el polvo acumulado en el aire, enfrascado en impredecibles movimientos brownianos. Después de caminar una distancia que me pareció equivalente a la que habíamos caminado ella y yo por las calles oscuras y destruidas de la Habana Vieja, llegamos a otra luz que parecía ser eléctrica, maná para sentidos embotados. Desembocamos entonces en otra casa, con diferente estructura: no ya madera y teja desvaída, sino aristocracia y rancio abolengo.

Nos hicieron pasar a un recibidor amueblado con butacas y sofá. Después de dos o tres semanas sin electricidad, ver una lámpara prendida sin ayuda de baterías fue agua para el sediento, comida para el hambriento; cualquier símil que se me hubiera podido ocurrir no estaría a la altura de lo que sentí. Me quedé absorbiendo todos los colores de la habitación: el rojo vino del tapizado de las butacas, el azul desvaído de las paredes, el blanco y negro del traje de la mujer que nos había guiado hasta aquí, el rojo carmín de los labios de esa misma mujer y, milagro divino, un ordenador personal en un extremo de la superficie caoba del escritorio en uno de los rincones. La mujer fue al buró, regresó con un par de audífonos y un mp3 para cada uno, y después abrió una puerta que conducía a otra habitación.

Mézclense, nos dijo.

Esta otra habitación tenía luces estroboscópicas y globos de espejos colgando del techo. Estaba llena de gente que bailaba al son de ninguna música, como una generación de bailarines autistas. Las gotas de sudor cubrían el piso con una capa aceitosa donde los pies resbalaban. Muchos de ellos tenían botellas en las manos y, mientras bailaban con los sonidos del silencio, tomaban líquido como quien busca fuerza para derribar imperios.

Ponte los audífonos, dijo Melissa.

Cuando me los puse en las orejas y enchufé el mp3 oí la música, y lo entendí

todo, o creí entenderlo todo. No sé cómo habrían hecho los de Disco Very. Supuse que era una suerte de radioemisora local transmitiendo para una frecuencia radial únicamente sintonizable mediante el mp3. Stevie Wonder cantaba en ese momento que solo llamaba para decirte que te ama.

Mézclate, me dijo Melissa, y se alejó por entre la multitud. Tal vez buscando a alguien que de veras la llamara para decirle que la ama. Después de Stevie Wonder vino (rara elección) *Bad*, la versión de U2. La muchedumbre de onda retro y alma al aire paró su paso arrollador, sus movimientos de fin de mundo y, como un organismo unicelular, se detuvo. Esa canción no era la más bailable que el Dj pudiera haber puesto. Aproveché la confusión de la multitud, la espera, el momento en que se miraron a los ojos y no vieron nada allí salvo cantidades ingentes de alcohol; aproveché ese momento para desfilar a través de ellos como un rompehielos ártico y buscar a Melissa. De todas formas, no sabía ni quería bailar.

No la encontré a ella *per se*, pero sí hallé al fondo del salón una puertecita oculta a medias por las cortinas. Una vía de entrada (y salida) que ponía «cómeme» sobre la cerradura de bronce bruñido.

Comenzó a sonar entonces *Bad*, la versión de Michael Jackson, y todos aquellos hijos e hijas de mamá y papá, todos aquellos sobrinos de alguien, o abuelos, o primas, movieron las piernas, los brazos, las luces estroboscópicas hicieron lo suyo, y mi sensación de extrañeza se acrecentó cuando me quité los audífonos de las orejas para una vez más presenciar lo que parecía una liturgia de lo desconocido; un baile ancestral, una orgía demencial donde los participantes parecían haber olvidado su papel y solo dejaban escapar gruñidos entrecortados y movimientos espasmódicos para dar a entender que estaban vivos.

Pasé a una habitación cuyo mayor distintivo sería el hecho de que estaba totalmente tapizada de azul. Cortinas azul prusia, butacones y sofá forrados de terciopelo azul marino. Paredes de azul turquesa, techo azul ultramar. Una puerta conducía a otra habitación, esta ambientada con diferentes gradaciones de púrpura; a su vez, una entrada a otra recámara donde todo era verde, incluidos los cristales de las ventanas teñidos de verde esmeralda, las cortinas

verde limón, la puerta verde olivo que conducía a otra habitación con motivos naranjas, y después a otra blanca como una película de Kieslowski, que le dio paso a otra forrada de violeta, con los mismos tonos de una congregación de cardenales. En algún momento entre la tercera y la quinta habitación, reconocí (o creí reconocer) el motivo, la razón literaria tras de todos aquellos decorados, que me infundían una vaga sensación de malestar atribuible a nada en particular. Alguien debía ser muy fanático de Poe.

Cuando abrí la puerta del cuarto violeta esperando hallar lo ya temido (negro en las cortinas, en el techo, en los muebles, rojo escarlata creciendo como tumor maligno entre todo aquel negro de noche, de martes y trece) fui a parar a otra habitación totalmente distinta, tan alumbrada y concurrida como Disco Very, pero aquí nadie bailaba al compás de ritmos silentes. Muy al contrario, era una de esas fiestas donde todos, absolutamente todos, sostenían una copa de vino tinto en una mano y con la otra se entretenían en pasar bandejas rellenas de bocaditos de queso y jamón y bolitas de carne y cuencos de palomitas de maíz.

Al tomar un par de bolitas de carne encontré que tenía hambre. Al coger una de las copas de vino hallé que tenía sed. Y al pasear por los salones llenos de espejos, reducidos a la pura expresión de lo imposible, hallé a Ella.

Tenía el pelo recogido en una trenza y estaba sola en un extremo del salón comprobando el reflejo esmerilado de uno de los jarrones. Yo me acerqué para comentarle algo sobre *Eyes Wide Shut* y el buen uso que le habrían dado Tom Cruise y Nicole Kidman a los muchos espejos de la habitación. Ella sonrió y me dijo mil dos casos más de espejos usados en películas hollywoodenses. Bajo costo, superproducciones, series Z y B.

Aunque de todas formas, dijo, la de Kubrick es una de las mejores.

A mí me daba igual. Nunca me había gustado realmente *Eyes Wide Shut*.

Ella estaba en uno de los cursos de cine que ofertaba el instituto patrocinador de esta fiesta, pero se hallaba muy adelantada con respecto al resto de su clase. Seriamente adelantada, fueron sus palabras exactas.

Ya he visto todas las películas programadas. Me siento como si estuviera en un cine de segunda clase. Las discusiones son tan tontas. A veces creo que esa gente no sabe de veras de qué va el asunto, dijo.

Le pregunté si me recordaba. Ella dijo que nunca olvidaba nada, nadie.

Tendrás la cabeza muy ocupada todo el tiempo, le dije. Dijo que no. Sus recuerdos eran selectivos y solo recordaba lo que quería recordar pero, de todas formas, no olvidaba nada.

Sosteníamos una copa de vino y, ya a esas alturas de la noche, Ella tomaba de mi copa y yo sorbía de la de ella como si nos conociéramos de toda la vida. El sentimiento era mutuo. Esta vez sonreía sin reparo alguno, como si la vergüenza por sus aparatos de corrección dentales fuera una prenda de vestir que no se debe de llevar a las fiestas. El hecho de estar en un sitio donde la electricidad era la regla y, a la vez, la excepción, borraba de mi mente el temblor de tierra y sus consecuencias. Era un sitio tan parecido a una película de Hollywood que casi llegaba a creer que estaba de veras en una. Me hubiera gustado saber muchas cosas: dónde estaba exactamente este lugar (mi conocimiento geográfico de la Habana Vieja no contemplaba nada tan vasto como esto), me hubiera interesado también conocer la opinión de muchos de los allí presentes sobre los incendios en el puerto, la localización exacta de mi ángel de la muerte con nombre Melissa, pero elegí no hacer las preguntas o, al menos, elegí no hacer «esas» preguntas.

He pasado toda mi vida viendo películas. Y cuando digo toda mi vida, quiero decir TODA MI VIDA, suspiró Ella.

No te creo, dije. Pero sí le creía. De alguna manera, esa constituía la respuesta no formulada a la pregunta yacente de qué tenía que ver Caravaggio con los dálmatas y con el poster de *2001: a Space Odyssey*. Nada que ver pero, a la vez, todo encajaba. La situación en que nos hallábamos, el vino y la exótica belleza que se desprendía de su sonrisa.

Le comenté que frente a mi casa también había un agujero, una grieta, un hueco en medio de la calle que conducía a otros mundos, otras sensaciones. La invité a ir para echarle un vistazo.

¿Qué se siente abajo?, me preguntó.

No sé, le contesté. Nunca he bajado.

Deberías hacerlo, dijo.

Me aclaró que no todos los agujeros eran iguales. Galerías Fortes, por ejemplo, exudaba cierto aire de misterio elegante muy adaptado a las circunstancias de sus *posters* cinematográficos. No así con respecto a ciertas otras variantes de obras artísticas colgadas allá adentro.

Francamente horribles, agregó. No sé en qué estamos pensando cuando pensamos en el arte contemporáneo.

Cerca de nosotros habían tres viejas que solo sabían reír alto y hablar bajo. Miraban alrededor, cuchicheaban y después se echaban a reír. Se reían de todo estúpidamente y la fuerza de su estúpida risa la hacía palidecer a ratos. Resultaba imposible concentrarse con aquel trío hablando bajito y riendo alto.

Alguien debería de pedirles que se vayan, dije.

Las odio, asintió ella. También asisten a mi curso. Son las peores. Se pasan todo el tiempo hablando estupideces, riéndose de estupideces, las estás viendo ahora y es como si las vieras el resto del tiempo.

Vámonos de aquí, dije, casi grité.

Ya quisiera yo, dijo ella, y su voz no fue grito, sino susurro. Fue difícil entenderla por sobre aquellas carcajadas. No puedo irme. Soy del grupo de apoyo para la fiesta.

Entonces me enteré de que todo estaba siendo organizado por el instituto. Toda esa festiva celebración ficticia. Aquella inmensa catedral construida a base de bocaditos, palomitas de maíz y aburrimiento sin par se había construido para el beneficio de SS, famosa *starlet* internacional, quien cumplía un día como hoy más años de los que se podían decir frente a los micrófonos ansiosos de la prensa, si hubiera prensa a estas alturas. Arquitectura de titanes para su fiesta de cumpleaños, y SS había pedido que fuera por todo lo alto. Así que, de paso, estábamos siendo filmados por cámaras ocultas tras espejos, cortinas y molduras en la pared.

Yo tengo que estar aquí, siguió hablando Ella, soy una de las extras. Para que parezca que la fiesta es un éxito total, tengo que estar aquí haciendo bulto.

¿Por eso no coges nada de las bandejas?

No cojo nada de las bandejas porque no tengo hambre. Comí antes de salir de casa. Sólo por eso.

Le pregunté cuánta gente más había para hacer bulto. Cuántos extras había. Ella los fue señalando uno a uno, delatando interioridades. Era como asistir al *making of* de una celebración, construcción de inmenso decorado, echado a andar gracias a la colaboración de todas aquellas personas que pudieron ayudar.

Resultó que casi todos lo eran, menos yo. Era el único que no estaba al tanto de nada. Podría decirse que se había orquestado para mi beneficio. El mío y el de SS. Esqueleto de una fiesta, falso tatuaje sobre el falso antebrazo de un falsificador de oportunidades. Todo estaba estructurado para el cumpleaños de una celebridad de esas que nunca salen de sus casas, y cuando salen van disfrazadas de famosos que se disfrazan de gente común con un par de espejuelos oscuros y una gorra barata que nunca cubre lo que después sale a la luz. En este caso, SS.

Así el instituto se asegura de que esto sea un éxito, aseguró. Se filma el asunto y salen en las pantallas habitaciones llenas de gente resplandeciente y feliz.

¿Cuánto tiempo tienes que estar por aquí?, pregunté.

Todo el tiempo.

¿Todo el tiempo?

Bueno, no exactamente todo el tiempo, sino hasta que llegue más gente.

Yo no soportaba un minuto más al trío de viejas cotorras. No podía más. Ella sugirió que me fuera a dar una vuelta.

Tú sí puedes irte, dijo, yo tengo que estar por aquí un rato más.

Mientras caminaba por la casa miré hacia los espejos, hacia las cortinas. Miré hacia las molduras en las paredes. En una de ellas percibí una lucecita roja parpadeante, pero igual podía ser un detector de incendios. Si en verdad habían cámaras, estaban bastante bien disimuladas. Si no, pues mejor. Con la gente de cine nunca se sabía nada con certeza. Cuándo dejar de creer y cuándo empezar a mentir.

Llegué a una habitación donde tres muchachas veían una película porno. Sus caras jóvenes apenas se vislumbraban en la semipenumbra azulada que despedía la pantalla del televisor.

Me senté con ellas a ver la película. Era una con Bella Donna, pero casi al sentarme yo, comenzaron a correr los créditos de *THE END*. Las chicas se levantaron y prendieron la luz. La semipenumbra azul y fría de la pantalla fue reemplazada por el cálido flujo de otra luz dura y agresiva. No dejaba de asombrarme después de tanto tiempo sin electricidad, la eterna maravilla de alguien que toca un interruptor y, ¡*voilá*!, se hace la luz.

¿Ponemos otra?, preguntó una de ellas. Supe que la pregunta iba y no iba dirigida a mí. Elegí no contestar. Pusieron otra. Esta vez con John Cusack y Diane Lane bastante normalita, y la expresión fascinante y fascinada volvió a aparecer en los tres rostros. Yo decidí irme de allí y no regresar hasta que

Bella Donna retornara a la luz azul de la pantalla, como virus orgásmico o reposición de sábado por la noche.

¿Ustedes también son extras?, pregunté antes de irme.

No sabemos nada de eso, repuso la más bonita. Por favor, apaga la luz cuando te vayas. Hay que ahorrar.

Habían prendido barras de incienso; olor penetrante y fuerte, puñetazo dirigido hacia donde más pueda doler. Salí al patio y allí estaban los camareros y camareras preparando bandeja tras bandeja de productos comestibles, con la sistemática precisión que brindan años y años de inmaculado servicio. En el patio también estaba Ella. Finalmente había logrado escapar y sostenía nerviosa un cigarrillo en la mano. Habían venido tres más de público. Después de todo, aquello estaba siendo un éxito total.

Nos rodeaban árboles y césped bien cuidado. Los árboles estaban iluminados por cadenetas de luces que se perdían en la distancia, como gigantescos arbolitos de navidad. Desperdicio de electricidad en este islote perdido en medio de un océano de oscuridad.

¿Quieres dar un paseo por el bosque?, preguntó.

Paseamos entonces por entre senderos que se recortaban y bifurcaban entre sí. Caminábamos lento y hablábamos rápido como si aquella noche fuera a deslizarse súbitamente por entre nuestros dedos, caer al suelo y fragmentarse en mil dos pedazos de claridad que traerían consigo la luz del sol para hacernos doler los ojos. Temíamos la amenaza del amanecer, pero lo cierto es que la noche era joven y nosotros también y la única amenaza visible eran todas aquellas cadenetas de luces como pequeñas lunas y estrellas sobre las ramas oscuras. Continuidad enfermiza de reflejos azules y rojos y verdes y amarillos y de nuevo volver a empezar.

¿Qué tal el bosque encantado?, me preguntó.

¿Encantado?, inquirí.

¿Por qué crees que el instituto compró estos terrenos?

Nos sentamos bajo las ramas de uno de esos árboles con nombres que nunca logro recordar y los reflejos de las luces sobre nuestros rostros nos hacían parecer cadáveres. Zombies recién sacados de una morgue universitaria. Ella me contó sobre un par de producciones independientes filmadas en estos terrenos, producciones que habían fallado desde el mismo momento de ser comenzadas. Recortes de presupuesto, muertes misteriosas de actrices, productores y técnicos de audio. Cambios repentinos en el guion. Condenadas al fracaso justo desde su mismísimo comienzo. Todo allí, en ese sitio de arbolitos iluminados y hierba blanda.

No le creí. Era solo una línea más para conversaciones fáciles y livianas. Le faltaba la categoría de rumor para ser medianamente creíble.

No te creo, me hallé diciendo.

Ella se encogió de hombros con cara de si-quieres-no-me-creas-pero-te-estoy-contando-la-pura-verdad, y continuó hablando.

El instituto compró estos terrenos a instancias de SS. Cinco años atrás.

Nos quedamos en silencio mientras las lucecitas se encendían sobre nosotros. Ella acariciaba la hierba y me hallé deseando ser yo el receptor de esas caricias. Mis muslos. Mi piel. Mi pie. Deseando también una Bella Donna ficticia. Un factótum de segunda o tercera categoría que me hiciera olvidar lo que no podía, aunque debiera olvidar, aunque quisiera hacerlo. Pero no era mi muslo el acariciado, ni siquiera era yo el observado, su mirada iba más allá de los árboles y se perdía en la oscuridad.

Todas estas cámaras, solo para documentar un final, murmuró.

¿Qué final?

La carrera de SS declina, explicó, sólo le queda el camino de Frances Farmer para desfilar. Dudo que ella lo quiera. El expreso Bergman, la carretera Shirley

Temple. La vida de un famoso después de los quince minutos, ya sabes cómo son de crueles los periódicos. El instituto se encarga de garantizarle a SS un final correspondiente a su imagen pública.

¿Por qué me cuentas todo esto a mí?, pregunté.

Ella se volvió a encoger de hombros.

Alguien lo tiene que saber. Alguien que no esté en esto. Alguien que no sea uno de los extras.

El aire tranquilo y pesado de la noche se encargaba de hacer parecer susurros lo que era conversación, y yo recuerdo haber pensado que era mejor de esa manera. No fuera a resultar que algún micrófono oculto captara mi deseo de estar y no estar allí, en medio del escenario de película de serie Z, con esta chica que me hacía olvidar y no olvidar. Que me hacía desear estar y no estar allí.

Pero el aire tranquilo de la noche fue adquiriendo tinte de risas estúpidas y cuchicheos incomprensibles y yo me hallé volviendo a desear (como si esta fuera mi noche de los deseos, al borde de un pozo donde una monedita resuelve las situaciones; como si las lucecitas enfermas pertenecientes a alguna navidad desquiciada fueran estrellas fugaces), que esos susurros y esas risas no fueran hacia nosotros, no vinieran para acá pero no funcionó; no había estrellas fugaces sino lucecitas baratas, y la noche había dejado de ser mágica con aquellas tres brujas arrastrando sus pies a lo largo de la hierba que, tocada por ellas, dejaba de ser suave y aterciopelada para transformarse en la piel cansada y retorcida de un animal salvaje; no más verde perla, sino gris pesadilla.

Ella se estremeció, como sacudida por un mal sueño. O más bien, como si se fuera a internar dentro de ese mismo mal sueño, linterna en mano, una buena *girl-scout*.

No las soporto, aseguró. No puedo con ellas. Y se los voy a decir ahora.

Se levantó, dejando dibujada en el césped la silueta en sombras de sus piernas, sus manos. Se levantó y se dirigió hacia el trío de viejas cotorras que estaba un poco más allá de nosotros. ¿Qué vas a decirles?, quise preguntarle, pero se me ocurrió que no era asunto mío. Aunque justo después del disparo se me ocurrió que bien hubiera podido ser asunto mío.

Pero aún no había disparo, sino aquellas viejas de risas tontas y ella que gesticulaba con ademanes de princesa consentida y justo entonces fue la detonación, en medio de la noche, y para nada fue explosión ensordecedora de pólvora, sino solo golpe seco, como rama que se parte. Ella se inclinó, se miró el pecho, cayó de rodillas, cayó de espaldas. Una de las viejas sostenía un revólver. O tal vez eran la tres al unísono.

Fue mi turno de levantarme, como en esos sueños donde todo es algodón y caminas y caminas sin nunca llegar a ninguna parte, para después, de golpe, hallarte donde querías estar: con una chica moribunda en brazos y un trío de viejas cuchicheantes alrededor y un círculo cada vez creciente de gente que atravesaba el bosque y venía a nuestro encuentro, y Ella en mis brazos, sus labios diciendo algo y descubrí que no me lo decía a mí, sino a las supuestas cámaras y nunca supe qué decía o murmuraba; no me interesaba porque ya no quería estar allí. Deseé con todas mis fuerzas estar a kilómetros de distancia, pero, ya se sabe, aquella no era noche de deseos, no había estrellas fugaces, solo un círculo cada vez más grande de gente alrededor de nosotros y otra silueta en sombras sobre el césped suave y aterciopelado como alfombra ya no verde perla, ya no gris pesadilla, sino rojo resplandeciente, como noche de premiaciones.

Sin que viniera al caso descubrí que aquellas viejas cuchicheaban entre sí en francés. Las miré, ellas me devolvieron la mirada y vi reflejado en sus ojos el brillo frío y azul de una pantalla de televisor. Miradas que preguntaban, «¿Ponemos otra?», en las tinieblas acuosas de una habitación en penumbras. Eso fue lo que vi en aquel trío de ojos con demasiado maquillaje. Eso fue lo que creí ver.

No quise nada más de eso, decidí irme, y me fui.

Regresé por entre senderos que se recortaban y bifurcaban entre sí, y encontré la casa abandonada, como en una película de terror donde todos los protagonistas han sido diezmados por bestias innombrables y sólo quedan los extras para contar la historia.

Pensé, mientras caminaba, que algo había salido monstruosamente mal, o que algo había salido demasiado bien. Ella había dado su paso a la fama, le había usurpado la muerte a la mismísima SS, había robado sus minutos finales, estando en el momento justo en el lugar justo con las palabras justas que harían disparar un arma cargada y ya no era simple extra, guía servicial en galería subterránea, sino la estrella indiscutible de la noche.

Recorrí aquella casa vacía llena de cuencos de palomitas de maíz, copas mediadas de vino y bandejas de bocaditos y entré a los cuartos. En uno de ellos estaba puesta la película de Bella Donna, y en el cuarto de al lado había televisores. Unas veinte pantallas mostrando los diversos estadíos de la fiesta, con selectores de canales para mostrar lo que quisieras ver.

Uno de ellos mostraba el paisaje del jardín, la multitud reunida en torno a la chica que, vista desde aquella pantalla tecnicolor semejaba cadáver de cera, efecto especial para muerte que nunca ocurrió, ficción para producciones de segunda mano. Otro mostraba de primera mano la porno con Bella Donna, versión de DVD con secuencias añadidas. Entrevistas de la *porn-star* y un *making of* del filme.

Me puse a cambiar canales esperando hallar, en alguno de ellos, la otra fiesta que se estaba celebrando en Disco Very pero, en vez de eso, y como triste sustituto, solo obtuve la cara pálida de SS, que recién aparecía por la puerta de entrada: solemne aparición, criatura sola en medio de su fiesta artificial, un hola que también pudiera ser un adiós, viniendo en busca de una muerte que ya no era la suya, muerte que ya había acontecido, tan tarde y a la vez tan temprano cuando, de todas formas, ya comenzaba a amanecer.

IX. La noche

Comencé a escribir mi primera novela a los catorce años, y se titulaba *Las aventuras de Arthur Gordon Pym*. Una reproducción de la novela original de Edgar Allan Poe; punto por punto, palabra por palabra. Alguien me había prestado una vieja edición de aquel libro y el niño/adolescente que era yo, empezó a copiarla en una libreta, a reproducir las palabras de Poe con la misma dedicación con la que un monje benedictino se aplicaría a la reproducción iluminada de algún versículo bíblico. Y suponía que eso parecería yo: un monje salido del monasterio medieval que nunca tuvimos en San Miguel del Padrón, inclinado sobre la mesa. Copiando, copiando. Sacrificando mi vista y mis intenciones.

No llegué muy lejos. De alguna forma que no logro recordar, la edición original del libro cayó al mar. Saqué de entre las olas un manojo hinchado de hojas impregnadas de agua salada y tinta de imprenta, una pulpa viscosa. De lo que una vez habían sido aventuras, solo permanecía el eterno drama de la maldición del agua por los cuatro costados.

El niño adolescente que era yo, acostumbrado a ver las niñas corriendo en círculos en los parques públicos, estuvo allí sin saber qué hacer con esa pulpa mojada entre las manos. Aquel niño adolescente supuso (por una vez) que todos los libros cuyos temas principales fueran el mar, océanos y naufragios, eran reclamados (de una u otra manera) por las olas.

Quedaban pocas páginas para terminar la transcripción. No unas doscientas como cuando había empezado, ni unas cien como cuando iba por el medio, ni siquiera faltaban cincuenta páginas. Estaba, tal vez, cerca de las veinte páginas para terminar de transcribir la novela. Tenía tres libretas llenas de su caligrafía prolija; letras pequeñas y apretadas como hormigas compartiendo espacio en un hormiguero, abejas en un panal; el símil que se desee utilizar, siempre que se refiera a algo compacto y conciso como la letra del niño adolescente que era yo.

Entonces fue cuando empezó todo; la consecuencia seguida de la causa, el caos de la redacción. Lo que había empezado siendo un simple ejercicio caligráfico, una forma de conservar una novela favorita en una época carente de fotocopiadoras, terminó siendo una batalla estilística. El niño adolescente

decidió terminar la novela a su modo. Continuar la labor de escritura, tomando como base el original, pero añadiendo nuevos tópicos, una relectura ajena de las aventuras de Arthur Gordon Pym, una forma novedosa (o, por lo menos, eso fue lo que pensó, la manera en que fue enfocado el asunto). Pero no podía estar más equivocado (o más acertado) porque, después de escribir treinta páginas más de su propia cosecha, con la misma caligrafía de letra apretada y prolija como hormigas en el hormiguero, halló que no podía llegar al ansiado final. Sus personajes quedaban varados sobre una balsa, detenidos ante la inminente caída por una cascada, y frente a ellos se cernía una niebla inmensa que presagiaba monstruos en pleno sueño de la razón. Una niebla marina desoladora en su infinitud, inabarcable, total.

Sin saberlo, había llegado al mismo final inconcluso al que Poe había arribado siglos atrás. Como si la ficción estuviera dispuesta a repetirse, encerrada en una suerte de círculo vicioso, serpiente mordiendo su propia cola.

Aquellas libretas representaron un éxito inesperado en la escuela. Los otros niños adolescentes se las disputaban, se las pedían prestadas unos a otros. Todos alababan (profesores incluidos) la fluidez del lenguaje y la dinámica casi cinematográfica de las imágenes. A todas estas, la autoría de la novela no estaba muy clara porque el niño adolescente nunca dijo que Poe era Poe y que yo era yo. Esta autoría a medias era asumida de manera ambigua y, cuando preguntaban el significado de aquel final tan abierto, el niño/adolescente (yo) respondía: la imposibilidad de la escritura.

Tiempo después lo intenté con *Crimen y castigo*, pero Dostoievski no tuvo la misma aceptación, así que comencé a inventarme mis propias historias, mis propias ficciones hasta llegar al momento actual en que Melissa y yo estábamos sentados al borde del abismo, Grieta Ye, balanceando las piernas como adolescentes en una primera cita y ella, al hacer la pregunta «¿Cómo empezaste a escribir?», recibe la misma respuesta que el niño adolescente les daba a todos cuando le preguntaban por sus finales abiertos.

Por la imposibilidad de la escritura, le contesté.

Ella no dijo nada. Parecía absorta en sí misma, con las pupilas perdidas en el azul pálido que comenzaba a aparecer ante nosotros en el horizonte. La mañana estaba totalmente desprovista de sonidos, como la banda sonora de una película silente.

Cuando miras el abismo, el abismo también te observa de vuelta, dije. Las palabras poseían el rumor de las hojas secas cuando son arrastradas por el viento.

Ayer miré el abismo, dijo ella, y su voz fue melaza, arrastrándose lenta por las venas de la mañana semisilente que nos había tocado vivir. Ayer miré al Abismo a los ojos y viví para contarlo. No quisiera volver a hacerlo. No quiero ir más allá.

¿Allá?

Disco Very, asintió, es el mal. Son los barcos ardiendo en el puerto, es la desesperanza aislada en su mismo núcleo, es lo que no debería ser y ellos lo saben, pero de todas formas continúan haciéndolo.

¿Ellos?

Melissa sacó una tira de pastillas del bolsillo del pantalón. Píldoras transparentes, como si estuvieran hechas de agua, de recuerdos, el mismo material del que se componen los sueños.

Las llaman Lucys, dijo ella, como Lucy en el cielo con diamantes, aquella canción de los Beatles, porque te llevan hasta el cielo y te hacen ver las estrellas. Alucinógenos de última generación. Pero a mí, en lo personal, no me gustó el viaje. No me gustó NADA.

Me habían dicho que eran placebos, dije por el gusto de decir algo; el simple privilegio de hacer uso de la palabra. Ella negó con la cabeza y volvió a callar. Hablaría minutos más tarde para preguntarme (como una niña pequeña) si todo iba a estar bien y yo le respondí (sin estar muy seguro de la certeza de mis palabras) que sí, todo iba a estar bien. Vendrían las brigadas en camiones

multicolores a arreglar las calles, a restaurar la electricidad y el servicio telefónico. Todo iba a ser perfecto; como antes o mejor que antes. Ella sonrió y durante unos instantes fuimos felices en la burbuja atemporal que me había encargado de crear.

Hoy nos vamos, susurró.

¿Adónde?, le pregunté. No era que me interesara mucho, pero ella estaba siendo amable conmigo y yo deseaba reciprocar.

No lo sé, respondió. Por ahí, a ver qué sucede.

Le conté entonces que estaba haciendo una novela sobre estos días de fin del mundo, sobre estas noches de incontrolables pesadillas. Una novela sobre el temblor, pero no estaba interesado en una versión facilista de los hechos; no deseaba hacer periodismo de catástrofe ni homenajes baratos. No quería beneficiarme literariamente con el desastre. Al contrario, me inventaría mi propio temblor, un escape ficticio a esta corriente de realismo sucio que nos había tocado en suertes remontar. Una digresión de todas las reglas habidas y por haber. Un ejercicio de supervivencia, una vía abierta a la escritura y de nada serviría que después vinieran los científicos y los supervivientes a decirme que eso no era así; las cosas son muy diferentes a todo lo que usted ha escrito, y dónde quedan nuestros muertos, dónde está la gloria de nuestra nación, porque yo les respondería: Búsquenla bajo los escombros, saquen la bandera nacional, limpien de polvo las tres franjas azules y las dos franjas blancas, y hagan ondear una vez más la estrella solitaria por toda esta ciudad (esta nación), tan solitaria como esa misma estrella. Háganla ondear sobre los barcos que arden en el puerto con un fulgor de cien supernovas; háganla ondear allí en las blancas tinieblas de Regla, sobre los cementerios con nuestros muertos que la sabrán defender todavía, háganla ondear bajo los relámpagos, bajo las cortinas acuáticas del reparto California, pero no me vengan a hablar sobre grados Richter y falsos reportajes, porque yo solo pondré como ejemplo las imposibilidades de la ficción para después permanecer en silencio; un silencio ofendido y orgulloso, pleno de intertextualidades.

¿De qué hablan?, preguntó Ye entonces. Se había acercado subrepticiamente, una sombra sonora en aquel día de mucha luz, y llevaba en los ojos la dedicación de seguir jugando a las casitas en las interioridades de el Hueco. Arrastraba el cochecito de niños y Benny Benny nos miraba con algo que yo no pude (o supe) interpretar porque (entre otras cosas) dentro de mí solo llevaba sueño y nada más. Unas ganas de dormir que me retorcían las entrañas como los inicios de una mala enfermedad.

Nada en particular, contestó Melissa, balanceando los pies en el abismo, a la manera de una colegiala confusa.

Entonces comenzó la noche.

Al principio fue gradual, como deben ser todos los principios. El color brillante del cielo adquirió tonos desvaídos, y el azul se tornó gris crepúsculo ante nuestros ojos en los cuales ya no entraba el sol con la misma fuerza de minutos (segundos) antes. De hecho, el sol dejó de resplandecer y fue como si hubieran apagado la luz, dejándonos a oscuras, tan impotentes como tan confusos, envueltos en una atmósfera privada de palabras; el manto de silencio que envolvía las películas silentes nos envolvía ahora a nosotros, alumbrados por la luz distante de las estrellas lejanas, a esta hora tan temprana de la mañana, tan cerca del mediodía, tan lejos de la medianoche.

Benny Benny fue el primero en romper el silencio.

Eclipse, dijo con su vocecita de juguete roto y ya era noche cerrada cuando habló. El sol se había ocultado tras algún otro astro y había elegido brillar para otra parte de este u otro mundo. Para nosotros solo quedaba la plena oscuridad. Melissa reaccionó como un resorte.

Nos tenemos que ir, dijo.

Tomó el cochecito de Benny Benny y nos dijo adiós. Desaparecieron de nuestras vidas tal como habían entrado: de repente. Mi última visión de ellos fue una chica empujando un cochecito de niños en un día hecho noche, a la orilla de otra noche. Profunda, silenciosa, un bostezo telúrico en medio

de la calle. Melissa le había puesto a Benny Benny los audífonos con la programación auditiva de Disco Very y, en la distancia, se percibía su vocecita fracturada, entonando como recordatorio de otros tiempos los acordes desafinados de una canción de Culture Club.

¿Y ahora qué?, le pregunté a Ye.

Ahora bajamos, contestó ella.

Y bajamos.

En medio de la noche improvisada bajamos a la Noche real. La pesadilla que poblaba los sueños de los niños más pequeños y de los adultos mayores, el recordatorio de que había otro mundo debajo de este y, por ende, tal vez otro más arriba. La misma sensación de estar parado en el alero de un rascacielos nipón, otro universo a tus pies, una caída, ciento cincuenta pisos de crepúsculo y desayuno para campeones. No sabía que la había animado a enseñarme su sacrosanto hoyo justo a estas horas tan oscuras de la mañana. Supuse que la razón de ser de la superficie había terminado, o que el final estaba realmente cerca, y así nos acercaríamos aún más a él. Me sentí envuelto en el aroma a tierra mojada, que es totalmente diferente a todo lo que pudiera hallar como punto de comparación (salvo que lo compare con un puñado de tierra mojada), un sentimiento parecido al que me había embargado en Galerías Fortes, terreno muerto, tumba vacía, y la sensación de que no podíamos estar tan cerca y, a la vez, tan lejos de todo lo que exigía cercanía y lejanía ahora mismo, en aquel mismísimo instante.

Después de bajar lo que pudieron haber sido cincuenta metros (o tal vez doscientos, no tenía idea; las nociones de geometría y física adoptaban otros parámetros dentro de aquellos corredores subterráneos) llegamos a una recámara, en la cual Ye encendió una linterna y nos pudimos ver las caras por primera vez, desde que nos hubiéramos insertado nosotros en nuestra propia Noche personal. Me dio otra linterna y yo dejé deslizarse el rayo de luz como un gusano perezoso por las capas de caliza que cubrían las paredes. En la piedra alguien había trazado los mismos garabatos que un niño de primaria pudiera haber trazado en su libreta escolar. Trazos hechos por una persona

que no acostumbra a pintar, remedo de pictografías dispuestas a la manera de burla de otras pictografías, arte naíf.

Componían una serie, una historieta impresa sobre la caliza. Me reconocí a mí en una de ellas, a los barcos ardiendo en otra, una paloma y un unicornio, al pequeño Benny Benny en su cochecito de niños empujado por lo que parecía ser un tsunami diminuto, lo que podría ser la portada del *Tattoo you* de los Rolling Stones, una svástica cruzada sobre una hoz y un martillo en medio de un campo de rosas y supuse que detrás de todo eso estaba la mano de ella, la que me tendía su mano para hacerme pasar a otra escalera, un segundo nivel al que después seguiría un tercero y un cuarto y un quinto, y así y así, mientras nos íbamos acercando inadvertidamente al centro de la Tierra, quizás para después salir contentos y sonrientes por las antípodas, cualquier provincia de la lejana China, sacudiéndonos el desconcierto junto con las motas de polvo.

Después de volver a descender (una distancia muy corta esta vez, cerca de diez escalones) llegamos a otro punto que me recordó la escena de *Inception* en la que Leonardo Di Caprio enseña a Ellen Page la construcción de las escaleras Penrose. El mismo diseño que le correspondería a un sueño demencial, arquitecturas imposibles, juego de gravedad sin gravedades, peldaños dispuestos a ser cruzados por otros seres venidos de Dios sabe dónde. Las escaleras se cruzaban unas sobre otras, enlazando pasajes, y no se sabía cuál subía y cuál bajaba, un laberinto que se complementaba a sí mismo como todo buen laberinto debe hacerlo. Traté de darle un poco de orden mental al amontonamiento de estructuras, pero no lo logré, porque entonces vino el temblor, el desconcierto que antecede cualquier movimiento inesperado, el suelo dejó de estar donde estaba, y no supe nada más por un buen tiempo y cuando digo un buen tiempo, quiero decir exactamente eso: un BUEN TIEMPO.

Cuando abrí los ojos, vi lo mismo que veía antes de abrirlos: nada. Solo una niebla densa y alba cubriéndolo todo, un parche blanco para la oscuridad que suponía estaba allí por alguna parte, un océano de leche. Recordé una vez más el ensayo sobre la ceguera de Saramago. Iguales características.

Y también recordé que Ye había tenido un acceso de ceguera tan temporal como tan blanca.

Qué bien, dijo su voz a través de la niebla que lo envolvía todo. Estás despierto.

El mar blanco en el cual naufragaba mi vista cambió de sitio, y esta vez fue río de luz cayendo en cascada sobre capas de caliza. El silencio era absoluto. Como estar en el útero materno.

Llevas seis horas durmiendo, dijo Ye, y yo apuntándote a la cara con la linterna para ver si la luz te despertaba.

¿Por qué no me sacudiste?

Lo intenté, aclaró ella, pero no te movías. Hablaste sobre un estrangulador y una pantera que deambulan por las profundidades de la noche. Dijiste que se buscan el uno al otro y que la lucha sería a muerte. Fuera de eso, no entendí mucho más.

¿Qué ha ocurrido?, pregunté. Ella se encogió de hombros. Me dijo que la entrada estaba obstruida. Toda la delicada arquitectura de escaleras que conducían hacia Calle Nueva estaba hecha pedazos. Al menos cuarenta metros cúbicos de tierra y piedras se habían desplazado geológicamente de sitio. Ahora estábamos, según se dice, enterrados vivos.

¿Cómo ha sucedido?, pregunté, pero solo logré que se volviera a encoger de hombros. Ella no era pitonisa, ni adivina. Su conocimiento se circunscribía a lo que sucedía en el mundo inmediato. Yo elegí no decir nada, pero algo sabía.

Tenía que ver con un hombre esperando al pie de la gasolinera de La Shell, fumando cigarrillo tras cigarrillo mientras la ciudad a su alrededor se desmoronaba en cámara lenta.

Tenía que ver con los barcos ardiendo en el puerto mientras, a pocos metros de distancia, yacían vagones de ferrocarril con letreros que ponían INFLAMABLE.

Una gigantesca explosión equivalente tal vez a algunos kilotones y *voilá*, nos habían concedido un segundo temblor. Quizás no, pero no podría apostar en contra de eso.

La tectónica no estaba a favor de los pequeños, pensé, mientras hacía lo mejor por levantarme del suelo y sacudirme toda la tierra y piedrezuelas que me habían caído arriba. Tenía un dolor de cabeza horrible latiéndome en las sienes, pero tendría que dejarlo pasar.

Debe de haber alguna manera de salir de aquí, le dije a Ye, y ella asintió para después responder que tenía toda la razón del mundo. Debía de haber alguna forma de salir de allí, pero lo que era ella, aún no la había encontrado.

Busquemos entonces, le dije, y salimos a buscar una salida alternativa, porque de Calle Nueva mejor nos íbamos olvidando. Ella deseaba enseñarme cosas de el Hueco, pero yo le decía que no teníamos tiempo. La batería de las linternas no darían para mucho (dos, tres días) y las raciones de comida, si las alargábamos, igual. Otras veces era yo el que deseaba detenerme para ver algo en particular (alguna interna maravilla, algo dejado al azar) y era ella quien me decía que no teníamos tiempo.

Caminamos.

Caminamos.

Caminamos.

Hallé que era distinto deambular por estos corredores subterráneos. Había cierto sentido de urgencia que no había encontrado en el reparto Mañana, para no mencionar la claustrofobia, que extendía sus brazos medievales y nos envolvía en su lenguaje pleno de fobias y fantasmas. La única luz era la que salía de nuestras linternas; segmentos iluminados en medio de la geometría dislocada.

La tierra rezumaba humedad. Tierra que a lo mejor se remontaba a tiempos en los cuales los dinosaurios dominaban el medio ambiente. Cruzar con Ye

por los pasillos oscuros (color negro, ausencia misma de color) era como repasar viejos manuales de Geología Comparada. Arenisca del cuaternario, mica del Terciario, losas de basalto pertenecientes a alguna atávica explosión volcánica. A veces los pasillos eran anchos y altos, llenos del eco de nuestros pasos. A veces eran tan estrechos que teníamos que pasar conteniendo el aliento para no quedar emparedados.

Un bosque de porcelana nos salió al paso en uno de los corredores; lo que se dice un museo de antiguas piezas cuarteadas por el paso del tiempo. Dejé pasar el rayo de la linterna por las superficies abrillantadas de tazas, adornos rococó, teteras, jarrones, ceniceros, pero Ye me dijo que lo dejara para otro momento, y yo lo dejé para otro momento.

Otra vez vi lo que parecía ser un cementerio de gatos. Miles de huesos blanqueados yacían en la arcilla gredosa que componía el suelo. Huesos clasificados, empacados en montoncitos; la inmensa mayoría regados por la superficie de aquella recámara, como esperando una futura clasificación que, tal vez, nunca llegaría. Colgado en la pared había un letrero que ponía NO PISE LA HIERBA.

Seguimos caminando. Las linternas eran un pobre sustituto para la luz del sol que brillaba metros (kilómetros) arriba de nosotros, en un mundo mejor. Un mundo de luz, un mundo de calor, suponiendo que ya hubiera pasado el eclipse.

Mientras nos internábamos por uno de los corredores, hallamos que la temperatura descendía. Parecía increíble, pero así era. Tenía la más completa seguridad de que, mientras más bajas al centro de la Tierra, más calor encuentras. Al extremo de que en una mina en Nueva Zelanda podían asar pollos cuando se llegaba a cierta profundidad, pero aquí sentía la temperatura descender, la columna de mercurio en un termómetro iniciaría una loca carrera hacia abajo (regiones polares), y Ye me preguntó si había traído abrigo.

Sabes que no, le dije.

Lástima, contestó, porque vas a necesitarlo.

Ella temblaba de frío. En el oxígeno levemente enrarecido flotaba el espectro de una futura laringitis para ella y para mí. Yo había pasado una vez por una de esas enfermedades asesinas; la garganta se me había hinchado hasta adquirir proporciones increíbles. No era lo que se solía llamar una laringitis común y corriente. Era algo más allá, perteneciente a los libros de texto de medicina que estudian los casos más radicales, los *freaks* entre los *freaks*, los tumores más rebuscados, las enfermedades que hacen metástasis dentro de otras enfermedades y, a su vez, estas dentro de otras, hasta adquirir el entramado enfermizo y mortal de un tapiz de encaje que mamá podría situar sobre el brazo de tu butacón favorito. Resultaba curioso cómo, en esos casos, el cuerpo humano adquiría un principio de autonomía. Aquella vez todo mi ser parecía una gigantesca garganta, incapaz de tragar, incapaz hasta de absorber aire. La Pelirroja me miraba absorta en aquellos días y tal vez pensaba que las cosas habían ido demasiado lejos conmigo, porque una cosa era salir juntos y vivir la buena vida, y otra bien distinta era andar cuidando enfermos, algo que ella había dejado claro en algún momento de nuestras miserables vidas en común. Con el tiempo la garganta se curó, pude volver a respirar, volver a tragar y mi cuerpo pasó a tener otras preocupaciones, menos dolorosas, pero no por ello menos perentorias.

Tuve una amiga en primaria, dijo Ye, en secundaria dejamos de andar juntas y después me enteré que se había ido al extranjero en una boda arreglada con un turista italiano, o español, o de dondequiera que sean los turistas que vienen a casarse con las muchachas de aquí. Teníamos un amigo en común que poco después (más bien, años después, casi década y media) fue de visita a un país. No recuerdo ahora cuál, y no creo que tampoco sea importante recordarlo. Hacía frío y mi amigo andaba con una perrita que le habían dado a cuidar unas amistades. El animal estaba cubierto por uno de esos abrigos para perros que suelen vender las tiendas europeas cuando se aproxima el invierno, y mi amigo halló que resultaría gracioso meter su libreta de notas bajo la ropa abrigada del animal. Una chica que pasaba cerca también lo halló gracioso y así se lo comentó a mi amigo. Él le hizo algún comentario que suscitó simpatías y se sentaron a conversar en uno de los bancos de un parque cercano. Entonces empieza la historia, pues resulta que

la chica esa había conocido a mi amiga también. Por el casamiento, habían adquirido algún nivel de parentesco pero, por la forma de hablar de aquella chica, mi amigo coligió que tal vez ella y mi otra amiga habían sido amantes, aunque tal vez ese no hubiera sido el asunto, pero ya tú sabes cómo son las cosas para los cubanos; donde hay humo ven un incendio. La conversación se convirtió en un interrogatorio donde la chica quería saber todo lo referente a la niñez de mi amiga, las cosas que le habían sucedido en la escuela primaria, por ejemplo, y mi amigo pronto se encontró inventando eventos que nunca sucedieron, con el único fin de evitar los silencios incómodos que minan cualquier conversación contemporánea. La perrita quedó olvidada, y cuando mi amigo vino a darse cuenta, el animal se había perdido. Le pidió a la chica que lo ayudara a buscarla y, mientras buscaban por el parque gélido, siguieron hablando sobre mi amiga. Ellos (más bien, la chica) estaban explotando la casualidad de encontrarse tan lejos con un individuo que fue cercana a una persona que fue cercana a ti, si es que puedes hallar algo de sentido en esto. Aquella chica experimentaba el mismo placer culpable que uno experimenta al leer detalles inconexos en la biografía de cualquiera.

La sensación de frío era más soportable que antes, o quizás fuera que ya me había acostumbrado. La voz de Ye, a pesar de ser casi un susurro, adquiría connotaciones de ópera al ser amplificadas sus palabras por las paredes del corredor.

Si te cuento todo esto, siguió hablando ella, es porque tengo un deseo, aunque sea mínimo, de aclarar lo que existe entre los dos.

Yo le hablé de la Pelirroja. Lo peor que había sucedido en toda mi vida. Por supuesto, deseaba alguien con quien olvidarla, pero no quería usar a Ye como limpiaparabrisas.

Haz lo que tú quieras, susurró ella y su voz se elevó alta y potente como el Himno Nacional transmitido por los altavoces de un portaaviones, pero no me hagas perder el tiempo.

No podía hacerle perder su tiempo cuando el mío propio estaba siendo amenazado por aquel dolor de cabeza que me oprimía las sienes como las

patas de un cangrejo. Busqué en mis bolsillos y solo encontré la tira usada a medias de Lucys que Melissa me había dado antes de marcharse. Tomé una, esperando que me ayudara con la cabeza y, de ser posible, también con el frío.

El pasillo era cortado por una barrera construida primitivamente con recortes de tablas y cartones. Más allá, venía el aliento glacial que podrían exhalar miles de millones de pescados puestos en conserva, o un mamut recientemente desenterrado de su cuna de hielo en algún municipio siberiano.

Hasta aquí llegamos, dijo Ye, este es el límite. Fosa Cotard.

Asomé la linterna por encima de la barrera y dejé vagar la luz por el interior de la gigantesca depresión ante la cual nos hallábamos. El resplandor emitido por el rayo activado por baterías de litio y cadmio se perdía a medio camino sin llegar a tocar paredes opuestas ni (mucho menos) tocar fondo.

Una leyenda urbana decía que unos campesinos rusos habían taladrado un hoyo de catorce kilómetros y medio hacia el interior de la tierra. Cuando sacaron el taladro, descubrieron que (de paso) habían abierto una cavidad, desde la cual llegaban gritos de los que (supusieron ellos) estaban condenados al eterno ardor de las llamas del infierno. En otras palabras, los campesinos y mineros rusos se persignaron porque creyeron haber abierto las puertas del averno. Los termómetros reflejaban temperaturas superiores a los mil grados centígrados dentro de aquel agujero, y los micrófonos tolerantes al calor que hicieron bajar registraron en cintas de audio los gritos amplificados de los que se suponía estaban condenados eternamente a las llamas pertenecientes al Diablo en persona. Tiempo después, se probaría que todo había sido un malentendido, o una estafa, dependiendo de cómo se mirara. Las grabaciones registradas habían sido pirateadas del audio de una antigua película de horror.

Aquello fue un engaño, dijo Ye, esta es la realidad. Las puertas al infierno abiertas a nuestros pies.

Me explicó el síndrome de Cotard: un raro desorden neuropsiquiátrico en el cual el paciente adquiere la solemne seguridad de que está muerto, no existe, y vaga con su cuerpo putrefacto y zombie de aquí para allá, lo cual (indirectamente) constituye un sendero más hacia la inmortalidad.

No había calor en aquella fosa. El infierno no se hallaba representado por lenguas de fuego o lava ardiente, sino por hielo quemante como llamarada de fuego azul. Ye señaló con su linterna a un alero de piedra que circundaba el hoyo. Es la única salida, dijo, y yo le creí.

Al apartar la barrera, algunos maderos cayeron abajo. Por más que nos esforzamos en prestar atención, nunca los oímos impactar contra el suelo. El silencio se mantuvo igual; silencio de celda medieval y estrella polar.

Quisiera ser capaz de decir que caminamos por aquel estrecho alero durante horas y que enfrentamos innumerables peligros; animales venenosos, súbitos descensos y desprendimientos, pero la verdad fue otra. Caminamos durante diez minutos pero igual se sintió como un par de horas; la misma sensación inminente de que algo malo, horrible, iría a suceder de un momento a otro, el frío calándonos a través de las ropas de verano que ella y yo llevábamos. Cuando llegamos al pedazo de pared que colindaba con otro pasillo pudimos respirar tranquilos y sacudir las linternas como si aplaudiéramos, pero no aplaudimos, sino simplemente era un temblor que nos hacía agitar las manos de forma incontrolable.

En el suelo pudimos divisar una hilera fantasmal de hormigas, color azul pálido fosforescente. Seguimos la columna aguamarina por el terreno inexplorado de aquel corredor y, si fue maravilloso dejarnos guiar por esos insectos de antenas y cuerpos antediluvianos, aún más maravilloso fue el hecho de encontrar la Ciudad.

El corredor terminaba abruptamente en una recámara gigantesca, de dimensiones ciclópeas, llena de la misma luminiscencia azul fosforescente proveniente de los cuerpos de cientos de miles de insectos, hasta el extremo de que el resplandor improvisado parecía alumbrado público emitido por corrientes eléctricas invisibles.

Entonces la vimos: pequeños dados dispuestos a manera de casas; montados unos sobre otros como edificios dotados de una geometría impecable y cruzados por líneas vacías que remedaban calles y avenidas e, incluso, parques públicos, si es que se le podía llamar parques públicos a los eventuales espacios vacíos en medio de aquella pseudoarquitectura entomológica.

Es La Habana, dijo Ye, y me di cuenta de que tenía razón.

Era una maqueta de la ciudad de La Habana, pero a mínima escala. Una reproducción diminuta de la ciudad, desde la cual podíamos apreciar la Plaza de la Revolución, el Carlos Marx, el Habana Libre. Una pequeña ciudad subterránea a cientos de metros por debajo de la destruida ciudad real, y nos sentimos como debe de haberse sentido Gulliver en la isla de Lilliput. Grandes e innecesarios.

Mira, dijo Ye, es el Barrio Obrero.

Mira, dije yo, el Acuario Nacional.

Lawton, Arroyo Naranjo, La Lechera, Cuatro Caminos, el Focsa, Ciudad Libertad; una topografía real construida a partir de la mentalidad primitiva de insectos con antenas en la cabeza y cuerpos llenos de fosforescencias azuladas.

En un rincón de la caverna vi a *Cupid de Locke*: ídolo oriental de barro que tanto nos llamara la atención a la Pelirroja y a mí tiempo atrás. Como quien dice, años. Erigido dios de aquellas multitudes de bichos. Cuerpos mutados y sistemas nerviosos sin terminar. *Cupid de Locke* había sido el nombre de eso que ya no parecía para nada pueblo afortunado. El nombre entre «nosotros» que ya no significaba «nosotros». Significaba ella y yo. «Nosotros» ya no existía como entidad independiente.

De repente estábamos ante el balcón. O, más bien, estaba la Pelirroja y estaba yo ante el balcón porque ya no existíamos «nosotros». Solo existía ella con su pelo color sangre y, a años luz de distancia, yo.

La vi asomarse a la barandilla y la dejé hacer. Miró hacia abajo, estiró los pies y el viento a esas alturas era ogro feroz, no animal doméstico como solía serlo abajo en la calle. Me miró y me preguntó si no quería acompañarla.

No, le dije, tú nunca querías acompañarme a mí.

Cuando tocaron a la puerta ella frunció el ceño y yo también. Era lo único que teníamos en común en aquel momento. Fruncir el ceño. Lo hacíamos bastante bien. Ella bajó de la barandilla y enderezó la falda que se le había enredado entre los muslos. Atravesó la sala y abrió la puerta.

Eran los nuevos vecinos. Una mujer con sonrisa de ganadora, la misma sonrisa que debió haber lucido en las fotos de sus quince y en las de su graduación. La acompañaba un hombre que simplemente se veía aburrido. Se acababan de mudar y les habían comentado que desde nuestro apartamento se veía la mejor vista que podía verse en la ciudad.

Vamos, vamos, dijo la Pelirroja, no es para tanto.

Pero si es verdad, dijo la mujer en la puerta, nos lo han dicho.

Los invitamos a pasar. Aún lográbamos conservar un poco de credibilidad social. Cierto sentido de la *charmesse*. La pareja fue hasta el balcón y miraron extasiados la vista. El río lejano, como raya húmeda en carretera desierta, calles perfectamente delineadas en trazos de modelo arquitectónico, casas y edificios adyacentes como cubitos de juguete. Ninguno tan alto como este.

¡Maravilloso!, exclamó la mujer. El viento se llevó lejos sus palabras y después se las devolvió como bofetada en la cara. Allí estuvimos unos cinco o seis minutos viendo las nubes pasar, el sol brillando como una lágrima en el cielo.

Por supuesto, dijo el hombre, ustedes deben de estar cansados de esto.

Asentimos. Estábamos cansados. No solo cansados. Agotados. Extenuados. Tanta belleza nos mataba. Tanta hermosura nos insensibilizaba.

Yo nunca me cansaría, susurró extasiada la mujer.

Podría haberle dicho que probara a vivir cinco años allí. Con todo el viento y el frío cuarenta grados bajo cero en los días más cálidos y el sol como inmensa montaña de metal fundido. Cinco años nada más, a ver si de verdad nunca se cansaría. Pero elegí no decírselo.

Podríamos haber traído una de esas botellas de vino compradas a sobreprecio, le dijo la mujer al hombre, Es más ¿por qué no bajas un momento y la traes ahora?

El hombre suspiró y obedeció.

Disculpen, dije entonces, voy al baño.

Puta, murmuré frente al espejo del botiquín.

Putaputaputaputa.

Una y otra vez.

Al salir encontré a la Pelirroja pálida, pero manteniendo la compostura. En momentos como aquellos casi lograba recordar las razones por las que habíamos empezado a salir juntos, las razones por las que creíamos nos funcionarían las cosas y podríamos vivir felices para siempre, como en los cuentos de hadas, dragones buenos y princesas malas, pero esos momentos eran tan fugaces como el parpadeo de un conductor en el cambio de luces de una pista de carreras.

El hombre volvió con el vino. Nos habíamos encargado de cerrar bien las puertas del balcón. No obstante, el viento hacía casi imposible una conversación civilizada. Teníamos que gritarnos.

Entonces recordé: eso es lo que habíamos estado haciendo ella y yo durante los últimos días, las últimas semanas, los últimos meses. Tal vez los últimos años. Gritarnos como trastornados y quizás no hubiéramos debido estar

aquí en este apartamento de vista maravillosa, sino en algún bonito local de paredes acolchadas en suaves tonalidades de blanco y azul. Pero estábamos allí y el viento golpeaba fuerte contra los cristales y el sol nos bañaba en un resplandor lechoso, y yo creía que parecíamos cadáveres listos para ser exhibidos en el interior de un ataúd en la funeraria más cercana.

Este es el apartamento con más récord de suicidios en la ciudad, dijo la Pelirroja, como si dijera «Échame un poco de vino, por favor».

Solo que no lo dijo, sino que lo gritó. El viento no la dejaba expresarse.

Dios mío, dijo el hombre, y ustedes viviendo aquí.

Pero eso no nos molesta para nada, dije yo. La gente viene y nos pide permiso para saltar. Nosotros los dejamos en el balcón y cuando regresamos solo vemos la confusión alrededor del suicida.

Dios mío, dijo la mujer. Había apretado muy fuerte la copa de vino, como si la fuera a romper. Pero la copa era resistente. No se rompería. Una vez se me había caído una copa de esas desde el balcón hasta la calle y cuando llegó abajo, seguía intacta. Había caído sobre la cabeza de una ciclista que pasaba en ese momento; la chica tuvo un funeral de lo más bonito, nosotros le mandamos una corona de las grandes y a la copa no le ocurrió absolutamente nada.

Habíamos estado gritándonos también aquel día de la copa y la ciclista. Habíamos estado bebiendo.

¿Y la policía no les dice nada?, preguntó el hombre.

La policía nunca llega aquí arriba, respondí. Solo mirar desde el balcón les produce ataques incurables de vértigo. El Departamento se gasta una fortuna en terapias al respecto.

Viene la gente y salta, pum, así, sin más ni más, dijo la Pelirroja.

La miré mientras hablaba. Tenía que reconocer que estaba hermosa. Pero ella era ese tipo de mujer. Incluso luciendo cadáver en medio de la avenida, con los sesos desparramados sobre el asfalto, seguiría luciendo hermosa. Un torrente de lava personificado en hermosura y encanto natural.

La mujer esbozó un gesto de curiosidad, mezclado con cierta repugnancia. Había descubierto a *Cupid de Locke*.

¿Qué es eso?, preguntó horrorizada y fascinada al mismo tiempo.

Cupid de Locke, dije.

¿*Cupid* de qué?

De Locke, grité, ¡*Cupid de Locke*!

¿Qué es?, inquirió la mujer, ¿una especie de ídolo pagano? ¿Qué representa?

Tocó ensimismada la superficie de barro que recubría el ídolo y retiró la mano al momento como si se hubiera quemado. Ya no lucía horrorizada, pero aquella tonta fascinación aún permanecía en su rostro.

Nada, le dije, no representa nada.

La Pelirroja me miró con esa expresión asesina que tenía para perdonar lo imperdonable. Sabía bien lo que representaba *Cupid de Locke*. Solo que elegía no decirlo en voz alta. O más bien, elegía no gritarlo.

Representaba nuestra última discusión, eso es lo que representaba. La definitiva. Pero eso no tenía por qué saberlo esa mujer. Para ella, *Cupid de Locke* no significaría nada, absolutamente nada. Nosotros lo queríamos así.

O no. No «nosotros». Solo ella. Y yo. «Nosotros» ya no existía. Esa entidad se había ido al quinto infierno, junto a las cartas amarillas que el viento había esparcido por la corriente del río días atrás. Ahora tenía esa mirada de

perdón casi lunática que solía usar a veces. Y podía adivinar lo que iba a hacer, lo que iba a decir.

¿Le gusta?, dijo la Pelirroja. Lléveselo entonces.

La mujer se ruborizó, pero se notaba que en el fondo le gustaba la idea. *Cupid de Locke* manejaba fibras ocultas en el subconsciente de algunas personas; fibras que solo salían a relucir en los momentos más oscuros de la noche. *Cupid de Locke* tenía ese poder. Lo había tenido para nosotros. Supongo que también lo tendría para ellos.

Oh, no, dijo la mujer, no podría hacer eso.

¿Por qué no?, dijo la Pelirroja. Acéptenlo como regalo de bienvenida. A casa con él y lo ponen sobre la repisa del comedor.

La mujer tenía el ídolo en sus manos. Por segundos creí atisbar una expresión rara en su rostro. Una expresión que solo había podido ver en niñas pequeñas que se quedan hasta tarde viendo viejos filmes de horror en la televisión cuando sus padres no están en casa. Pero solo fue por unos segundos. Tal vez el hombre distinguió lo mismo, porque dijo que no podían aceptarlo.

Pero la Pelirroja insistió y la mujer empezó a agradecernos efusivamente.

Me van a aceptar unas botellas de vino, dijo. ¿Por qué no bajas hasta la casa y traes unas cuantas?, le dijo al hombre.

Volví al baño en lo que iban a buscar el vino.

Putaputaputa, repetí como muñequito de cuerda.

Una y otra vez.

Cuando salí, el apartamento ya estaba vacío.

Querían despedirse de ti, dijo la Pelirroja, pero les dije que no te sentías bien. Que era mejor que se fueran. Pasarán más tarde para ver cómo sigues.

Muy considerado de tu parte, dije yo. Hielo en mi voz. Cuarenta grados bajo cero y aún podría bajar más.

Se lo han llevado, dijo ella, intentando una sonrisa.

Pero yo había olvidado qué significaba sonreír en su presencia.

Ese no es el punto, dije.

Su sonrisa se paralizó a medio camino.

Creo que no me has entendido, dijo. ¡Se lo han llevado!

No, dije, tú no me has entendido a mí. Ese nunca fue el punto.

Su sonrisa se la llevó el viento como pluma de ave. El viento que entraba rugiendo por el balcón que yo acababa de abrir.

Sabes que ese nunca fue el punto, dije.

Salió afuera. El aire la envolvió como sudario fúnebre y por instantes me recordó a Marilyn Monroe en la secuencia de alguna película. Se asomó a la barandilla. Miró abajo y me miró a mí.

¿Quieres venir conmigo?, preguntó.

Eras tú la que nunca quería ir conmigo, ¿recuerdas?, contesté.

Entonces

ella

saltó.

Pero

fui

yo

el

que

caí.

Descendí por un agujero más oscuro y profundo que Fosa Cotard. Un agujero desde cuyas paredes me miraban viejos cuadros renacentistas con sonrisas plenas de misterio, o tal vez el mismo cuadro repetido hasta el infinito. Un agujero como el que conducía al País de las Maravillas, pero esta vez no tenía conejo blanco para servirme de guía, sino solo una Reina Roja que gritaba con expresión de furia ¡Córtenle la cabeza!.

Y mis miembros se iban putrificando; podía ver mi mano izquierda llenándose de gusanos, y mi mano derecha desprendiéndose del antebrazo, con ruido de ligamentos infectados. Mis ojos saliéndose de las órbitas y la lengua inflada como un globo de cumpleaños dentro de la boca, adquiriendo colores cárdenos y mortuorios. Y la garganta, oh, Dios mío, la garganta me volvía a doler como aquella vez que estuve enfermo; peor que aquella vez. Parecido al peor dolor de muelas que uno se pueda imaginar; más allá del alcance de cualquier medicamento, más allá de todo alivio y posibilidad de cura y este era el infierno, querido Dios, este era el infierno y no sabía qué hacer para evitarlo.

No sabía qué hacer para evitarlo.

No sabía qué hacer.

No sabía.

No.

Y me dejé arrastrar.

Me dejé llevar.

Cerré

los

ojos

y

cuando

desperté,

hallé a Ye a mi lado, haciendo malabares con la luz de la linterna.

Caíste sobre San Antonio de las Vegas, dijo, las hormigas están reconstruyendo los daños.

La cabeza ya no me dolía; la sentía más ligera y entonces me di cuenta que mi fantasma favorito me había abandonado de una vez y por todas. Se había precipitado al infierno, un zombie más en los predios de fosa Cotard, y yo estaba finalmente libre.

Hay que salir de aquí, le dije a Ye y ella me dijo que tenía la misma opinión. Convinimos que lo mejor sería seguir la columna de hormigas hasta llegar a algo que pareciera algún tipo de salida exterior, y eso fue lo que hicimos: seguir una columna de insectos, cuerda azul en medio de la negrura inconmensurable en la que nos hallábamos insertados y, si yo no había entrado en pánico, era porque la veía a ella tan segura de lo que hacía, absolutamente confiada en que hallaríamos una salida, pero todo eso cambió cuando vimos que la columna de hormigas se perdía por un agujero

minúsculo practicado en la pared de una de las galerías, dejándonos en un callejón cerrado.

Ahí fue cuando ella comenzó a correr, tropezando con los desniveles del terreno, con piedras, con montones de tierra desprendida, y su linterna dibujaba sombras chinescas enloquecidas en la pared, trazos de luz que nadie vería, salvo yo que la seguía sin saber a ciencia cierta a dónde íbamos, y me parecía que no íbamos a ninguna parte. Sombras ambulantes dentro de aquel tortuoso laberinto que se extendía ante nosotros. Almas perdidas. Cuerpos sangrantes en la mayor sepultura de todas. Entes que vagarían enloquecidos hasta que se les acabaran las baterías a las linternas y Ye no pensaba en nada de eso; simplemente no pensaba, solo corría, y un par de veces llegamos a callejones cerrados y otro par de veces llegamos a la maqueta de la Ciudad desde ángulos distintos y ella se rindió cuando llegamos a un corredor delimitado por una barrera de maderas y cartón tabla.

Más allá de eso, Fosa Cotard, dijo, y se echó a llorar. Estaba sucia de sudor y tierra y las lágrimas dejaban surcos pálidos sobre sus mejillas. No se me ocurrió nada mejor que abrazarla y decirle que todo iba a estar bien, aunque precisamente imaginaba todo lo contrario.

Hicimos el amor en silencio, como insectos que se aparean, como animales que se desean. Entré en el hueco dentro del Hueco, la Noche dentro de la Noche, y fui feliz (breves instantes que parecieron una eternidad) en la Grieta cálida y húmeda de Ye.

Después nos quedamos dormidos.

Tuve sueños inconexos y adversos entre sí. Fragmentos de imágenes que chocaban como trenes llegando tarde a la estación. Rompecabezas auditivo, *mélange* de sentimientos. Uno de esos sueños me impactó por su grandeza. Constituía, en sí mismo, una invitación a la escritura, parecía el *pitching* de uno a otro productor cinematográfico en medio de una conversación telefónica a larga distancia.

Para describir la situación: durante la Segunda Guerra Mundial, un transporte cargado de prisioneros llega a una aldea de provincias; un poblado tan alejado hacia el norte que goza de un invierno perpetuo, un lugar en medio de la nada que no conoce de bombas, disparos, ni estrategias militares. Los prisioneros se hallan destinados a ser gaseados en un campo de concentración pero, debido a un error burocrático, terminan llegando a esa aldea tan desprovista de pobladores (los que no se han alistado en el ejército han sido sacrificados por las fuerzas invasoras). Los de la aldea no saben qué hacer con ellos, y le confían al cuerpo de policía más cercano el cuidado de los prisioneros. Después de un par de semanas, un virus de naturaleza desconocida comienza a diezmar a los pocos pobladores que aún permanecen allí, incluyendo a los del cuerpo de policía. Tras una meticulosa investigación, se descubre que los recién llegados constituyen la causa de ese virus desconocido que ataca sin piedad, dejando indefensas a sus víctimas entre toses y vómitos de sangre. Los prisioneros causantes de la enfermedad parecen ser inmunes. Mientras los de la aldea mueren por decenas, ellos se pasean muy rozagantes por los límites exteriores del terreno cercado que les ha sido consignado como prisión provisional. Al final, los presos toman el mando del pueblo, porque ya no hay nadie lo suficientemente vivo como para darles muerte. Se visten con los trajes de los policías fallecidos e instalan en la aldea abandonada de la mano de Dios una especie de albergue donde pueden acudir todos los refugiados, pero nadie viene, porque el lugar está tan al norte que hasta el enemigo ha olvidado su presencia. Una mañana los ex prisioneros salen afuera y encuentran (lo más raro del mundo para esas latitudes) que hace un magnífico clima estival. Estiran sus miembros entumecidos y bostezan mientras el sol de un día de verano les hace cosquillas con su calor.

Desperté con la idea de escribir lo soñado pero, al abrir los ojos, tuve una vez más la oscuridad en ellos, y La Noche fue el muro donde fueron a rebotar todas esas pequeñas cosas que antes solíamos dejar bajo la lluvia. Un agujero negro que absorbía todo lo que era capaz de absorber y, lo que no podía tomar, de todas formas lo tomaba.

Pude sentir en la oscuridad que la chica también estaba despierta. La imaginé sentada, abrazando sus rodillas. Presentía que estábamos cerca del fin, pero

también sabía que eso no era la medida de nada. Busqué la linterna para iluminar de gris todo el negro que nos rodeaba, y no la encontré.

La tengo yo, susurró la voz de Ye, como un faro de sonido en medio del silencio.

Tanteé otra vez, en esta oportunidad buscándola a ella. Cuando la encontré, me pidió que le hablara. Le dije que había tenido un sueño de frío, y otro de calor, cuál deseaba que le contara primero. Ella dijo que los dos y yo le conté mi sueño de los prisioneros de guerra; un sueño de meses en un par de minutos de duración.

Le dije después que siempre saldría el sol al final, no debíamos perder la esperanza (lo último que se pierde), y ella me contestó que si la esperanza era lo último en perderse, entonces no le quedaba nada más para perder.

Cuando niño, le dije, me llevaron a una adivina. Nunca he creído mucho en esas cosas, pero era solo un niño y me dejé llevar. La anciana leía las palmas de las manos y les tiraba las cartas a sus clientes en una pequeña sala llena de jarrones de flores. Había tantas flores que parecía el funeral de algún ser querido. El perfume era como para dejarte sin olfato durante un par de semanas. Tenía un perrito, o una perrita, que primero le ladraba a los recién llegados para, cinco minutos después, venir a posar su cabeza en las rodillas. Eso es para que lo acaricies, dijo la adivinadora, pero yo era un niño tímido y no me gustaba acariciar perros ajenos. Ella tenía un juego de barajas españolas muy gastadas. Me hizo algunas preguntas y, cuando mi mamá trató de contestar por mí, la señora la detuvo con un gesto. No, dijo, tiene que responder él. Con toda mi timidez de niño fui contestando las preguntas de la mujer. Cómo te llamas, qué te gusta hacer, ese tipo de asuntos. Conversamos un rato y después mamá me dijo que debíamos irnos. Yo pensaba que habíamos ido para que me leyeran el futuro y así se lo dije a mi madre según nos íbamos alejando. Ella me confesó entonces que esa adivinadora era mi abuela paterna. No sabía que tuviera tanta familia, recuerdo haberle dicho en aquel momento. Bueno, contestó ella, pues ya te vas enterando.

Me gusta tu historia, murmuró Ye, pero no entiendo la moraleja.

Su cuerpo temblaba como si tuviera frío, o fiebre, o las dos cosas.

La moraleja, le dije, está contenida en una historia mucho más corta que se desgaja a partir de la que ya te he contado. Otro día me llevaron con una adivinadora que no era mi abuela, pero yo, niño al fin, le pregunté para salir de dudas si era mi abuela. Ella se echó a reír y dijo que no. Tenía una risa contagiosa y cuando me echó las cartas me dijo que era un niño con buena estrella. Pues esa es la moraleja: tengo buena estrella; por lo tanto, saldremos de aquí.

No creo en esas adivinadoras baratas, me dijo ella.

Le pedí que prendiera la luz para vernos las caras, pero me dijo que debíamos ahorrar baterías, para cuando hicieran falta de verdad.

¿Y cuándo van a hacer falta de verdad?, le pregunté.

Era imposible divisar nada, pero sí pude adivinar sin necesidad de juego de cartas cuando ella se encogió de hombros, dando a entender que no sabía y tampoco le importaba saber. Prendió la linterna y el rayo de luz dio contra un punto en la pared y, después de eso no me importó nada; ni su cara manchada de sudor y barro, ni las hormigas y lombrices que pudieran haber alrededor nuestro, ni el miedo casi pánico que habíamos estado experimentando a dosis casi iguales. Solo podía atender lo que era divisable al otro extremo del rayo de luz, entre el polvo que convertía en sombras agrisadas contenidos y continentes, y no era yo el único. Ella también lo había visto.

¿Qué es eso?, preguntó.

Los 101 dálmatas, murmuré, y me levanté de un salto. La ayudé a pararse y desfilamos casi corriendo por aquel pasillo lleno de posters de cine. Cuando nos encontramos con la barrera de madera y cartón tabla que exhibía el ♥ (aurículas, arterias), corrimos entonces en sentido contrario.

Habían descolgado casi todos los cuadros de los muros; tal vez dejando los pósters por olvido, equivocación, o porque Ella no estaba para encargarse

de ellos. La situación aparentemente no había cambiado: seguíamos en un laberinto pero, por lo menos, este era uno en el que era más probable hallar la salida, y eso fue lo que hicimos.

Dicen que antes de morir ves una luz al final del túnel pero, para nosotros, esa luz (puntito diminuto, mota luminosa de polvo en la negrura inconmensurable) fue la que nos devolvió a la vida. Un pie, una mano, otro pie, otra mano. Mientras subía, hallé que a la escalera le faltaban travesaños. Los focos se habían fundido o los habían quitado. Nada de esto nos importó. Los espacios vacíos los llenamos con el intento y los tramos en los cuales parecía que nos ahogaríamos de claustrofobia los recorrimos como quien recorre a nado el mar Adriático.

Siempre había pensado que lo más temido para mí en este mundo eran los globos de cumpleaños y los ataques de tiburones. Durante un tiempo también le había temido al 2012 y a las invasiones vikingas. Era consciente de que esos temores no poseían fundamento racional, pero no podía evitarlo; iba más allá de mi alcance. No obstante, todos aquellos viejos temores fueron reemplazados por el miedo irrefrenable a encontrar la salida taponada por otro alud de tierra y rocas. La claustrofobia elevada al paroxismo. El terror, el terror.

Pero la claridad se hizo mayor y el hedor a tumba cerrada le cedió paso a la sensación de que no todo estaba perdido. Teníamos ahora el inmenso calor que prometía tiempos mejores, días de sol y noches de luna llena, estrellas en el horizonte y el rumor del viento llevando sutiles promesas de lluvia y vida eterna en su interior de gigante complacido.

Cuando emergimos por fin en el reparto Mañana, sucios de sudor y barro, con las miradas desorbitadas y las manos engarrotadas, lo primero que vimos en el suelo frente a nosotros fueron los ojos vidriosos de una pantera muerta.

X. Los nombres y las personas

Llámenme Gertrudis, dijo la niña, pero no me digan Tula.

Ye y yo compartíamos el asiento trasero del automóvil; un viejo Oldsmobile regenerado. La niña (Gertrudis) tendría tal vez once o doce años. Los pies casi no le llegaban a los pedales; me pregunté cómo frenaría en caso de que deseara frenar. El asiento delantero estaba vacío.

¿Y tu mamá?, le pregunté.

En el primer viaje se fue, contestó ella, casi todos se han marchado para Matanzas u otras provincias.

¿Y tú?, le preguntó Ye.

¿Yo qué? Yo nunca he salido de aquí. Mi escuela se derrumbó. Ahora estoy de vacaciones. Rico. Me gusta.

Afuera el grupo de niños que había visto jugando durante la primera visita (o quizás fueran otros niños, pero niños, en cualquier caso) se habían reunido a la sombra de la carpa descolorida para entonar las notas del Himno Nacional, conducidos por una mujer que les gritaba «Más alto, más alto».

Ahmel se acercó a la ventanilla. Me preguntó si estaba seguro de lo que quería.

No estoy seguro de nada, le contesté, pero a lo mejor las cosas se arreglan.

Nunca, dijo él, nunca.

Esta vez me tocó a mí encogerme de hombros.

Una vez trabajé por Nuevo Vedado, continuó hablando él, en un restaurante particular cerca de la Avenida 26, un sitio llamado *Bollywood*. Estaba ambientado a la usanza india, pero la comida era cubana, nada que ver con la comida hindú. Afuera tenían la estatua de un Buda y un auto clásico con el logotipo del restaurant pintado a los costados. Al lado del auto ponían

a un tipo con apariencia oriental, vestido con un turbante y una túnica, le ponían en la mano el menú y el tipo aquel tenía que enseñárselo a todos los que pasaran por allá, para atraer posibles clientes. Durante un tiempo el tipo aquel vestido de indio o de hindú fui yo. En las mañanas me ponía a leer un libro y levantaba la vista y reflexionaba sobre los cosas de la vida y sobre las causas de esto y aquello, y en las consecuencias también cavilaba, porque no puedes pensar en las causas de algo sin a la vez pensar en las consecuencias de ese mismo algo. Pensaba y pensaba y nunca encontré respuesta para nada. Tres meses en eso. Ahora te puedo decir que, después de un par de días perdido por esos túneles allá abajo, tengo las respuestas para todo, o para casi todo. Ya te puedo decir de qué hablamos cuando hablamos de amor, o de literatura, o de lo que sea que hablemos. Te puedo recitar los nueve mil millones de nombres de Dios. Tú también viviste en el monstruo y le conociste las entrañas, debes de saber sobre qué te estoy hablando.

Lo sé, le dije, pero quiero regresar a casa.

Si eso es lo que quieres hacer, entonces hazlo, dijo, nadie te va a obligar a nada. Yo me voy para Matanzas con el resto de la gente. Han adaptado una serie de camiones tirados por caballos, estoy loco por ver cómo funciona eso. Zaldívar me ofreció un trabajo de editor; me parece que lo voy a aceptar.

Nos vamos, dijo Gertrudis.

Hasta luego, dijo Ahmel.

Hasta luego, dije yo, dijo Ye, dijeron las hierbas y los árboles del reparto Mañana, dijeron los niños sin saber que lo estaban diciendo, de tan concentrados como estaban en cantar el Himno Nacional, tan bajito que la mujer tenía que gritarles «Más alto, más alto», y cuando ella se exasperaba los mandaba a parar y debían empezar otra vez desde el principio, siempre desde el principio.

El viaje fue mucho más corto de lo que hubiera creído que iba a ser. Un viaje tan corto como pequeña era Gertrudis, quien en cierto momento dijo que

hasta ahí llegaba, su mamá no la dejaba ir más lejos y, de todas formas, el pavimento se hallaba cuarteado desde ese punto en adelante.

Igual no van a tener que caminar mucho, aseguró, la Ocho Vías está para allá, como a un kilómetro de distancia y empieza el Barrio Obrero.

Nos bajamos. Le dimos las gracias. No hay de qué, dijo ella. Estamos para ayudarnos, dijo también. Parecía mayor. En vez de los doce años que aparentaba, parecía toda una mujer. Hablaba como una mujer. Conducía como una. Las niñas de hoy son las mujeres de mañana, pensé con desánimo, con beneplácito, con alegría, con hambre, con sed.

Empezamos a caminar, mientras el Oldsmobile se desvanecía en el regreso al Mañana por una de las curvas, loma arriba.

Tuve un sueño, habló Ye, mientras estábamos allá abajo tuve un sueño y cuando desperté, tú todavía estabas durmiendo. Tuve miedo, pero no quise despertarte.

A grandes rasgos, me lo contó. Nos hallábamos en un salón grande, una habitación enorme, de dimensiones tan colosales que no éramos capaces de divisar las paredes, aunque sí podíamos ver el techo. Una habitación del tamaño de un país, de una república, de una nación. Podría decirse que, dentro de su sueño, esa habitación representaba un país, porque en su interior estaba la población completa de Cuba. Doce millones de personas, y la sala era tan grande, tan espaciosa que la gente se hallaba distribuida por diferentes grupos según familias, afinidades, o lo que fuera. Alguien (ella no sabía quién, nunca llegó a identificarlo) traía una lista. De uno en fondo, las personas que estaban dentro del local (que, como había explicado antes, constituía la población del país entero) debían buscarse en esa lista, donde los nombres no estaban ordenados alfabéticamente, ni en ningún otro tipo de orden. Cada uno debía encontrarse a sí mismo en el papel; cada uno era responsable de su propia identidad. Buscar tu nombre entre doce millones de nombres no era fácil, y la gente podía estar horas buscándose a sí mismas, o a sus seres queridos. Acto seguido, los hacían pasar a otra habitación, esta un tanto más pequeña pero igual de grande, y el proceso de búsqueda

se repetía, pero esta vez con fotografías. Esa habitación estaba tapizada en sus cuatro paredes con fotos tamaño pasaporte de todos los allí presentes. En total, doce millones de fotografías. Debías buscarte a ti mismo, y algunas personas revisaban tranquilamente las fotos en los muros, con la misma actitud que podrían adoptar en un museo, pero había otros (la mayoría) que se desesperaban y revisaban las fotos arrancándolas de las paredes, arrojándolas al suelo y los que entraban después tenían que buscar primero en el suelo para tal vez encontrar sus imágenes pisoteadas y si no, buscar entonces en las paredes y desesperarse mientras lo hacían y arrancar más fotos que también serían pisoteadas por los que entraran después. Así, uno por uno. Primero, enlazar los nombres con las personas, y segundo, enlazar esas mismas personas con sus fotografías; un proceso burocrático bueno para nada.

¿Y después?, le pregunté, ¿qué pasaba con los que lograban encontrarse en la lista y en el muro de fotografías?

Se iban, contestó ella. A dónde, no lo sé, porque mi sueño no da para tanto, pero se iban.

Lo peor constituía lo siguiente, me explicó con palabras entrecortadas mientras caminábamos y veíamos al sol iniciar su largo viaje hacia la noche. Lo peor era que, pasado cierto tiempo y cierto número de personas entrando y saliendo de las habitaciones, las imágenes que yacían arrancadas y pisoteadas en el suelo se hacían irreconocibles. Esto traía como resultado que un número indeterminado de gente nunca pudiera encontrarse y vagaran de muro en muro buscándose inútilmente, arrodillándose en el suelo para examinar los diminutos pedacitos de cartulina, para entonces partirse la cabeza pensando ¿seré yo este o seré aquel otro? Y esos nunca se iban. Se quedaban allí para toda la vida. Los desposeídos. Los pobres. Nunca los dejaban irse.

Dijo Ye: al final nos quedábamos tú y yo, y un puñado más de gente. Nuestros nombres estaban en la lista, pero no podíamos encontrar nuestros retratos. No podíamos completar nuestra identidad y no había nadie que nos pudiera ayudar, porque nadie estaba al mando. Los que pudieran haber estado al

mando ya se habían ido. ¿Adónde? No lo sé y supongo que nunca lo sabré. Uno nunca sabe a dónde se va la gente con sus imágenes y sus pertenencias. Lo cierto es que no volvíamos a ver a los nombres y las personas que se marchaban.

No supe qué decirle. Seguimos caminando en silencio, y a veces nos tomábamos de las manos y a veces caminábamos mirando el paisaje como si no existiera nada más en el mundo salvo ese sol que se ponía y las estrellas que comenzaban a asomarse.

Cuando entramos en el Barrio Obrero, yo tenía la sensación de que nos habíamos quedado solos en el mundo. No fuimos a ningún restaurante, a ningún cine. No visitamos tiendas, ni mercados, ni iglesias, pero igual tenía esa sensación. No quise verificarla, porque sabía que no era cierto. Había ventanas iluminadas por velas y amas de casa desconfiadas que nos veían pasar, y yo supuse que con todo el polvo adherido y el barro en la piel, ella y yo seríamos un buen ejemplo por el cual sentir desconfianza y un poco de temor.

Llegamos a Calle Nueva. El Hueco estaba ahí, pero la entrada estaba cubierta por cascotes, tierra desprendida y animales muertos. La antigua Noche parecía ahora un cráter dejado por una explosión. Nos quedamos mirándolo un rato y después entramos a casa.

Nos sentamos en el sofá y tratamos de ver qué hacíamos con nuestras vidas, cómo componíamos lo fragmentado para tratar de armar aquel rompecabezas al cual le faltaban piezas que nunca encontraríamos.

Sobre la mesa estaban las tiras de pastillas transparentes, las Lucys, diamantes que brillaban no desde el cielo, sino allí, al alcance de la mano. Ye también las miró y pensé que tal vez pensaba lo mismo que yo: despegar de esta realidad y situarnos en otro mundo, en otra ficción, lo más lejana posible de esta que nos había tocado vivir.

Saqué las pastillas de su envoltorio y las dispuse sobre la mesa. Las ordené en dos grupos. Ye y yo, juntos hasta el final.

Tengo hambre, dijo ella. Se levantó y fue hasta la cocina para buscar en las bolsas y traer de regreso un plato de galletas rellenas con crema. Empezó a devorarlas. Se comía primero el relleno, pasando la lengua sobre la superficie dulce y harinosa, y después se comía las galletas con pequeños mordiscos, como si en su mente solo tuviera cabida el mero acto de alimentarse.

Yo salí afuera. Era esa hora del día en que el sol semejaba una mancha lejana de claridad en medio de un horizonte color carbón. El momento en que las sombras empiezan a ser sombras y el aire va pasando por todas las gradaciones del azul al negro.

Entonces vi los pájaros.

Posados sobre los cables, posados sobre los techos, sobre las ramas de los árboles. Cientos de aves que se mantenían a la expectativa, sin piar, moviendo espasmódicamente las alas, mirando con ojos vacíos la noche que se acercaba quietamente desde el este. Parecían sacados de una película de Hitchcock. Una nota discordante. Un gigantesco error.

Entré para decírselo a Ye. Pero cuando abrí la boca para hablar, sonó el teléfono.

El timbre sonó alto en la noche plena de silencios. Ella y yo miramos el aparato como podrían haber mirado los antiguos egipcios a sus faraones reencarnados, y el timbre continuó sonando, muy parecido a una alarma contra incendios, hasta que Ye levantó el auricular y murmuró «hola». Escuchó un rato, enarcando las cejas. Después colgó.

Era la compañía telefónica, dijo como quien no se cree lo que está diciendo, o como quien cuenta bien un mal chiste. Dicen que ya han renovado el servicio.

Entonces, como un suspiro en la noche, llegó la electricidad. Sentimos el farol de la calle prenderse y esa primera luz nos llenó el semblante con un resplandor igual al que deben tener los fantasmas que vagan solos por las habitaciones de castillos abandonados.

Después el ventilador comenzó a girar sus aspas. La grabadora retomó la canción de Soda Stereo que había dejado a medias y la batidora también se prendió, con ese sonido característico que tienen todas las batidoras cuando entran en funcionamiento.

No dije nada. Salí afuera otra vez y hallé las casas vecinas todas iluminadas, luz artificial en los portales, en los patios. Los pájaros seguían posados en donde quiera que estuvieran posados, pero eso había dejado de importarme. Problema de ellos, no mío.

Cuando volví a entrar, vi que Ye había puesto el plato de galletas rellenas sobre la mesa. Para hacer espacio había arrojado las Lucys al suelo, indefensos diamantes en miniatura prometiendo boletos para otros mundos tan distintos y tan iguales a este.

Prendí el televisor. Subí el volumen, porque justo en ese momento las aves en el exterior habían comenzado a piar y revolotear. Entonces nos sentamos ella y yo en el sofá para ver las noticias y comer galletitas rellenas, mientras los pájaros hacían un ruido de mil demonios allá afuera, donde empezaba el mundo ficticio, donde terminaba la realidad.

Author photo © Tomas Bican, 2022

Hay un «después» en esta novela que me pareció particularmente llamativo: «Después de unas cuantas veces al pie del abismo yo empecé a llamarlo Grieta Ye». Al borde de esa fisura más alfabética y locuaz que la prensa oficial, no a cualquiera le preguntan «¿Cómo empezaste a escribir?», pero cualquiera hablaría de la imposibilidad de la escritura. ¡Claro!, de eso se trata: imposibles familiares, homenajes, semanas sin electricidad, luz artificial, ¡*voilá*!, apocalipsis, tono distópico y cínico, galerías de arte y literatura de taller. Con casi ciento cincuenta «después» muy bien narrados, se hacen expediciones a los cementerios de Regla y Guanabacoa, se saborean galletitas rellenas de «fondo atómico para despertar a un hombre», y el hollín de lo incivilizado produce música familiar. El incendio, el efecto placebo, personajes que creen saber cuán solos y desvanecidos están en ese ambiente fantasmal de lo que fue (o siempre ha sido) la ciudad. Advierto que esta novela se lee mejor balanceando las piernas al borde del abismo.

MARTHA LUISA HERNÁNDEZ CADENAS (MARTICA MINIPUNTO)